



EL PASO DE VENUS

Quo distent spatio sidera juncta docent.

I.

EL año de 1882 ha de ser sobremanera citado en los fastos de la astronomía. Tal vez vaya unida para siempre á esa fecha la cifra exacta de la distancia que hay entre la Tierra y el Sol, y por consiguiente la determinación definitiva del módulo á que se ajustan todas las medidas de los astros. Hoy mismo (6 de diciembre) miles y miles de curiosos dirigen sus miradas al Sol, para percibir apenas un fenómeno, bien insignificante por cierto, si no tuviera más atractivo ni transcendencia que el que su simple observación ofrece, y un centenar de sabios, distribuídos de uno á otro polo casi, en el continente americano, van á disfrutar dentro de pocas horas de la contemplación y estudio de uno de los hechos más poco frecuentes, más anhelados y más útiles que consigna en sus investigaciones la difícil y grandiosa ciencia de los cielos.

Al admirar al Sol en las maravillas que él alumbra, ya que no se le puede mirar en la deslumbradora faz que osten-

ta, el hombre filósofo ha preguntado, en todas las naciones y al través de todos los siglos: ¿cuánto dista de nosotros el poderoso lumínar del día? Y la ciencia, que marcha muy despacio, porque el camino de la verdad es muy intrincado y es preciso recorrerlo con seguro paso, ha querido satisfacer esa curiosidad con una certeza proporcional á los progresos que lleva á cabo, apurándola más y más cada día, merced á la esplendorosa luz, que también ella irradia, producida por el trabajo incesante de la inteligencia humana, tan abrumada por las tinieblas de nuestra natural pequeñez é impotencia personal, como iluminada y enaltecida por la asombrosa obra común de todos los sabios.

Hasta los primeros tiempos del renacimiento espiritual de Europa, hasta la verdadera época experimental, que inició su desarrollo con Keplero, Bacon, Galileo, Halley, Pascal y Cassini en el siglo XVII, muy poco había podido responder la ciencia respecto á tan importante cuestión, y fué preciso que las lecciones y procedimientos de esos genios se practicarán en el siglo siguiente y en oportuna y precisa ocasión, para que pudiera afirmarse algo concreto y matemáticamente aproximado.

En más antiguos tiempos, Aristarco de Samos, 264 años antes de Jesucristo, escogiendo como base para averiguar esa distancia la que suponía entre la Tierra y la Luna, tuvo la ingeniosa idea de medir la distancia angular entre el Sol y nuestro satélite, en los primeros y en los últimos cuartos, ángulo que resultó ser de 87° próximamente; de modo que en el triángulo rectángulo formado por la Tierra, el Sol y la Luna, el ángulo del Sol era de 3° y la distancia del Sol á la Tierra poco más de 19 veces la de la Luna, cuyo valor colocaba á aquél á 1.146 veces el radio de la tierra. Pitágoras supuso que el Sol distaba de nosotros 17.000 leguas.

Hiparco llegó á obtener una distancia semejante por otro método, que utilizaba en los eclipses de Luna, menos exacto que el anterior. Ptolomeo admitió la distancia de Aristarco, así como todos los astrónomos, hasta Ticho-Brahe mismo. Redujo Keplero la paralaje solar de $3'$ á $1'$, duplicando casi la distancia señalada por el naturalista griego, y Vendelinus

y Riccioli, al rehacer las tradicionales experiencias, la redujeron á 30''.

Cassini en París y Richer en la Cayena, estudiando al planeta Marte en oposición, dieron á la paralaje el valor de 9'',5; el ilustre Halley, que indicó el procedimiento que hoy se sigue, supuso que era de 25'' en 1677; Maraldi en 1704 y en 1719 halló 17'', y Bradley y Pound, en el mismo año, dedujeron valores comprendidos entre 9'' y 12''. El célebre La Caille, en su viaje al Cabo de Buena Esperanza en 1751, en el que observó la conjunción inferior de Venus, la oposición de Marte, midió un arco de meridiano y redactó el primer catálogo de las estrellas del cielo austral, dedujo para la paralaje el valor 10'',2, comparando sus observaciones con las que hicieron, por su indicación, Garipuy, en Toulouse, que halló 8'',5, Cassini de Thury en París, Zanotti en Bolonia, Wargentín en Stokolmo y Bradley en Greenwich.

Animados los hombres de ciencia á deducir del método de Halley, que más adelante describiré, toda la importante utilidad que debía esperarse de él, se dispusieron á observar con matemático detenimiento los pasos de Venus en los años de 1761 y 1769. El inmortal Lalande lo estudió en París en el Observatorio del Luxemburgo; el abate Chappe, por invitación de la Academia de San Petersburgo, fué á observarlo á la capital de la Siberia, á Tobolsk; el astrónomo Le Gentil, destinado á Pondichery, no llegó á apreciar bien el curioso fenómeno desde el mar, entre la isla de Borbón y Punta de Gales; el inglés Hornsby lo estudió en Madrás y De Seligny en la Isla de Francia. No pudieron ponerse de acuerdo los sabios respecto á los resultados, pues mientras unos dedujeron el valor 8'',56, otros hallaron 9'',7, y otros (Pingré) 10'',25, cuyas grandes diferencias animaron más y más á los astrónomos á estudiar con especial empeño el paso que debía tener lugar en 1769.

Curiosísimo es recordar que con este motivo Le Gentil, por no haber observado el anterior con todas las condiciones de exactitud, no quiso volver á Francia, y se fué á las Indias á esperar los ocho años que debía tardar en verificarse el paso siguiente. Allí aprendió la lengua del país, instaló un

observatorio con magníficos aparatos, aguardó al día señalado, 3 de junio de 1769, y en el mismo momento del paso, y durante el fenómeno, una terrible tempestad oscureció el cielo y nada pudo ver. Al regresar á su patria, naufragó dos veces, y cuando llegó á París, donde le suponían muerto, halló que ya había sido ocupado su puesto de la Academia de Ciencias por otro sabio, que le entregó impreso y leído su elogio fúnebre.

En ese año se instalaron numerosos observatorios para el estudio del fenómeno, y entre ellos los siguientes: en la isla de Wardhus, el P. Hell, austriaco; en Kola, Rumowski; en el fuerte de Gales, bahía de Hudson, los ingleses Dymoch y Wales; en San José de California, el famoso abate Chappe; en la isla de Taiti, el inmortal marino Cook; en la de Santo Domingo, Mr. Pingré; en Cajanebourg (Filandia), el sabio sueco Plaman, y en Rusia y China otros astrónomos animosos y entusiastas. Los resultados fueron esta vez más concordantes, llegándose á deducir por el P. Hell, 8'',70; por Pingré, 8'',88; por Hornsby, 8'',78; por Lalande, 8'',50; por Laplace, 8'',81, y por Euler, 8'',82; cuyos trabajos, analizados concienzudamente por Encke, y resumidos en su obra *Der Venus Durchgang von 1769* (publicada en 1824), daban como valor de la paralaje 8'',57, cifra que fué modificada por Powalky, convirtiéndola en 8'',8, y últimamente por Mr. Stone (*Memoirs of the Royal astronomical Society*, 1868), que la fijó en 8'',91.

Veamos qué significan estas cantidades, recordando antes los diferentes métodos que se han empleado para determinarlas, y apuntando en concreto el que hoy se sigue.

II.

El conocimiento de la distancia que nos separa del Sol es un problema capital en astronomía, como lo consignaba no hace mucho el insigne astrónomo inglés Mr. Airy: «The measure of the sun's distance has always been considered the noblest problem in astronomy,» y los procedimientos

que se han empleado para determinarla son los siguientes:

Por la desigualdad de los movimientos de la Luna, ó sea por medio de la ecuación paraláctica de este astro: Se observa, en efecto, que la regularidad del movimiento mensual de nuestro satélite está perturbada por la atracción del Sol, y como la atracción varía en razón inversa del cuadrado de la distancia, se puede deducir ésta analizando cuidadosamente la acción del Sol sobre la Luna. La desigualdad del movimiento regular llega á ser hasta de 2 minutos en los primeros y en los últimos cuartos. Dado ese estudio, á pesar de que no se conocen aún perfectamente la teoría exacta del movimiento lunar y de las variaciones aparentes del diámetro del satélite en sus diversas fases, los astrónomos Stone y Newcomb han deducido como valor de la paralaje del Sol la cifra $8'',85$.

Por medio de la ecuación lunar: El Sol, en su movimiento aparente alrededor de su posición media, ofrece, en los períodos de los primeros y de los últimos cuartos de la Luna, una pequeña desigualdad de unos $6'',5$, deducida de las comparaciones de su teoría exacta con las observaciones prácticas, efectuadas desde 1804 á 1850, por ejemplo, en París, Greenwich y Koenigsberg. De cuya cifra resulta el número $8'',89$ para valor de la paralaje.

Por las observaciones del planeta Marte en oposición: I. Con dos puntos de observación y con el anteojo ecuatorial. Es el método que emplearon Cassini y Richer en 1672; La Caille y demás astrónomos en 1751; Enderson en el Cabo en 1832; Taylor en Madrás en 1836, y Gillis en Chile en 1849 y 1862. En este método, dos observadores situados al Norte y al Sur del ecuador comparan al planeta con una estrella determinada y fijan las diferencias de declinación por medio del ecuatorial. Las oposiciones más favorables para la observación se verifican cada diez y seis años, á fines de agosto, en que el planeta, en su perihelio, está colocado en la dirección de la Tierra. El insigne astrónomo Asaph Hall, descubridor de los satélites de Marte, al comparar las observaciones hechas por este método, dedujo $8'',86$.

II. Con dos puntos de observación y por medio del an-

tejo meridiano: procedimiento indicado por el astrónomo de Poulkowa, Mr. Winneke. Hiciéronse las observaciones con arreglo á él, desde el 22 de agosto al 3 de noviembre, en las estaciones septentrionales de Greenwich, Poulkowa, Albany, Wáshington, Helsinfords y Leyde, y en las meridionales de El Cabo, Santiago de Chile y Williamstown. Mr. Winneke dedujo de ellas el valor $8'',96$; Mr. Stone, $8'',94$; Mr. Ferguson, $8'',7$, y como término medio se admitió $8'',85$. En 1877 se repitieron entre Leyde y Melbourne, deduciéndose de veintinueve diversas determinaciones por Mr. Downig, el valor $8'',96$.

III. Un solo observador: aparatos los más perfectos de que se disponga. Procedimiento recomendado como el mejor por Mr. Airy, en 1857, y ya usado en principio por Cassini, Flamsteed, Maraldi, Pound y Bradley. Consiste el método en tomar la diferencia de ascensión recta del planeta y de las estrellas de comparación seis horas antes y seis horas después de su paso por el meridiano. El efecto de la paralaje se hace sentir, lo mismo que cuando se mide la declinación correspondiente en dos puntos diversos, colocados en opuesto sentido y á larga distancia del ecuador, puesto que la Tierra, al girar sobre sí misma, conduce en efecto al observador, en el intervalo de las dos observaciones, á puntos muy distantes entre sí. Mr. Airy hizo sus trabajos en Madrás, en 1862; Mr. Maxwell Hall, por su orden, los repitió en Jamaica, en 1877, hallando el valor $8'',79$, y Mr. David Gill, ayudado por Mr. Airy, por el ilustre Lord Lindsay y por los Lores del Almirantazgo, realizó sus observaciones en la isla de la Ascensión, fijando la cifra $8'',78$.

Por las observaciones de los asteroides: El astrónomo alemán Mr. Galle, ante la dificultad que las oposiciones de Marte presentan, de no poderse observar sino de tarde en tarde, ideó el empleo de la observación casi constante, que puede hacerse de los asteroides para multiplicar las determinaciones de la paralaje en cuestión, fijándose sobre todo en aquellos que se aproximan más á Marte y á la Tierra. Mídense para ello las diferencias de declinación del asteroide y de las estrellas de comparación en dos estaciones opuestas muy distantes,

como, por ejemplo, en Poulkowa y en El Cabo, medidas que, aunque requieren extrema precisión, no son muy difíciles para los astrónomos de práctica y de talento. Fué probado este método en 1873, observando el asteroide Flora en Leipzig, Lund, Dublin, Upsal y otros puntos del hemisferio septentrional, y en El Cabo, en Melbourne y en Córdoba (República del Plata) en el meridional. De 96 observaciones dobles dedujo Mr. Galle como cifra, no absolutamente comprobada, $8'',88$. También lo usó Mr. D. Gill, en 1877, observando el asteroide Juno y empleando el heliómetro, en la expedición que hizo con Lord Lindsay á la isla de Mauricio.

Por la masa de la Tierra: Existe una relación muy sencilla entre la masa de la Tierra y la paralaje solar, porque ésta es igual á la raíz cúbica de aquélla multiplicada por un coeficiente fijo. Prodúcese, como es sabido, perturbaciones en el movimiento de los planetas, y cuando se conocen las masas de éstos, se deducen las distancias por la intensidad de dichas perturbaciones. Discutiendo el inmortal Le Verrier las ecuaciones de condición relativas á distintos planetas, hubo de aumentar la cifra que representa la masa relativa de la Tierra y dedujo el valor $9'',0$ para la paralaje solar. Más adelante dedujo del movimiento de aproximación de Marte á una estrella fija el valor $8'',87$ y del movimiento de Venus $8'',86$, cuyos trabajos revisó y rectificó Mr. Tisserand en 1881, obteniendo cifras comprendidas entre $8'',7$ y $8'',8$. En este procedimiento de puro cálculo de gabinete sorprende cómo Le Verrier, fijándose en las leyes y acciones de la gravitación y de las masas de los cuerpos celestes, llegó á obtener cifras tan conformes con las que se deducen de la observación directa de los astros. En efecto, los métodos de la mecánica celeste, definidos en las leyes de la atracción universal, están basados en la exactitud de las observaciones y en la perfección del análisis matemático, de manera que éste se encarga de corregir con precisión todos los datos ó argumentos que se tengan acerca de un planeta, en cuanto las observaciones prácticas no concuerden en sus resultados con los números que de él se deducen. Al referir Newton cuantos fenómenos más variados se observan en la me-

cánica del cielo á la atracción, como única causa, facilitó sobremanera la determinación de las relaciones entre dichos fenómenos, en términos tales, por ejemplo, que un solo observador, en un solo punto y por el simple estudio de la Luna, puede llegar á deducir de sus observaciones y de sus cálculos el valor de la paralaje del Sol, el aplastamiento de la tierra en los polos y otras muchas soluciones diversas.

Por la velocidad de la luz: I. Observando los eclipses del primer satélite de Júpiter, se deduce que la luz emplea diez y seis minutos en atravesar el diámetro de la órbita terrestre, es decir, ocho para recorrer la distancia que hay de la Tierra al Sol (493 segundos fijó Delambre y 500 Glasenapp en 1873), y como la luz recorre 298.500 kilómetros por segundo, se obtiene para valor de la paralaje, ú $8''$,88, ú $8''$,74.

II. De la velocidad de la luz y de la constante de aberración ó tiempo que la luz emplea en llegar á la Tierra desde el Sol, se deduce también la paralaje. La constante de aberración es doble de la paralaje, y combinándola con la velocidad dió á Mr. Lundhal, en las observaciones de las declinaciones de la polar: constante de aberración $20''$,55, paralaje $8''$,76; á Struve, en las de las estrellas zenitales, C. $20''$,45, paralaje $8''$,80, y á Peters, en las de la polar, C. $20''$,43, paralaje $8''$,81. El fenómeno de la aberración de la luz indica que la velocidad de la Tierra en el espacio es igual á una diezmilésima de la de la luz (30 kilómetros por segundo), de cuyo dato puede deducirse la longitud de la órbita terrestre, su diámetro y la mitad de este diámetro, que es la distancia al Sol.

Por el paso de Venus por delante del disco solar: El astrónomo inglés Halley, encontrándose en la isla de Santa Elena para observar el paso de Mercurio en 28 de octubre de 1677, y reflexionando acerca de la importancia que ofrece el fenómeno de los contactos aparentes entre el planeta y el Sol, dedujo la transcendental importancia que tendría la determinación precisa del momento de estos contactos, para averiguar la paralaje solar. Sabido es que la determinación de la distancia de un astro á la Tierra se efectúa por medio de una triangulación semejante á la que se usa en la topografía

para hallar la que existe entre un punto dado y otro, al cual no podemos aproximarnos. Cuando un astro está en el plano del horizonte del lugar en que hacemos la observación, el ángulo formado en el centro de dicho astro por la visual que trazamos á él y por la línea que se suponga trazada desde dicho centro al centro de la Tierra, es lo que se denomina paralaje horizontal ó simplemente *paralaje* del astro. Este ángulo es tanto más pequeño, cuanto más distante se encuentre el astro de nosotros. Si nos suponemos colocados en el Sol, veríamos la Tierra con un diámetro determinado, y bajo cierto ángulo ó paralaje, y este ángulo es el que se determina fácilmente por el procedimiento de Halley. En el momento del paso de Venus por delante del Sol, se proyecta el disco oscuro del planeta en forma de un circulito negro sobre el disco del astro central. Ahora bien; si suponemos dos observadores en los extremos de un diámetro terrestre, dirigido perpendicularmente al plano de la eclíptica, y suponemos además que el planeta es un simple punto oscuro, cada observador verá proyectarse dicho punto en una región diversa del Sol: el del hemisferio Sur en la zona superior, y el del hemisferio Norte en la inferior. Supongamos además unidas dichas proyecciones por una línea recta, como convenimos que lo están los dos puntos de observación por el eje terrestre, y tendremos dos triángulos semejantes: uno *el de la Tierra*, formado por dicho eje, que es la base y las visuales que se unen en Venus, que es el vértice opuesto á ella, y otro *el del Sol*, constituido por la línea que une ambas proyecciones, que es la base, y por la prolongación de las visuales desde Venus hasta las dichas proyecciones. Se trata de saber cuál es el valor de los ángulos iguales formados en Venus, porque así sabremos la distancia en línea recta que separa á los observadores, línea ó cuerda que subtiende dicho ángulo. Para averiguarlo es preciso saber el valor de la línea que une á las dos proyecciones del planeta sobre el disco solar, ó sea la base del triángulo solar. Sirven para su conocimiento los datos siguientes: según la tercera ley de Keplero, la distancia de Venus al Sol es el 73 por 100 de la de la Tierra al Sol; luego la de Venus á la Tierra es el 27 de ésta, y como estas

distancias son las alturas respectivas de ambos triángulos, la misma relación habrá entre sus bases: es decir, que la distancia entre ambos observadores será á la de las proyecciones del planeta sobre el Sol como $\frac{73}{27}$; es decir, 2,7. Si, pues, se logra averiguar el ángulo bajo el cual se ve desde la Tierra la distancia entre las proyecciones ó posiciones diversas de Venus sobre el Sol, dividiendo esta distancia por 2,7, tendremos la dimensión aparente de la que separa á los dos observadores, vista á la distancia del Sol á la Tierra; es decir, precisamente el diámetro aparente de la Tierra visto desde el Sol, la mitad de cuya dimensión será, como hemos dicho, la *paralaje horizontal*.

Ahora bien; ¿cómo se mide ese ángulo? Hallando la distancia que separa á las dos cuerdas, que cada imagen de Venus traza sobre el Sol, al pasar de un borde á otro del disco, para lo cual es preciso fijar la posición exacta que cada una de ellas ocupa sobre el mismo. Conocida es la velocidad relativa de Venus con respecto al Sol en el momento de las observaciones, y consignada está en las tablas de los movimientos aparentes de los dos astros; contando, pues, con exactitud el tiempo que emplea el planeta en pasar de un punto á otro del disco, es decir, en recorrer las cuerdas respectivas, hallaremos su longitud para cada uno de los observadores. Comparando estas longitudes con el diámetro aparente del Sol, sabremos la posición que ocupa cada una con relación al centro del astro; esto es, la distancia que las separa de él, y por consiguiente la que hay entre ambas, y dada esta base, queda determinado el ángulo opuesto, esto es, el formado en Venus. Ese ángulo vale, según las observaciones, 17'' y una fracción, de modo que la mitad de él, ó sea el ángulo bajo el cual se ve el radio de la Tierra desde el Sol, vale 8'' y una fracción. Esta fracción, en décimas y centésimas de segundo, es la que se trata de determinar con exactitud en los pasos de Venus. Si la Tierra, vista desde el Sol, comprende un ángulo de 17'',76, por ejemplo, el valor del ángulo de la paralaje será 8'',88, y la distancia de la Tierra á aquél, 23.984 veces el radio de ésta, esto es, 38 mi-

llones de leguas de cuatro kilómetros. Para que se comprenda la inmensa importancia que tiene la determinación exacta de la paralaje, y cómo puede variar la distancia, según ésta varíe dadas las diversas cifras que hemos apuntado (8'',57; 8'',70; 8'',88; 8'',82; 8'',91; 9'',74; 10'',25), debe tenerse presente que los objetos, cuando están separados de nosotros, se ven, con el valor angular ó paralaje siguiente, tomando siempre por unidad de medida su diámetro:

A la distancia de

	57 veces su diámetro, el objeto tiene el tamaño comprendido por un ángulo de 1 grado.
á la de	114 veces..... de 30 minutos.
	570..... de 6 minutos.
	3.338..... de 1 minuto.
	6.875..... de 30 segundos.
	20.626..... de 10 segundos.
	206.265..... de 1 segundo.

De modo que, siendo el ángulo bajo el cual se ve la Tierra desde el Sol 17''76, tendremos $D = \frac{206.265}{17,76} = 11.614$ veces el diámetro de la Tierra.

A cada décimo de segundo corresponderán 2.062.650 diámetros terrestres, y como el diámetro tiene 12.732.000 metros, compréndase la enorme diferencia que resultará de tomar unos valores ú otros, y nada le extrañará al lector, que con tanto cuidado, con tanto empeño, con tanto talento y con tanto sacrificio traten las naciones de fijar de una vez para siempre, si es posible, el verdadero valor de la paralaje, que dé la distancia real que nos separa del astro centro de nuestro sistema planetario.

Lo esencial del problema práctico consiste en observar con toda precisión los cuatro contactos del planeta con el Sol, durante *el paso*; es decir: 1.º, el contacto del planeta con el borde solar oriental; 2.º, la ruptura del contacto entre el lado opuesto del planeta y el punto del disco solar por donde ha entrado; 3.º, el contacto del planeta con el borde opuesto occidental del disco, y 4.º, la ruptura del contacto entre el planeta y dicho borde, cuyos fenómenos se llaman: primer

contacto exterior, primer contacto interior, segundo contacto interior, y segundo contacto exterior. Ya veremos la especial dificultad que se presenta en estas críticas observaciones.

¿Qué modificaciones sufre la observación del paso y la de su duración, según la posición diversa de los observadores sobre la superficie de la Tierra? «Para un observador colocado en la superficie de la Tierra—dice un distinguido astrónomo,—los centros del Sol y de Venus aparecerán más bajos que para el observador ideal, que se supone situado en el centro de la Tierra, y la separación de Venus relativamente al Sol, producida por la paralaje; es decir, la paralaje relativa de Venus respecto al Sol, será la diferencia de los efectos de paralaje para Venus y para el Sol. Tomando, para entendernos, la distancia de la Tierra á Venus = 0,3, la paralaje de Venus será los $\frac{10}{3}$, y la paralaje relativa los $\frac{7}{3}$ de la solar.

Ahora bien; el efecto de la paralaje relativa se deduce en el método de Halley por la diferencia de duración de *los pasos* observados en distintos puntos de la Tierra, y como la duración del paso en cada lugar es igual á la longitud de la cuerda recorrida, dividida por la velocidad aparente del planeta, resta indicar cómo esta velocidad y la longitud de la cuerda pueden cambiar por la diversa posición de los observadores. Claro es que las mayores diferencias de duración se efectuarán cuando estén en sentido inverso la longitud de la cuerda y la velocidad.

Supongamos el observador en el centro de la Tierra, y el planeta en el punto medio de la cuerda solar que recorre, en la parte boreal del disco, por ejemplo. (Los pasos se suceden de una manera regular: 1761, por el hemisferio austral; 1769, por el boreal; 1874, por el boreal; 1882, por el austral; 2004, por el austral; 2012, por el boreal, etc.) El Sol está en ese caso sobre cierto punto de la superficie de la Tierra, situado en la zona tórrida, cuyo tiempo y lugar determinan las tablas de ambos astros. Si se cambia la posición hacia el Norte, la cuerda aumenta, y si hacia el Sur, disminuye. La velocidad aparente del planeta se aumenta si el observador avanza desde el centro hacia dicho lugar de la superficie, porque la

Tierra lleva consigo al observador del Oeste al Este (en sentido inverso al del movimiento del planeta sobre el disco solar), y al contrario, la velocidad disminuye para los observadores situados en el semimeridiano opuesto, si desde él pueden distinguir el fenómeno. En este caso á que nos referimos de un paso boreal, en los días próximos al solsticio del estío, se pueden elegir, en efecto, estaciones de observación, situadas en el semimeridiano opuesto al Sol, hacia la zona glacial ártica y en las cuales se aumenta mucho la duración del paso. De igual manera, cuando el paso se efectúa por la parte austral del disco, los puntos de observación más larga ó de más duración son los próximos á la zona antártica. Estas circunstancias no se presentan siempre tan favorables en absoluto como se indica para ambos casos, porque pueden combinarse de tal manera la rotación de la Tierra y la diferencia de latitudes, que la duración cambie bastante. De todos modos, la paralaje relativa se determina tanto mejor, cuanto mayores son las diferencias de duración para diversos observadores, porque serán menores los errores relativos, y la paralaje solar, que, en el caso de una distancia $= 0,3$, es como $\frac{3}{7}$ la paralaje relativa de Venus, se determinará con mayor precisión.»

No todos los pasos ofrecen idénticas ventajas para la observación, siendo los más favorables aquellos en que el planeta pasa muy separado del centro del Sol y en que, por consiguiente, son menores las cuerdas. Aunque hemos supuesto que los dos observadores ocupaban los extremos de un diámetro de la Tierra, conste que en la práctica esto no es necesario ni mucho menos. Si los lugares de observación, en vez de estar unidos por un diámetro, están más cercanos y les une, como es natural, una cuerda perpendicular al plano de la eclíptica, los resultados de las observaciones se reducirán á la determinación de la longitud aparente de dicha cuerda vista desde el Sol; y conocida la relación que existe entre ella y el radio de la Tierra, se sabrá inmediatamente el valor de este radio ó paralaje. Ni aun es preciso que ambos lugares estén en los extremos de la cuerda perpendicular á la eclíptica, pues que la única condición precisa que deben

tener es que su posición sea tal, que no se vean desde ellos muy aproximadas ó juntas las dos cuerdas que marquen el tránsito del planeta por el disco solar. Y si la observación puede multiplicarse haciéndose en diversos lugares que reúnan esa condición, la paralaje se determinará mucho mejor combinando los resultados de todos ellos.

Al observar el paso, suponemos que Venus es un punto, lo cual no es cierto, y si disminuimos el radio aparente del planeta al suponerlo así, preciso es reducir en una cantidad análoga el radio aparente del disco del Sol, para afirmar que se cruzan las líneas trazadas en el problema geométrico en cuestión. De esta manera supondremos también un disco ideal del Sol más pequeño que el real y concéntrico con él, y el disco de Venus se encontrará sobre el contorno de este disco ideal en el instante mismo en que el contorno del planeta sea tangente interiormente á la circunferencia del disco real del Sol. Es, pues, capital en este problema la determinación exacta de los instantes precisos en que se verifican los contactos, y es absolutamente necesaria la más exquisita precisión en las operaciones y cálculos. «El método ideado por Halley—decía el ilustre catedrático Mr. Delaunay—consiste en reemplazar la medida directa de la paralaje del Sol por la de un fenómeno dependiente de esta paralaje, cuya amplitud sea mucho más fácil de apreciar. En él se sustituye la evaluación de un tiempo que excede de un cuarto de hora á la medida de un ángulo de algunos segundos. Se puede comparar este método al que se emplea para medir la longitud de una línea excesivamente pequeña que consiste en aumentarla considerablemente con un microscopio, compararla así aumentada á una regla dividida en milímetros y dividir el número que comprende de éstos por el número que representa el aumento del microscopio.»

Para efectuar las observaciones se usan: dos anteojos ecuatoriales (con movimiento automático paraláctico), de 6 á 8 pulgadas de abertura, cronómetros, cronógrafos, un péndulo sidereo, una sextante, y si es posible, un círculo meridiano portátil. Además, los observadores adjuntos á las comisiones llevan una colección completa de aparatos meteo-

rológicos. Algunas comisiones usan también el procedimiento fotográfico múltiple, aunque no tiene muchos partidarios. Los instrumentos de observación se construyen con exquisito cuidado y habilidad, no sólo para la completa confianza de los trabajos, sino para ver si se logra evitar, en lo posible, la corrección ó desaparición de un fenómeno óptico muy perjudicial, que se presenta en el momento fatal de los contactos, que se denomina formación de la *gota* ó *ligamento negro*, y que consiste en que en el momento de aproximarse ó separarse el planeta del disco, se deforma éste en el punto correspondiente á la tangencia, y surge entre ambos discos una especie de apéndice, adhesión, gota ó ligadura, que persiste algún tiempo y que impide la determinación precisa del momento del verdadero contacto.

«El ligamento—dice el astrónomo Mr. Powalky—es consecuencia de la irradiación. Nuestra retina, impresionada por la intensa luz que el Sol emite, nos hace ver el disco de éste más grande que lo que es en realidad, rodeado siempre de una corona ó aureola luminosa, más ó menos extensa, según las condiciones del aparato con que se observe.» Los astrónomos Mr. M. Wolf y André del Observatorio de París, creen que la aparición del ligamento oscuro es extraña al fenómeno en sí, y que depende sólo de los instrumentos de observación; deduciendo de sus experiencias: que un instrumento corregido de observación, de veinte centímetros de abertura por lo menos, sirve en un día sereno para apreciar el contacto con un error insignificante; y que este error aumenta según que los aparatos disminuyan de abertura, y en razón directa de su observación. Á pesar de estas afirmaciones, algunos astrónomos usan aparatos de pequeña abertura y consiguen ver los contactos con toda pureza. Otros emplean en vez de los anteojos ecuatoriales el heliómetro Bourger perfeccionado, que permite á cada observador multiplicar sus observaciones, cualesquiera que sean las variaciones atmosféricas que no impidan ver el Sol. Por último, la fotografía aplicada á los fenómenos astronómicos tiene algunos entusiastas; fué preconizada por el ilustre Mr. Faye, y la ciencia posee magníficos aparatos de esta aplicación, cons-

truídos por Mr. Janssen y por Mr. Laussedat, que se emplearán en algunos observatorios, durante el fenómeno de hoy.

El método de Halley fué ampliamente tratado en la Sociedad Real de Londres en 1691 y 1716, recomendándolo á todos los astrónomos, y más adelante el académico francés Delisle lo completó, demostrando que podrían utilizarse las observaciones incompletas; es decir, aquéllas en que se percibiera sólo una parte de los contactos, con la precisa condición de que se conociese bien la longitud del lugar de la observación; de modo que supuesta esta posibilidad, el número de observaciones útiles se multiplicó considerablemente.

Sabido es de sobra que de la combinación de los movimientos de la Tierra y de Venus en sus respectivas órbitas, resulta que este último planeta no puede verse por nosotros, en su paso por delante del Sol, más que en intervalos especiales, distribuídos de este modo: 1639 + 113 años y medio, + 8 años, es 1761; otro, 8 años después, en 1769; otro, 1769 + 113 años y medio, — 8 años, en 1874; otro, 8 años después, en 1882; otro en 113 años y medio + 8 años, en 2004; otro, 8 años después, en 2012; y así sucesivamente. Los pasos tienen siempre lugar en junio y diciembre.

La duración del fenómeno es muy variable, pues mientras en algunos casos se verifica en breves minutos, en otros llega á 2, 3, 4, 5 y hasta cerca de 8 horas, por ejemplo: el de 1761 se efectuó en 6^h 16'; el de 1769 en 4,0, el de 1874 en 4,11, el de este año en 5,57, el del 2255 durará 7,12, el del 2733 algunos minutos y el inmediato de 2741 será de 7^h 46'.

III.

El paso de 1874 fué estudiado con extraordinario empeño y con grandes preparativos, proponiéndose los astrónomos no sólo realizar con toda la exactitud posible sus observaciones, sino determinar las mejores condiciones de la observación para el paso de 1882. La Academia de Ciencias de París escogió los siguientes puntos de observación, designando al mismo tiempo los astrónomos que habían de trabajar en ellos y los aparatos especiales de que dispondrían:

En el hemisferio Norte:

Estación de Pekín, Mrs. Fleuriais, con dos ayudantes.
 Nagasaki, Mrs. Janssen y Tisserand.
 Saigón, Mr. Heraud.
 Kobé, Mr. Delacroix.

En el hemisferio Sur:

Isla de San Pablo, Mrs. Mouchez y Turquet.
 Noumea, Mrs. André y Angot.
 Campbell, Mrs. de la Goye y Hatt;

el material se compuso especialmente de cuatro ecuatoriales de Eichens de 8 pulgadas, y de otros de 6, construídos por Secretan y Turretini.

Los astrónomos se instalaron en Egipto, islas de Sandwich, Honolulu, Atoui, isla Rodríguez, Christchurch en la Nueva Zelanda, Kerguelen, Port-Pallisir, Christmas-Herbour y Melbourne; los alemanes en Ispahan, los rusos en Orlanda, Passiet, Chabarowska y Tehomita; los italianos en Bengala y los rusos en Wladivostok (Siberia). Hízose por muchas de estas comisiones gran uso de los aparatos fotoheliométricos de Janssen, que entonces estaba muy en boga y las Academias recibieron, además de los datos gráficos y numéricos, miles de curiosas fotografías. Hé aquí los diversos resultados que obtuvieron las comisiones francesas, combinando los de diversos observadores:

Estaciones.	Paralaje.
Pekín y San Pablo.....	8",89
Pekín y San Pablo.....	8",92
Pekín y San Pablo..	8",85
Pekín y San Pablo.....	8",96
Nagasaki y San Pablo.....	9",12
Nagasaki y San Pablo.....	9",13
Nagasaki y San Pablo.....	9",08
Nagasaki y San Pablo.....	9",17
Kobé y San Pablo	8",82
Kobé y San Pablo	8",78
Saigón y San Pablo.....	9",07
Saigón y San Pablo.....	9",00

Los astrónomos ingleses hallaron:

Mr. Airy.....	8",75
Mr. Stone.....	8",91
Mr. Tupman.....	8",84

Más que aproximación de resultados dieron, pues, los trabajos de este año provechosa enseñanza á los astrónomos para preparar las observaciones del actual. En efecto, en 1881 y por invitación de Mr. Jules Ferry, Ministro de Instrucción Pública de Francia, se reunió en París (octubre) la conferencia internacional de sabios astrónomos de todas las naciones, para resumir en las sesiones cuanto se había estudiado y proyectado acerca del interesante fenómeno astronómico. Asistieron á ellas: por Inglaterra, Stone, director del observatorio de Rasdiffe, Oxford; por Alemania, Foester, del de Berlín; por Dinamarca, Pechule, del de Copenhague; por Holanda, Van der Sande, del de Leiden y Oudemans, catedrático de Utrech; por Austria, Weiss, del de Viena; por Italia, Govi, catedrático de Nápoles; por España, los señores Pujazón y Azcárate, del Observatorio de San Fernando; por Francia, Dumas, Tisserand, Bertrand, D'Abbadie, De la Grye, Cornú, Dumont, Fleuriais, Hatt, Le Clerc, Paris, Perrier, Perrotin y Puiseux; por Suiza, Hirsch, del Observatorio de Neufchatel; por Noruega, Broch; por el Brasil, Liais, de Río Janeiro; Mansilla, por Buenos Aires; por Chile el Dr. Moesta; y por Portugal S. A. Viegas. En la primera sesión celebrada por este Congreso, después de constituída la mesa directiva, concretó el presidente Mr. Dumas los puntos esenciales que debían tratarse de esta manera:

«Las observaciones de 1874 se hicieron particular y aisladamente por diversas naciones, sin ponerse antes de acuerdo, y en lo sucesivo es de absoluta necesidad que obren en concierto y bajo un plan discutido y determinado. De esta idea ha surgido el pensamiento de celebrar la conferencia internacional para elegir las estaciones más propicias para la observación, teniendo en cuenta sus condiciones climatológicas y las seguridades de buen tiempo, en uno y otro hemisferio.

En segundo lugar, debemos discutir los procedimientos de observación. En 1874 se usaron las observaciones directas y las fotográficas. ¿Se debe continuar empleando la fotografía? ¿En qué proporciones? También en el último paso se hicieron medidas micrométricas. ¿Cuál es el mejor micrómetro que puede adoptarse?

Por último, es preciso determinar cuál es la fase que conviene observar en cada uno de los contactos.»

Mr. Liais indicó la necesidad de disminuir todo lo posible ó anular los efectos de la dispersión atmosférica, cuando se observe en espacios próximos al horizonte, empleando dos prismas.

Mrs. Oudemans y Sande recomendaron, para ese caso, el ocular prismático de Airy.

Mr. Dumas se ocupó de la fotografía diciendo que sus resultados no habían respondido á las esperanzas. Mr. Fœster añadió que no es procedimiento de precisión y que los alemanes no lo emplearían en 1882. Mr. Abbadie sostuvo las ventajas de la fotografía. Mrs. Monchez, Liais y Fœster recordaron los considerables errores que se obtuvieron en 1874.

Mr. Stone dijo que tampoco los ingleses eran partidarios de la fotografía, y que preferían el método de los contactos, multiplicando los puntos de observación. Mr. Hirsch, prescindiendo de este asunto, declaró que el público científico se extraña de que aún no se conozca el resultado de gran número de observaciones de 1874 y propone la creación de un centro de cálculos, para recoger las de 1882 y darlas pronto á conocer. Mr. Fœster expuso lo mismo.

Mr. Dumas respondió que después del paso quedan más de cien años para calcular la paralaje definitiva.

En la segunda sesión (6 de octubre) se dió conocimiento de las ocho estaciones designadas por el Gobierno francés y del personal destinado á ellas. Cada estación tendrá dos ecuatoriales, uno de $0^m,217$ y otro de $0^m,162$; en dos se emplearía la fotografía. Mr. Liais describió las que se establecerían en Río Janeiro, en Itapeba y en Pernambuco, y que en la primera se emplearía el procedimiento de la paralaje diurna,

de que ya hemos hablado. Diversos miembros se ocuparon de las probabilidades de buen tiempo que presentan el estrecho de Magallanes, Chile, El Plata, las Antillas, Sur de Africa y costa de Portugal, y dieron noticia de las diversas estaciones que los respectivos Gobiernos habían acordado establecer. Se propuso el nombramiento de dos comisiones: una para escoger los mejores puntos de observación, y otra para los mejores métodos y aparatos. Esta última debía también encargarse del estudio de los procedimientos de cálculos y de la publicación de las observaciones de 1882.

En las sesiones tercera y cuarta se examinaron los registros de las observaciones, las placas fotográficas y los micrómetros de los trabajos de 1874, insistiendo Mr. Dumas en que se publiquen inmediatamente las observaciones astronómicas que se deduzcan del paso de 1882.

En la quinta y última (13 de octubre) se dió lectura de los dictámenes de las comisiones, leyendo Mr. Wolf el de los métodos. En el relativo á los contactos se tomaron por base las instrucciones inglesas; en cuanto á medidas micrométricas, se recomendó el uso de aparatos de dobles imágenes; los de hilos y retículos deben emplearse sólo en estaciones de gran estabilidad para los aparatos. Se recomendó asimismo, de un modo especial, el uso de la fotografía; el de algunos excelentes heliómetros, y el que algunos hábiles espectroscopistas italianos observasen los fenómenos que acompañan á los contactos externos.

Respecto á la organización de un comité internacional de cálculos, se acordó: Que el Gobierno francés se dirija por la vía diplomática á los demás Gobiernos representados en la conferencia, á fin de someter á su aprobación el proyecto de convocar, á la vuelta de las expediciones, una *comisión internacional de los pasos de Venus*, á la cual cada uno de dichos Estados enviará un delegado, con poderes, para crear en común y por un tiempo dado, un centro destinado á reunir todos los datos de las observaciones, para deducir por el conjunto de los trabajos un resultado general para la paralaje del Sol.

Con este motivo dijo el ilustre Dumas que este propósito

era la consecuencia natural de la evolución científica. Antes progresaba la ciencia por los esfuerzos aislados de simples particulares; más tarde se hizo sentir la necesidad de la cooperación de todos los sabios de cada nación, que creó las academias y las sociedades sabias. Hoy esto no basta; se ve sin cesar la necesidad de estas reuniones internacionales de sabios, y en astronomía, la ciencia del universo, más que en ninguna otra. Después de ciertas discusiones sobre la instalación de los observatorios portugueses, y del de Santiago de Chile, la conferencia aprobó todos los dictámenes emitidos, y quedó cerrada.

Al reunir la República francesa á los sabios astrónomos de Europa, prestó un servicio inmenso á las ciencias y aseguró el éxito y la utilidad inmediata de las observaciones de este año. Con su civilizadora y poderosa mano, volverá á repartir dentro de poco aquellas medallas conmemorativas que dedicó en 1874 á los astrónomos hijos de su suelo, y en las que se lee:

Quo distent spatia sidera juncta docent,

«Los astros nos enseñan al unirse la distancia que les separa.»

He aquí el cuadro de las estaciones y observadores de 1882:

ESTACIONES.	OBSERVADORES.	APARATOS.
FRANCIA.		
Cuba.....	M. Abbadie.....	Ecuat. de 0 ^m ,217 y 0 ^m ,163.
Martinica.....	Tisserand.....	Idem.
Florida.....	Perrier.....	Idem.
Méjico.....	B. de la Grye.....	Idem.
Chile.....	Le Clerc.....	Idem.
Santa Cruz (Patagonia).	Fleuriáis.....	Idem.
Chubut.....	Hatt.....	Idem.
Río Negro.....	Perrotín.....	Idem.
INGLATERRA.		
Bermudas.....	Plummer.....	2 de 0 ^m ,52
Jamaica.....	Copeland.....	Idem.
Barbadas.....	Talmage.....	Idem.
Cabo de Buena Esperanza.	Gill.....	6 de 0 ^m ,152.
Aberden Road.....	Finlay.....	Idem.
Montagu Road.....	Burton.....	Idem.
Madagascar.....	El P. Perry.....	2 de ídem.
Sidney.....	Rusell.....	Idem.
Melburne.....	Ellery.....	Idem.
Nueva Zelanda.....	Tupman.....	Idem.
Brisbane.....	Morris.....	Idem.
ALEMANIA.		
Aiken (E. V.).....	Franz.....	Heliómetro.—Grandes refractores.
Hartfort (E. V.).....	Müller.....	Idem.
Punta Arenas (Magallanes).	Auwers.....	Idem.
Bahía Blanca (Plata)...	Hartvig.....	Idem.
ESPAÑA.		
Manzanillo (Cuba).....	Pujazón.....	2 de 0 ^m ,152 y 2 de 0 ^m ,102.
Puerto Rico.....	Azcárate.....	1 de 0 ^m ,152 y 1 de 0 ^m ,102.
BRASIL.		
Río Janeiro.....	Cruls.....	2 de 0 ^m ,300.
Itapeba.....	Liáis.....	2 de 0 ^m ,250.
Pernambuco.....	»	Idem de 0 ^m ,163.
Dos estaciones marinas en Magallanes.....	»	»
DINAMARCA.		
Santo Tomás.....	Pechüle?.....	»
Gothaab (Groelandia)..	»	»
PORTUGAL.		
Lorenzo Marqués.....	Viegas.....	»
PAÍSES BAJOS.		
Curazao.....	Bakhuyzen.....	Un heliómetro 1 de 0 ^m ,163.
MÉJICO.		
Chapultepec.....	»	»
ESTADOS UNIDOS.—Múltiples observatorios particulares en ambos hemisferios		

Como se ve, la mayor parte de los puntos de observación corresponden á ambas Américas, donde, en efecto, es visible el fenómeno en toda su duración, desde el primer contacto externo al segundo externo. La zona del globo donde es visible de esa manera comprende un gran espacio esférico, cuyo vértice septentrional está en la bahía de Hudson, sobre el paralelo 60° , cuyo lado oriental corta por medio al Océano Atlántico, cuyo lado occidental corta al Oeste de los Estados Unidos, á la California y al Pacífico, y que pasando al otro lado del polo Sur, alcanza las tierras glaciales del mismo, al Sur de Africa y del gran Océano meridional. Es completamente invisible en otro espacio opuesto de la misma extensión, que tiene su vértice meridional en el paralelo 60° , cerca de la tierra austral de Adelia, donde el anterior termina; cuyo lado occidental corta por medio á la Australia, á las Carolinas, á las Marianas, y comprende el terreno de la Siberia, el estrecho de Behring y la América rusa, terminando en el referido punto de la bahía de Hudson, cuyo lado occidental corta al mar de las Indias, á la Arabia, al Asia menor, al mar Negro, al NE. de Alemania, á Dinamarca, al mar del Norte, y comprende el polo Norte hasta la bahía indicada. Entre ambos espacios quedan: al Oriente, gran parte de Europa y Africa entera, que verán el principio del fenómeno, pero no el fin; y al Occidente, la Oceanía, donde se verá su terminación nada más.

Tal es, en resumen, la primera parte del curioso estudio que hoy preocupa, con justicia, la atención del mundo sabio, y del cual la prensa, los círculos y hasta la curiosidad de los pueblos más insignificantes tanto dicen en estos momentos. El telégrafo primero y las Academias sabias de aquí á algún tiempo, nos darán cuenta del éxito de las observaciones, y entonces completaremos, con toda la suma de datos posible, este ligero trabajo, dedicado al transcendental fenómeno astronómico, del que va á deducir la ciencia, de seguro, nuevos y sorprendentes resultados.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



SITUACIÓN ECONÓMICA

DE LA

FRANCIA.

I.

QUÍMOS todos los días á cuantos han estado este verano en Francia, que cunde allí el descontento y el desencanto; sin duda alguna han impresionado poderosamente las manifestaciones socialistas, y sufre la banca y el comercio, y hace estragos la filoxera, disminuyendo en 500 millones de francos los rendimientos de los viñedos, y las exportaciones del comercio se estacionan, y aumentan considerablemente las importaciones; es indudable que, en paz con todo el mundo, Francia está aislada y desairada en la política exterior, sin alianzas íntimas; tampoco se puede negar que viene siendo, desgraciadamente, flojo, vacilante é incierto el apoyo prestado por las Cámaras al Ministerio; indecisa la gobernación de éste, indefinida, incolora, modesta, y mediano igualmente el Gabinete; y dicen los viajeros que, por esos y otros motivos, se habla en círculos y reuniones de la crisis *del sistema*, ineficaz para la defensa del orden y de los intereses permanentes de la sociedad. Es indudable que, desde el fracaso de Gambetta, allí se

retrocede y debilitan, y que ha aumentado la confusión é indisciplina en las filas de las muchas agrupaciones políticas de la Cámara popular, bajo la dirección de sus jefes ó *leaders*, mal avenidos entre sí y algo desconcertados; va resultando á la postre, y después de todo, que la campaña laica y racionalista no ha dado mucha preponderancia que digamos á los *burgraves* republicanos, á los *nuevos señores*, acaso tan orgullosos como los de antaño, y no más populares, y que, sin proporcionarles mayores medios de acción é influencia su reminiscencia de 1793, resultan, por el contrario, los perseguidos y los adictos á la monarquía vigorizados, unidos, esperanzados y resueltos, en suma, á sacudir el yugo, apellidando libertad, con muchos comités en el País que vuelven á invocar, por seculares creencias y costumbres, aquel principio de tradición y autoridad, un nombre, en fin, el de Enrique V: y el decaimiento militar del en otro tiempo Reino de Luis XIV é Imperio de Napoleón I, aflige por igual á monárquicos y republicanos, á los *chauvinistas*, á los que suelen confundir causas y efectos y no apreciar bastante, en su ligereza, los milagros y beneficios de once años de paz y reposo, apartada y recogida por necesidad la Nación, precisamente para reparar pérdidas y daños de ambiciones y locuras, bien duramente castigados y, al parecer, no bastante escarmentados. Bien podrá ser que Francia, por falta de vigor parlamentario y la inexperiencia de políticos noveles, esté sin razón y motivo desairada en Europa, que el malestar de los negocios la descontente, que desconfíe del porvenir asustada de lo presente, que busque garantías; pero, en verdad, juzgamos y tenemos por exagerado cuanto se dice respecto de su mala situación económica en 1882.

Tanto como las malas cosechas producen crisis económicas las malas especulaciones, y principalmente las empresas improductivas y de éxito imaginario, crisis que tan frecuentes han sido en los Estados Unidos de Norte América, París, Barcelona, Madrid, la Habana, Valladolid, y en tantas y tantas partes.

La verdadera causa de la crisis francesa, el origen principal, lo conocen, dice Mr. León Say, los que en las luchas

financieras estaban interesados y la aprecian quienes comprenden lo que ha desperdiciado Francia de los ahorros de estos dos últimos años. Un nuevo rescate pagado á la especulación, que ha ascendido á millones de millones, tan importante como el rescate pagado á Alemania. En 1871 el pago á la Alemania se cubrió con exceso con las economías acumuladas en 1872, 1873 y 1874; pero la pérdida sufrida en 1881 y 1882 no podemos resarcirnos de ella—habla monsieur Say—más que con las economías de 1882-83 y 84; sólo el tiempo puede curarnos de la enfermedad que hoy sufrimos. Así dice un economista eminente en un estudio reciente de la llamada crisis francesa.

Los viajeros sentimentales de España nos han traído sus impresiones de verano; han visto caras tristes y nos reflejan las compungidas de los que liquidaron mal. Casi todos ellos eran entusiastas republicanos la víspera de su desdicha.

II.

El último presupuesto del Imperio de Napoleón III, en paz y amistad con el mundo, el de 1870, sumaba un ingreso ordinario y extraordinario de 1.775.724.059 frs. Medía entonces Francia una superficie cuadrada de 54.305.141 hectáreas.

Ascienden, en 1882, los ingresos ordinarios y extraordinarios á 3.317.671.223 pts.; y la extensión territorial se ha reducido á 52.857.199 hectáreas, de resultas de lo que todo el mundo sabe.

Vea el lector cuán rápidamente han crecido los presupuestos en Francia, desde la paz de 1814; el dato es curioso.

Eleváronse los ingresos ordinarios en

el período de 1814-1829 á.....	14.362.935.656 frs.
Los extraordinarios á.....	1.548.199.969 »
	<hr/>
<i>Total</i>	15.931.408.697 »
	<hr/>

Los gastos ordinarios y extraordinarios á.....	15.911.135.625 frs.
Déficit de 1814 á 1829.....	20.273.072 frs.

Francia gastaba 531.440.000 frs., en 1789 (1).

En 1815 ascendían los servicios generales del Reino á.....	931.441.404 frs. (2)
En 1828 á.....	1.024.100.637 »
En 1832 á.....	1.174.350.197 »
En 1847 á.....	1.629.678.089 »

Desde 1830 hasta 1847 inclusive, período Luis Felipe, los ingresos ordinarios y extraordinarios suman 21.996.520.351 pesetas.

Ascienden los gastos á.....	22.982.640.498 pts.
Resultando un déficit de.....	986.120.147 »

El presupuesto definitivo de 1869, ordinario y extraordinario, arroja un gasto de 2.209.270.054 pts. (3)

En suma:

Los déficits pueden computarse como sigue, á saber:

PERÍODOS.

Monarquía de Borbón, desde 1.º de abril de 1814 hasta el 31 de julio de 1830, una suma de 20.273.000 frs.

Reinado de Luis Felipe, desde el 1.º de agosto de 1830 hasta el 28 de febrero de 1848, un total de 997.863.000.

(1) Según el estado presentado por Nécker á los Estados generales.

(2) En los presupuestos que siguen, tomados por nosotros de la obra de Mr. Paul Leroy-Beaulieu, *Traité de la Science des finances*, se han comprendido los *céntimos adicionales*, ó *recargos*, como decimos en España para Ayuntamientos y Departamentos.

(3) Este gasto lo ha tomado Leroy-Beaulieu, de las cuentas de Hacienda de 1869 (págs. 38 y 39), y comprendiendo 105.000.000 del presupuesto especial del empréstito de 429.000.000.

El presupuesto ordinario y extraordinario (sin los recargos) se presentó á las Cámaras, calculados los gastos en 1.722.063.732 y los ingresos en 1.772.444.903.

Segunda República, desde el 1.º de marzo de 1848 hasta el 31 de diciembre de 1851, en junto, 359.374.000.

Segundo Imperio, desde el 1.º de enero de 1852 al 31 de diciembre de 1869, una masa de 2.137.539.500 pts.

De donde resulta que el término medio del déficit en cada ejercicio es como sigue:

Período de 1814 á 1830, en cada año, de..	1.268.000 frs.
Período de 1830 á 1840, de.....	55.436.000 »
Período de 1848 á 1851, de.....	64.844.000 »
Período de 1852 á 1869, de.....	118.807.750 »

Desde 1789 á 1877 ha habido aumento en los gastos generales de la Francia, de 2.520.326.000 frs.

El presupuesto de 1882 se saldará con un déficit pequeño, según Mr. León Say.

Mucho gritaron los franceses en 1789 contra el presupuesto Nécker, calculado en 531.440.000 frs.

Nadie dice hoy que Francia gima agoviada, sin vida y aliento, bajo el enorme peso de un presupuesto de 3.317.671.223 francos. Para resarcirse de las pérdidas sufridas en 1881 y 1882 le bastarán á Francia las economías de 1882-83 y 84.

Asombran los recursos de un pueblo trabajador bien administrado. ¿Quién dirá que la Nación vecina ha pasado por las agitaciones de 1789 á 1793, por el terror y el directorio, las guerras republicanas é imperiales, las conspiraciones militares y los motines, la revolución de julio de 1830 y febrero de 1848, el 2 de diciembre, las empresas del segundo Imperio, la catástrofe sin ejemplo de 1870, la *Commune* de París y una indemnización de guerra, algo más dura que la de Breno, y que hace doce años está Francia en verdadera interinidad con desconfianza y recelo?

Napoleón I había vivido durante sus guerras, para los gastos extraordinarios, de la rapiña, como águila imperial.

Los intereses de la Deuda pública, que cuando el consulado ascendían á 40 millones de francos, sumaban el 1.º de abril de 1814 sólo 63.307.637.

El 1.º de agosto de 1830 ya importaban los intereses 164 millones.

Legó Luis Felipe á la segunda república francesa una carga de 177 millones por rentas, es decir, un aumento no más sobre lo de 1830 de 13 millones.

Á 231 ascendían en 1852 los intereses, y el Imperio del *Sedentario* agregó á esa crecidísima suma 129 millones, viniendo á resultar que, *antes de la catástrofe* de Sedán, pagaba Francia á sus acreedores una renta de 360 millones de francos. Entonces poseía todavía la Alsacia y toda la Lorena.

El 1.º de enero de 1879 ascendían los intereses de la Deuda pública consolidada á la suma de 748.404.952; pero el número de tenedores de renta no bajaba de 4.380.933, franceses los más; y para que se compare y resulte claro lo que á despecho de guerras, motines y revoluciones acumula el trabajo, fuente de prosperidad y fuerza nacional, diremos que en 1798 no eran más de 24.791 los tenedores, y no excedían de 195.370 todavía en 1830.

III.

Grandes caudales devoran las guerras, los destruyen las revoluciones y malas administraciones, los paralizan ó enervan los crecidos y exagerados presupuestos, gástanse inmensas sumas en la perpetua *paz armada* de los modernos pueblos, con sus ejércitos y escuadras permanentes; pero también, por fortuna, se han invertido no pocos millones en obras públicas durante el siglo XIX, y explican, en la acción y reacción de los sucesos políticos adversos, el progreso de la riqueza, favorecida por la libertad y estudios y remoción de muchos estorbos físicos vencidos por el hombre, inventor de máquinas que multiplican las fuerzas del trabajo y medios de locomoción, antaño desconocidos. Por todo eso (guerras y obras públicas), y á pesar de los grandes ingresos, debía Francia el 1.º de enero de 1879 un capital nominal en deuda del 5, 4 $\frac{1}{2}$ y 3 por 100, de 19.862.035.983 frs., sin la amortizable, vitalicia y flotante. En este año de 1882, cuanto se relaciona con el servicio de la Deuda pública en sus diversos ramos, suma, por razón de intereses y amor-

tizaciones, 1.235.339.577; y el noble pueblo y su Gobierno hacen frente, con honor y laboriosidad, á esa carga, sin pensar ni remotamente en reducirla, y cuéstaes 743.026.289 la consolidada, 340.432.278 la amortizable, y 151.881.060 francos las vitalicias. No somos de los que dicen con deplorable equivocación, para atenuar el mal crónico de la Deuda pública, que da la mano derecha á la izquierda esas sumas, pues aunque se repartan en la Nación misma, recargan demasiado los tributos y empecen el trabajo; pero parte de esa deuda se contrajo en la campaña gloriosísima de la paz, para los grandes trabajos de obras públicas.

En el período de 1814 á 30 gastó la Restauración, francos 67.645.000 en obras extraordinarias de caminos, puentes, etc., y 245.835.000 en las ordinarias, que suman en junto 313.480.000.

Suman los extraordinarios 207.303.000, y los ordinarios 422.829.000, en el reinado del Rey-ciudadano, ó de las barricadas, es decir, 630.132.000 de 1830 á 1848. De 1848 á 1870, en la segunda República é Imperio de Napoleón III, corresponden 294.769.000 á la primera categoría, y á la segunda 693.261.000, ó un total de 988.030.000 frs. Resultan, por lo tanto, gastados en las tres épocas, de 1814 á 1870, en obras extraordinarias 569.717.000, y en las ordinarias 1.361.925.000, ó por ambos conceptos, 1.931.642.000 francos. Esto representa un gasto medio anual en el primer período de 18.435.000, de 37.065.000 en el segundo, y de 42.950.000 en el tercero.

Las carreteras abiertas á la circulación, su valor y coste kilométrico, resultaba como sigue:

Fechas.	Longitud. Kilómetros.	Valor. Millones.	Por kilómetro.
31 diciembre 1814.....	27.200	775	28.493
— 1830.....	28.900	816	28.235
— 1848.....	34.800	990	28.454
— 1860.....	36.400	1.055	28.984
— 1869.....	38.200	1.126	29.476
— 1877.....	37.304 (Sin la Alsacia-Lorena.)		

Caminos departamentales había en varios años los siguientes:

1814.....	18.600 kilómetros.	
1830.....	23.500	—
1837.....	27.442	—
1847.....	40.100	—
1854.....	42.353	—
1860.....	45.916	—
1870.....	47.026	—
1872 (Sin Alsacia-Lorena). . . .	46.760	—
1877.....	47.261	—

Mas antes de ofrecer otros datos que explicarán muchas cosas, para penetrar con conocimiento de causa en la situación económica de la Francia, conviene dar una idea ligera de un curiosísimo trabajo estadístico de Mr. Michel Chevalier, referente á las obras públicas durante el reinado del prudente Luis Felipe. Hace caso omiso el ilustre economista de los créditos ordinarios, aunque algo se gastó, muy poco, de esas sumas, en las obras extraordinarias. Empieza en la ley de 31 de marzo de 1831, y acaba en la de 9 de agosto de 1847, y durante este tiempo se habían invertido, á saber:

En canales.....	223.600.000
— Ríos.....	151.640.000
— Puertos, obras marítimas, faros.....	175.658.000
— Caminos de hierro.....	740.694.650
— Monumentos y edificios públicos.....	79.513.684

Un total nada menos de 1.613.674.334 francos.

Prosigamos.

Completan la red general de carreteras de Francia las pequeñas llamadas vecinales, las más modestas, pero no las menos útiles. Había de éstas en Francia, en 1876, una longitud de 476.766 kilómetros clasificados.

Agreguemos á todo esto para la navegación interior en combinación con los ríos, 5.037 kilómetros de canales, según el estado que sigue:

Canales construídos.	Longitud.	Gasto kilo- métrico.	Total.
Por el Estado.....	3.610,3	160.861	580.757.832
Por compañías.....	683,1	180.239	123.121.443
Por el Estado y com- pañías.....	743,8	154.058	114.588.638
<i>En junto.....</i>	<i>5.037,2</i>	<i>162.480</i>	<i>818.467.913</i>

Añadiremos á este sistema artificial que los ríos de Francia en 1870 medían una longitud de 8.060 kilómetros, reducida en 1876 á 6.769 kilómetros, que con los 560 de canales asimilados á los ríos, suman 7.329 kilómetros.

También es curioso saber lo que el Estado ha gastado en mejorar la navegación de sus ríos, según datos oficiales, á saber:

PERÍODOS.	Gasto anual por término medio.
1814-1830.....	655.306
1831-1847.....	7.408.024
1848-1851.....	7.763.521
1852-1859.....	7.167.614
1860-1868.....	12.606.362

Pero en el siglo XIX, siglo del vapor y de la electricidad, surge un agente conductor que deja muy atrás al comunmente ordinario y perfeccionado empleado en las carreteras, y superior por la velocidad, al de navegación interior de canales y ríos; sólo tiene un competidor invencible en los espacios oceánicos, en su rival y compañero el buque de ruedas ó hélice modernamente. Bien se entenderá nos referimos á los ferrocarriles.

De 1814 á 1830, el Estado no había todavía gastado ni un céntimo en tan sorprendente y raro invento. Las compañías aventuraron, sin embargo, en dicho período una suma de 3.300.000 francos en la especulación de ferrocarriles.

De 1830 á 1847, el Gobierno de Luis Felipe invierte 281.782.417 en la nueva locomoción, y las compañías 681.509.288, lo que forma un total de 963.291.705 francos, suma según se ve muy respetable. Dado estaba con gran vigor el impulso.

De 1848 á 1852, gastó el Estado 297.266.444.

De 1852 á 1865, 333.753.483.

En 1866, se limita á 11.800.000.

Pagado había el Estado, además, por cuenta de los ejercicios de 1864, 1865 y 1866, una suma total de 33.346.170 por intereses de anualidades de un capital de 396.169.863, y le faltaba saldar desde 1.º de enero de 1867, por subvención pagadera en metálico, una suma de 69.908.000. Las subvenciones del Estado á las compañías importaban, á partir de 1833 hasta 1867, un total de 1.444.831.260 francos. Véase á continuación lo que las compañías habían gastado:

De 1823 á 1830 (compréndese 1830).....	6.493.000
De 1831 á 1847.....	698.188.950
De 1848 á 1851.....	167.511.950
De 1852 á 1865.....	4.983.020.394
En 1866.....	317.980.706
	<hr/>
<i>Total</i>	6.173.195.000
Calculábase lo que habían de invertir desde enero de 1867 en.....	1.806.805.000
	<hr/>
<i>En junto</i>	7.980.000.000
	<hr/>

Todavía falta mucho para que los gastos de las obras públicas igualen á las consecuencias por resultado de la guerra de 1870.

Francia poseía el 1.º de enero de 1881 una red de ferrocarriles de interés general, cuya longitud medía 25.273 kilómetros, repartidos como sigue:

	Kilómetros.
Antigua red.....	10.390
Nueva.....	10.387
Especial.....	144
Líneas del Estado.....	3.517
De diversas compañías.....	858
<i>Total.....</i>	<u>25.273</u>

Las líneas férreas francesas de interés local medían el 31 de diciembre de 1879 una longitud de 2.210 kilómetros.

No había en explotación el 31 de diciembre de 1868 más que 16.240 kilómetros.

Todavía el 31 de diciembre de 1871 la red francesa era de 17.240 kilómetros de longitud.

Pondremos término á estas noticias presentando el cuadro general de las comunicaciones francesas en 1878, extractado de una Memoria oficial:

LÍNEAS.	Kilóms	Toneladas transportadas.	Flete kilométrico por tonelada.	Valor de las líneas.
Ferrocarriles...	21.731	63.187.498	0,0591	9 506.886.569
Ríos y canales..	11.933	55.737.580	0,02	1.104 373.157
Carreteras de primer orden....	37.084	»	0,30	1.235.000.000
	<u>70.748</u>			<u>11 846.259.726</u>

El movimiento en las carreteras por tonelada y kilómetro se calcula, según la Memoria, en 1.670.893.788 toneladas.

Miden las costas francesas en el Océano y Mediterráneo unos 2.460 kilómetros de longitud sin las de Córcega: 15.033 son las naves de 932.858 toneladas de arqueo en 1880, y el número de vapores, el 1.º de enero de 1881, era de 657, de 277.759 toneladas métricas.

IV.

No sería un cálculo exagerado si apreciáramos las actuales vías de comunicación de Francia, comprendiendo las departamentales y vecinales, en una suma redonda de 15.000 millones de francos; pero, triste es decirlo: para hacer frente á los gastos y consecuencias de la guerra de 1870, tuvo aquel noble país de Francia, desde dicho año hasta 1872, en préstamos, y calculando los nuevos impuestos de 1871, 1872 y 1873, que levantar una suma de 9.287.882.000 francos; y si estimamos los daños no resarcidos, y el malogro de fortunas, se puede asegurar no baja todo ello de unos 15.000 millones ó más de francos. Pero Francia, tan admirablemente situada en el centro de la civilización europea, cercada por Inglaterra, Bélgica, Alemania, Suiza, Italia y España, parece ser una tierra inagotable, perpetuamente rejuvenecida, gracias á su unidad nacional y territorial, riqueza de su suelo, división de la propiedad y ese amor al trabajo, industrioso é inventivo, que posee el galo-franco.

Distribúyese el suelo de Francia de esta manera en la clasificación del mismo:

	Hectáreas.
Tierras de labor.....	26.300.777
— viñedo.....	2.582.776
— bosques.....	8.357.066
— prados naturales.....	4.224.103
— pastos.....	3.131.243
— inculto.....	4.425.703
Edificios, caminos, ríos, canales, etc.....	3.883.366
	<hr/>
<i>Total.</i>	52.905.034
	<hr/>

Contábanse 5.550.000 propiedades diferentes ó distintas; las de 600 acres no pasaban de 50.000, de 60 acres había 500.000, y eran menores de seis acres 5 millones.

Conócense los resultados de la cosecha de cereales en 1878, que ha ofrecido el siguiente resultado, á saber:

	Número de hectáreas cultivadas.	Rendimiento por hectárea.	Producción total de granos. Hectolitros.
Trigo.....	6.955.360	13,65	96.446.298
Mixtura.....	437.228	14,32	6.261.483
Centeno.....	1.810.450	13,85	25.080.008
Cebada.....	1.003.130	16,17	16.218.958
Sarraceno.....	645.395	17,90	11.545.035
Maíz y mijo....	666.960	17,25	11.510.238
Avena.....	3.312.571	25,50	77.866.581
	<u>14.831.094</u>	<u>15,51</u>	<u>244.928.601</u>

Habían sido los resultados de los cuatro años anteriores:

1874.....	14.905.380	19,28	287.378.862
1875.....	14.780.704	16,48	243.697.316
1876.....	14.768.004	15,40	227.475.721
1877.....	14.988.085	15,92	238.660.813

Si agregamos á la producción de cereales 314 millones de quintales de paja, resulta el rendimiento bruto por hectárea haber sido de 347 francos en 1878.

De los llamados artículos farináceos alimenticios, á saber, patatas, legumbres secas y castañas, se cosechó:

	Hectáreas.	Producto en hectolitros.
Legumbres secas..	300.133	4.449.902
Patatas.....	1.263.853	110.602.221
Castañas.....	474.165	6.264.248
	<u>2.038.151</u>	<u>121.316.371</u>

Calculábase el valor de estas producciones en 803 millones de francos (en 641 la patata).

Cultívase la remolacha en 432.842 hectáreas, que han dado una cosecha de 136 millones de quintales, de un valor en bruto, de 322 millones de francos.

En 10.834 hectáreas ha dado el tabaco, que produjo 15.668 quintales de hoja, un valor de 12.204.771 francos.

El lúpulo se cultivó en 3.614 hectáreas, midió 42.508 quintales, estimado en 6.747.744 francos.

Cáñamo cogieron 544.395 quintales de filaza en 91.542 hectáreas, y 470.047 quintales de lino en 72.384 hectáreas.

Harto saben los españoles la crisis que está pasando el viñedo francés hace algunos años. Término medio de recolección, en los últimos diez años hasta 1876, habían sido 54.626.000 hectolitros de vino, llegando á 83.836.391, máximo alcanzado en 1875, y baja á 25.769.552 hectolitros en 1879; no pasa de 29.677.000 en 1880, y resultó de 34.139.000 hectolitros en 1881.

Produjo el viñedo francés en 1878, en 2.305.359 hectáreas, la cantidad de 50.636.968 hectolitros de vino, estimados en un valor de 1.367 millones de francos.

De 8.846.246,190 kilogramos de seda en capullo ha sido la campaña de 1881 en Francia, que en 1866 dió 16.436.258 kilogramos; 14.082.945 en 1867; 12.065.542 en 1852; 11.703.664 en 1877; pero sólo 7.794.705 kilogramos en 1878.

La cosecha de trigo se estimó de 82.152.282 hectolitros en 1879. Francia ha tenido cosechas de trigo que han rebasado de 133 millones de hectolitros.

Han sido:

La de	1863	resulta	de	116.781.794
—	1868	—	de	116.783.000
—	1872	—	de	120.803.459
—	1874	—	de	133.130.163

Se calculaba en 101.796.613, en 1880.

Una cosecha término medio debe pasar un poco de 100 millones de hectolitros.

De otros muchos artículos de la rica agricultura francesa podríamos ir dando noticias circunstanciadas, pues no nos

faltan y no echamos de menos los datos oficiales franceses con multitud de detalles; pero daríamos demasiadas proporciones á este trabajo, que tiene sus límites marcados en las hojas de una Revista. Digamos algo de la ganadería francesa, en un resumen que cerrará esta división de nuestro sucinto estudio.

	Cabezas.
Había de la especie caballar.....	2.868.723
— — mular.....	292.272
— — asnal.....	398.130
— bueyes y toros.....	2.437.780
— vacas.....	7.487.300
— terneros.....	1.841.492
— lanar indígena.....	20.802.579
— lanar perfeccionado.....	2.693.266
— cerda.....	5.710.775
— cabrío.....	1.567.752
<i>Total</i>	46.100.069

Bien se puede decir que la hermosa Francia, la de las riberas del Ródano, Gironda, Loire, Sena, Marne, Meuse, etc., es un país de promisión, una tierra muy rica, de grandes recursos, que no puede perecer.

V.

Ofrece la industria francesa raro ejemplo de inteligente actividad é invención, ramo de riqueza grande y progreso constante desde los tiempos del ilustre Colbert. Quiso conocer este célebre Ministro, en 1669, los efectos de las disposiciones que había adoptado para promoverla, reclamando noticias de las fábricas y talleres, y obteniendo que había en el Reino en dicha época 34.000 telares para tejer géneros de lana de toda especie, incluso el camelote, sargas y tejidos inferiores, elevándose la producción á 670.540 piezas, valor

de 19.978.291 libras tornesas, y recontando 60.440 operarios. Salía cada habitante del Reino á metro de tela, lo cual supone que el mayor número no vestía bien; pero dedicándose 17.300 industriales á hacer encaje de hilo, un 30 por 100 —comparados con los tejedores de lana,—y esto, á su vez, indica claramente hábitos cortesanos, costumbres lujosas y desproporción de fortunas.

Quiso el intendente general del comercio, en 1788, Mr. Tolosán, realizar mejor el proyecto de estadística industrial, concebido por el gran Colbert, que también uno general había fracasado en tiempo de Luis XIV, y obtuvo datos relativamente perfeccionados y completos. Halló monsieur Tolosan lo que sigue, y damos á continuación extractado, en valores:

Valor y proporción de las primeras materias, trabajo y fabricación de las industrias francesas en 1788.

	Francos.
Tejidos de cáñamo, lino y algodón.....	200.000.000
Bonetería de hilo y de algodón.....	15.000.000
Valor de los artículos fabricados.....	215.000.000
— de las primeras materias.....	53.750.000
— del trabajo y utilidades.....	161.250.000
— paños finos y comunes, camelotes y sargas.....	200.000.000
— bonetería de lana y sombrerería....	45.000.000
Valor de los artículos fabricados.	245.000.000
— de las primeras materias.....	122.500.000
— del trabajo y utilidades.....	122.500.000
Sederías y tejidos de todas clases.....	70.000.000
Bonetería de seda.....	25.000.000
Cintas, blondas, gasas, pasamanería.....	30.000.000
Valor de los artículos fabricados.....	125.000.000

	Francos.
Valor de las primeras materias.....	66.400.000
— del trabajo y utilidades.....	41.600.000
Total valor del ramo de tejidos.....	285.000.000
— de las primeras materias.....	259.650.000
— del trabajo y utilidades.....	325.550.000
	870.200.000

A saber:

Beneficios.....	58.500.000
Salarios.....	266.850.000
	325.350.000

Calcularon la producción mineral en.....	165.160.000
La de artículos del ramo vegetal.....	316.500.000
La procedente del reino animal.....	451.800.000
<i>Total</i>	931.460.000
Por artes y oficios.....	60.000.000

Un número de 40.000 obreros resultó.

Mr. Chaptal presenta otra estadística de 1812, que ofrece los siguientes guarismos:

Procedentes del reino mineral.....	391.572.000
— — vegetal.....	771.638.000
— — animal.....	508.385.000
	1.671.595.000
De otros ramos.....	148.405.000
<i>Total</i>	1.820.000.000

Había doblado Francia la fortuna pública de su industria en veinte años, de 1788 á 1812, y aumentó de 931 millones en 1820. Sube á 37 francos por habitante en el primer caso, á 63 en el segundo, y de 70 por 100 resultaba el progreso en el tercero. Contábase un total de 76.817 operarios en la fabricación de 1788.

Ese número ascendía en 1812, á 131.409.

Fabricáronse 324.440 piezas de lana en 1788.

Las de 1812 suman 1.240.977. Pero la estadística estaba todavía en mantillas, era muy incierta y no descansaba en base sólida, por falta de método y conjunto. Esos trabajos razonados y sistemáticos se han hecho después; corresponden al reinado de Luis Felipe, Rey de la paz. Dividióse el territorio, para poder apreciar la fortuna pública y relacionar la producción industrial con la agrícola, en cuatro grandes regiones, limitadas por el meridiano de París y la paralela 47, la Francia oriental en región Norte oriental y Mediodía oriental, y la Francia occidental en región Norte occidental y Mediodía occidental. En 1840 próximamente dieron principio los trabajos.

Comprende la región NORTE ORIENTAL 21 departamentos, y los resultados de la estadística industrial presentan los siguientes datos:

Número de establecimientos.....	7.177
Comunidades donde radican.....	1.920
Valores locativos.....	11.207.842
Número de patentes.....	1.347.774
Valor de las primeras materias.....	750.376.890
Valor de los productos fabricados anualmente.....	1.145.049.901
<hr/>	
Hombres obreros.....	229.023
Mujeres.....	93.440
Niños.....	58.078
<hr/>	
Totales (obrerros).....	380.541

Salarios.

Hombres (término medio).....	2,03 francos.
Mujeres.....	0,97 »
Niños.....	0,64 »

MEDIODÍA ORIENTAL.

(22 departamentos.)

Establecimientos.....	13.390
Comunidades.....	3.094
Locación.....	6.790.056
Patentes.....	834.881
Primeras materias.....	764.176 558
Fabricación.....	1.137.739.685
<hr/>	
Hombres.....	238.227
Mujeres.....	67.478
Niños.....	29.663
<hr/>	
<i>Totales</i>	345.368

Salarios.

Hombres.....	2,05
Mujeres.....	0,94
Niños.....	0,70

REGIÓN NORTE OCCIDENTAL.

(21 departamentos.)

Establecimientos.....	27.156
Comunidades.....	5.388
Locación.....	16.600.776
Patentes.....	1.549.059
Primeras materias.....	1.018.972.418
Fabricación.....	1.372.599.522
<hr/>	
Hombres.....	207.553
Mujeres.....	83.575
Niños.....	43.737
<hr/>	
<i>Totales</i>	334.865

Salarios.

Hombres.....	1,91
Mujeres.....	0,93
Niños.....	0,63

REGIÓN MEDIODÍA OCCIDENTAL.

(22 departamentos.)

Establecimientos.....	23.774
Comunidades.....	6.645
Locación.....	9.101.015
Patentes.....	311.746
Primeras materias.....	393.750.894
Fabricación.....	511.758.228
Hombres.....	93.115
Mujeres.....	24.344
Niños.....	12.187
<i>Totales.....</i>	129.636

Salarios.

Hombres.....	1,80
Mujeres.....	0,80
Niños.....	0,60

RESUMEN.

FRANCIA.—CUATRO REGIONES.—86 DEPARTAMENTOS.

Establecimientos.....	71.497
Comunidades.....	17.047
Locación.....	43.699.787
Patentes.....	4.043.450
Primeras materias.....	2.927.276.760
Fabricación.....	4.167.147.336
Hombres.....	767.918
Mujeres.....	268.837
Niños.....	143.665
<i>Totales.....</i>	1.180.420

¡Qué cuadro! ¡Qué atrás quedan 1788 y 1812! Y no bastan los guarismos ni los valores para formar idea y poder comparar.

Las primeras materias han bajado mucho de aquellos precios anteriores y se aprovechan mejor: la fabricación ha reducido extraordinariamente los suyos, y el obrero trabaja en telares mecánicos perfeccionados y utiliza las fuerzas del vapor, al lado de las que las humanas son insignificantes. Y, además, ¡cuánta pequeña industria en el hogar que no figura en la estadística oficial!

Demos otro paso.

Nos ofrece la industria francesa en los años de 1861 á 1865 datos admirables, según los oficiales:

Resultaban, sin los de París y Lyon y los del Estado, 100.163 establecimientos industriales en toda Francia, cuyo valor de venta se apreciaba en 2.500 millones de francos, que gastaban una masa de 4.940 millones de francos de primeras materias, 194 $\frac{1}{2}$ en combustible para producir un valor total de 7.130 millones de francos, empleándose en fábricas y talleres 1.500 obreros. París poseía en 1860 un número de 22.409 establecimientos industriales que pagaban 30 millones de alquiler al año, asistidos por 203.000 operarios, y hacían ó producían por la suma de 1.422 millones. Destruídos en un incendio los datos estadísticos de la villa de Lyon de 1860, hubo que rehacerlos incompletos ó insuficientes, pero estableciendo que contaba 720 centros industriales con 80.000 obreros, ayudados de una fuerza de 2.000 caballos que daban 120 ruedas hidráulicas y 150 máquinas de vapor, y los productos se estimaban en 500 millones. Ascendía en los 61 establecimientos del Estado á 914 millones la fabricación; 37.730 operarios, 217 ruedas hidráulicas, 9 malacates y 161 máquinas de vapor, todo ello de fuerza de 4.406 caballos. En los arsenales marítimos separadamente había al mismo tiempo 27.715 trabajadores y 158 máquinas de vapor de 1.728 caballos de fuerza.

A pesar de la grandeza imponente de esta singular estadística industrial, estimaban las Cámaras de comercio que la ocultación y descuido no había sido menor de una terce-

ra parte para la masa total, por donde resulta que la industria francesa en los años de 1861 á 1865 produciría en sus 156.000 establecimientos, asistidos por 2.300.000 obreros y fuerzas motrices de 672.000 caballos, la enorme suma de 12.000.000.000 de francos al año.

Para pesar bien el valor de la industria hay que conocer, en el estudio del comercio exterior, la importación de las llamadas primeras materias, la riqueza mineral del suelo, lo que de esto sale y entra. Francia, que extraía en 1860 una cantidad de 8.309.622 toneladas de carbón de piedra de sus cuencas, sacó 16.804.500 en 1877, y 18.857.327 toneladas en 1880. Estimábase en 1864 toda la fundición con carbón vegetal, el lingote, en 2.508.000 quintales métricos, apreciados en 39.335.000 francos, y en 7.668.000 la con carbón de piedra, valorada en 76.786.000 francos, con los dos combustibles se obtuvieron 1.945.000 quintales, tasados en 23.284.000: nos da un total por los tres conceptos de 12.121.000 quintales métricos, que salen á 139.400.000 francos.

Iba este gran ramo de la gran industria, en esta edad propiamente de hierro, en extraordinario aumento y progreso; veamos si ha retrocedido y perdido terreno.

El combustible mineral explotado resulta ser de 19.909.057 toneladas en 1881.

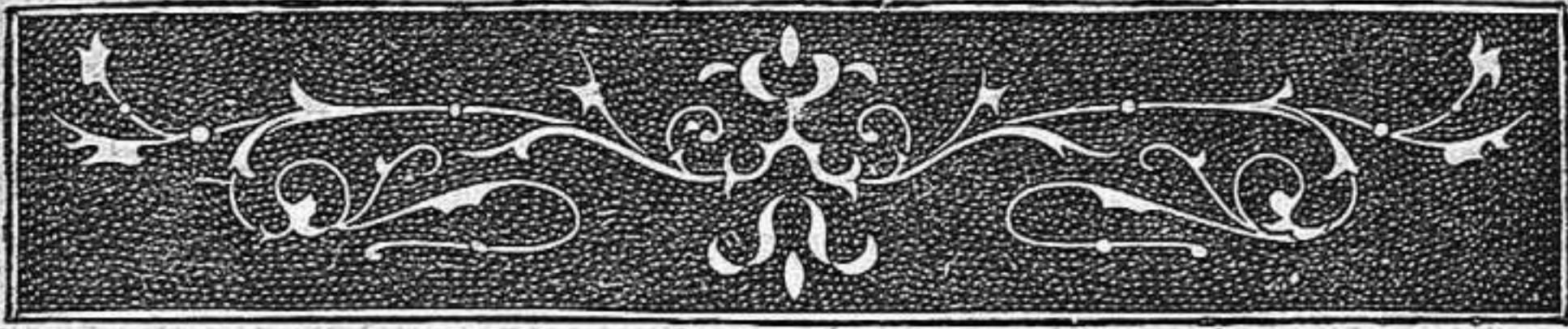
La fundición total de primera fusión da 1.894.861 toneladas en 1881, y había sido de 1.725.293, en 1880; es decir, 1.212.100 toneladas de fundición en 1864, y aumento en 1881 de 682.761 toneladas.

Reconocemos y confesamos, humilde é ingenuamente, que no es agradable y recreativa la lectura de un artículo tan lleno de números, como este que no sin algún esfuerzo y sudor vamos escribiendo; pero hemos de advertir lisa y llanamente, que no queremos distraer y entretener, nada de eso, y sí dar datos oficiales para una demostración y ejemplo, dejando al lector en libertad absoluta y completa de escoger y entresacar como le parezca, y ordenar y escribir, á su vez, como quiera, pues ya que nuestra inclinación y estudios nos alejan cada vez más del buen camino del buen gusto y atil-

damiento, con razón por otros preferido, nos reducimos por necesidad y modestamente á rebuscar anuarios de estadística y Memorias de Ministros y Directores para extractarlas. Todavía estamos á media jornada y hay que ir ofreciendo otros datos antes de poder llegar á conclusiones bien fundadas. Se irá descubriendo y comprobando la riqueza de un pueblo que desde los tiempos de Julio César aparece grande, importante, privilegiado y hasta extraordinario; de un pueblo en suma que Carlo-Magno, Enrique IV, Richelieu, Luis XIV, Napoleón I, la Restauración, Luis Felipe y el sobrino del capitán del siglo, de varios modos y en épocas bien diferentes engrandecieron y consolidaron, dándole, en muchas, preponderancia y predominio; de un pueblo de recursos tales y medios tan poderosos, que se levantará, rejuvenecido y vigorizado, de todas sus catástrofes y humillaciones: y si no, ahí está su historia. Pues bien; esa historia prodigiosa de rotas y victorias la queremos explicar de cierto modo, presentando el cuadro de su riqueza y recursos en dos ó tres artículos de revista.

SERVANDO RUIZ GÓMEZ.





ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW ⁽¹⁾

VIDA Y OBRAS.

VII.

PERO el género en que más sobresale Longfellow es el lírico, uniendo la ternura á la energía, la delicadeza á la vehemencia de los sentimientos, que expresa en imágenes, ora vivas y graciosas, ora patéticas y atrevidas. Jamás nos han gustado ayes afeminados, sollozos teatrales en que se complace la quejumbrosa musa de ciertos poetas que, inspirándose en el cobarde, enervador pesimismo, pretenden arreglar el mundo á fuerza de lamentos y maldiciones; pálida, desgredada bacante, que tiende á hacer cómplice de sus pasiones y de su orgullo á la *santa belleza*, pidiéndole sus prestigios y galas, como si lo bello pudiese vivir divorciado de lo verdadero y de lo bueno. No es ésta la musa de Longfellow; siempre pura, siempre conmovida, valerosa siempre, revela el ardor y el incesante afán característico del genio americano. Nadie pinta mejor que

(1) Véase la pág. 73 de este tomo.

nuestro poeta el dolor que le ha abrevado con sus amarguras, pero que no ha conseguido doblegarle; por el contrario, vence la melancolía que le inspira con un rasgo vigoroso, con una expresión enérgica y semejante al nauta de la antigüedad (1), que en medio de los horrores de la borrasca exclamaba: «¡Oh Neptuno, poderoso dios de los mares! sé que puedes precipitarme en el fondo de las negras ondas; sé que puedes conducirme al puerto, pero mientras yo pueda, mantendré firme mi mano en el timón.» Así nuestro poeta levanta siempre con valor la mirada á excelsas regiones, irguiendo, como nadador intrépido, la frente por cima de las aguas de la aflicción; carácter americano, y sobre todo carácter cristiano, que sin que la blasfemia asome á sus labios, sopor-ta su cruz en este valle de lágrimas.

Véase cómo en el *Salmo de la vida*, poesía escrita en los albores de la juventud, expresaba valeroso el sentimiento de la misión de la vida:

No me digas en versos melancólicos
«sueño inútil, no más, es nuestra vida,
porque el alma dormita casi muerta,
y engaño son las cosas y mentira.»
No: la vida es real, la vida, ardiente;
no es oscura prisión la tumba fría:
que «tú eres polvo y volverás al polvo,»
palabras son que al alma no fatigan.

No es gozar ó sufrir nuestro destino;
¡obrar sólo! así lejos de la víspera
nos podremos hallar cada mañana.
El arte es largo, rápidos los días,
y los más valerosos corazones
asemejan, en medio de su dicha,
roncos tambores, de crespón cubiertos,
que al sepulcro ligeros se encaminan
tocando marchas fúnebres. En este

(1) Citado por Reveillé-Parise en su *Physiologie et hygiene des hommes livres aux travaux de l'esprit*.

rudo vivac, batalla de la vida,
 no imites á la oveja, que cobarde
 arrastran á la atroz carnicería;
 sé un héroe que combate, y nunca fíes
 en lo futuro, que placeres brinda:
 deja á los muertos enterrar sus muertos;
 obra tú en lo presente, que es la vida,
 siempre el valor en tu esforzado pecho
 y siempre Dios sobre tu frente altiva.

Noble el recuerdo de los grandes hombres
 nuestra existencia á sublimar excita:
 dejando tras nosotros, en el polvo
 del tiempo, nuestra huella fugitiva,
 tal vez la encuentre, náufrago en los mares,
 mísero hermano nuestro, y la energía
 recobre y la esperanza alentadora
 que á tantos héroes de la muerte libra.

Déjame, pues, alzarme, obrar sin tregua,
 esforzar mi valor en cada día,
 acabar una obra, empezar otra,
 en eterna labor, y con fe viva...

¡Qué acentos tan viriles y tan enérgicos! Diríase que son ¡hurras! lanzados por el ardiente entusiasmo del joven guerrero victorioso en cien combates, que siente más ambición de lauros y fatigas á medida que se prolonga la campaña. En toda la literatura antigua y moderna no conocemos composición más levantada y que exprese con más ardor y valentía la misión del hombre sobre la tierra y el concepto de la vida. Parece que nuestro poeta ha querido engalanar con el lujo de su fantasía la definición que el Angel de las Escuelas, siguiendo al filósofo de Estagira (1), ha dado de la vida, llamándola *movimiento fecundo*. ¡Qué fluidez y cuánta naturalidad en sus versos! El comparar los latidos del

(1) *Vita est mentis actio* (Aristót., lib. II Metaph., cap. 7.^o).—*Vita in actione non in effectu consistit* (Idem, lib. I de Repub., cap. 3.^o).—*Vivere est propriè sentire et intelligere*. (Idem, lib. IX Ethic., cap. 9.^o)

corazón humano con los golpes dados en el parche militar, es muy original, y no sólo poéticamente bello, sino también fisiológicamente verdadero.

VIII.

Y no se nos conteste que estos acentos son los de la ilusión de la vida que aun no ha sentido cebarse en ella la garrá del infortunio, ni ha recibido el bautismo de la desgracia, no; nuestro poeta, que escribía la anterior poesía á los diez y nueve años de edad, cuando la vida se nos presenta de oro y azul, luminosa como en la mañana del combate, brindándonos por doquiera la copa rebosando vino, ha sufrido después los golpes de la suerte, y ha vertido lágrimas ardientes, herido en el único y sólido amor, en el amor conyugal (1). Puede, pues, decir con Espronceda y con más razón: «palpé la realidad;» pero en su valor de hombre y en su fe de cristiano ha permanecido siempre su musa fresca y vigorosa, como en aquella edad de que Aristóteles dice «que aun no ha sido humillada por la vida,» y no añade como el autor del *Diablo Mundo*:

.....odié la vida,
sólo en la paz de los sepulcros creo (2),

sino que á pesar de las espinas que desgarran su planta, camina, alta la frente y el corazón resignado, por el sendero que le marca la sabia Providencia en sus inescrutables designios. No exclama como petrificado estoico encerrado en el toro de Phálaris: *¡quam suave est hoc, quam hoc non curo!* ni lanza impotentes blasfemias, sino que, paciente y resigna-

(1) Murió su esposa trágicamente el día que con varios amigos festejaba su natalicio, habiéndosele, por descuido, incendiado los vestidos: esta desgracia causó al cariñoso poeta inmensa melancolía, mas no le sumergió en la desesperación blasfema: los grandes caracteres hacen del dolor palanca para elevarse á mayores alturas.

(2) *A Farifa*, en una orgía.

do, convierte las espinas en florones de inmortal corona, haciendo de las penas de la vida escala purificadora para abrir el cielo.

Entre la multitud de poesías que pudiéramos escoger, damos la preferencia á la *Escala de San Agustín*, poesía escrita en 1861, cuando parecía que Longfellow debía hallarse sumido en la más desesperante angustia. Ha dicho el gran Obispo de Hipona que nuestros vicios y nuestros dolores eran como peldaños de una escala que debíamos subir para vencerlos. El vate cristiano ha recogido este profundo pensamiento y lo ha desarrollado, prestándole todas las galas de su poderosa fantasía:

Hé aquí dicha composición:

Bien ¡oh Santo! dijiste que podemos
hacer de nuestros vicios una escala,
si á pisar con valor nos atrevemos
toda acción nuestra vergonzosa y mala.

Aun las vulgares cosas,
aun los menos notables accidentes
que nos traen y se llevan presurosas
las horas, cada día, indiferentes;
aun el placer pequeño,
aun el rumor que apenas escuchamos,
peldaños pueden ser por do ascendamos.

El ruin deseo y el innoble empeño
que la virtud resfría,
la báquica licencia de la orgía,
la ambición de lo torpe, los combates
por lo que no es verdad, y la dureza
de alma, que los ensueños juveniles
desprecia, y los bastardos pensamientos,
y las acciones viles,
que toman ser de corrompida idea:
cuanto impide los nobles movimientos
de recta voluntad, todo ello sea
pisado, si en el campo luminoso
queremos de la fama

el puesto conquistar, á que el anhelo
de nuestra propia condición nos llama.

Si alas nos faltan para alzar el vuelo,
tenemos pies con que ascender por grados
y poco á poco, mas subiendo siempre,
de la vida á las cumbres nebulosas.

Las moles poderosas
que lanzan en los libios arenales
al espacio sus cimas altaneras,
sólo son de peldaños colosales
sublimes escaleras.

Las gigantes montañas apartadas,
que sus picos severos
ocultan, por las nubes coronadas,
de pequeños senderos
encuéntanse surcadas,
que luego descubrimos
cuando á sus yertas cúspides subimos.

La altura que alcanzaron
y conservar supieron
los hombres eminentes,
no de un rápido salto la obtuvieron:
mientras sus compañeros indolentes,
descuidados dormían,
ellos en vela, en el trabajo duros,
toda la noche andaban, y ascendían.

Venciendo al fin, tenaces y seguros,
lo que el lomo encorvado
y la vista en la cuesta
á llevar nos forzó, ya desahogado
el noble pecho y la cerviz enhiesta,
ver podrán nuestros ojos los caminos
en la pendiente abiertos
á más altos destinos.

Y ese mismo pasado, que ora inútil
y de ningun valor se nos figura,
visto desde la altura,
no nos será tan vano,

al poder comparar con sus despojos
 algo más noble y sano,
 del alma seducción y de los ojos! (1)

¡Cuánta sencillez al par que grandeza de alma revelan estos acentos! ¡Cómo se transparenta en ellos la fe y la resignación ante los dolores de nuestro valle de lágrimas! ¡Qué hermosa, nueva y original es la comparación de la vida á los sepulcros faraónicos, cuya elevada cumbre de difícil acceso sólo es hollada por la planta del viajero intrépido! Si no supiéramos que la anterior poesía era de Longfellow, hijo de los Estados Unidos, y que vivió en pleno siglo XIX, siglo de la duda y del grosero materialismo, la atribuiríamos á un San Juan de la Cruz ó á Santa Teresa de Jesús, cuyo célebre dicho: «el mundo tiene de bueno el perfeccionar con sus pequeñeces y miserias á los santos,» nos trae á las mientes nuestro poeta. ¡Tan profundo es su misticismo, tanto valor revela por salir de *questa selva salvaggia ed aspra, e forte*, y ganar las cumbres luminosas de la *montaña de la vida!*

El célebre autor—sea quien fuere—del incomparable libro de la *Imitación de Jesucristo*, dice: *Hoc deberet esse negotium nostrum, quotidie se ipso fortiover fieri* (lib. I), pensamiento profundo que con tanta brillantez y galanura ha desarrollado el vate norteamericano. ¡Sí, poeta cristiano; cada día más fuerte, cada día mayores progresos! Tal es la única misión del hombre, que en medio de la batalla debe recordar como estímulo y corona de sus afanes el *Sed perfectos como el Padre, que está en los cielos.*

IX.

Inspirada en el mismo sentimiento religioso y más sublime, si cabe, que las anteriores, es su famosísima oda *¡Excelsior!*, que ha dado la vuelta al mundo. Es, como hemos

(1) Traduc. del Sr. Baquero Almansa.

dicho (1) el, «*Sursum corda* de la musa americana, grito de alma poética y siempre más valiente á medida que los trabajos se suceden en la vida y los años atropellan á los años.»

El *Edipo* de Séneca siente resonar en sus oídos la fatídica voz ¡adelante! del Destino y la obedece fatalmente; el romanticismo de Víctor Hugo, hijo del *satanismo* byroniano, pone en boca de Hernani la brutal expresión: *¡Je suis une force qui va!* (2); pero nuestro vate, bebiendo en las limpiadas fuentes de la religión, que es la más pura filosofía, nos presenta á un noble mancebo luchando libremente con las asperezas de la vida, negándose á las seducciones del placer y realizando la noble idea del justo soñado por el estoico cordobés, cuando exclamaba (3) *Ecce par Deo dignum, vir fortis cum mala fortuna compositus!* Esta producción—ya lo dijimos en otro lugar (4)—«revela el ardor inextinguible de un alma cristiana solicitada por la atracción de lo infinito: es el *más allá* que oía aquel árabe de la leyenda granadina, excitándole á no desmayar nunca en sus trabajos y á vencer

(1) En *El Imparcial* del lunes 17 de abril.

(2) El fatalismo de los antiguos poetas no era tan brutal ni tan ciego como el de los románticos modernos, imitadores de las contorsiones y violencias líricas de Lord Byron. Hé aquí cómo se expresa su jefe Víctor Hugo:

..... Tu me crois peut-être
Un homme comme sont tous les autres, un être
Intelligent, qui court droit au but qu'il reva
Detrompe-toi: je suis une force qui va!
Agent aveugle et sourd de mystères funèbres!
Une ame de malheur faite avec des tenèbres!
Ou vais je? Je ne sais, mais je me seus poussé
D'un souffle impétueux, d'un destin insensé,
Je descends, je descends et jamais ne m'arrête.

HERNANI.

Hé aquí el hombre de la poesía romántica, del drama alemán, de la filosofía positivista y de la moral democrática de J. J. Rousseau. V. *Le Correspondant* del 10 de octubre de 1878

(3) *De providentia*, lib. II.

(4) *Ilustración Española y Americana* del 22 de abril.

con renovado vigor las crecientes dificultades de la lucha diaria.» Es como el acento de un dios caído, que se acuerda de los cielos.

Paladéenla nuestros lectores en la versión que de ella ha hecho el excelente poeta-traductor Sr. Llorente, y verán que no son hiperbólicos nuestros elogios:

Negra descende la noche,
y entre nieblas y entre hielos
pobre aldea de los Alpes
cruza gallardo mancebo.
Enarbola una bandera;
la bandera dice: ¡*Excelsior!*

Arde en su pálida frente
la hoguera del pensamiento;
brillan sus tristes miradas
como el filo del acero,
y en lengua desconocida
dicen sus labios: ¡*Excelsior!*

Allí, en moradas felices
ve luz, y el alegre fuego
del hogar, chisporroteando,
y arriba ante él, los espectros
del ventisquero, y su lengua
aun va murmurando: ¡*Excelsior!* (1)

«Detén la marcha, insensato—
grítale, al pasar, un viejo;—
amenaza la tormenta
y es escarpado el sendero.»
El mozo sin escucharle
sigue murmurando: ¡*Excelsior!*

(1) En la traducción que hemos tomado del Sr. Llorente falta esta estrofa tercera, que hemos traducido ajustándonos al metro de dicho señor.

«Tente—le dice una hermosa;—
la sien reclina en mi seno,
descansa,» y cae una lágrima
de sus ojos hechiceros.
Pero el doncel sin mirarla
marcha repitiendo: ¡*Excelsior!*

—
«Guárdate bien de las ramas
que tronchó el rayo al abeto;
guárdate—dice el anciano—
de traidores ventisqueros.»
Mas ya en la cima lejana
oye resonar: ¡*Excelsior!*

—
Al rayar la tarda aurora,
cuando en pausado concierto
á Dios elevan sus preces
los monjes del monasterio,
suena una voz desgarrada
que á lo lejos grita: ¡*Excelsior!*

—
Corre el fiel can presuroso,
y en tumba de nieve envuelto
halla al audaz caminante;
y aun con sus crispados dedos
ase la blanca bandera;
la bandera aun dice: ¡*Excelsior!*

—
Helado, inmóvil, sin vida,
pero siempre noble y bello,
yace el animoso joven;
y del alto firmamento
voz dulcísima descende,
¡*Excelsior!* clamando, ¡*Excelsior!*

X.

Las tres anteriores odas, verdaderas joyas, no sólo de la literatura norteamericana, sino también de la de todos los pueblos, son suficientes para dar á cualquier vate la reputación de grande y constituyen á la vez un sistema completo de filosofía viril y enérgica. El *Salmo de la vida* es la vigorosa afirmación de la voluntad y de la acción que constituyen al hombre, (1) y protesta á la vez contra la filosofía del placer de los

(1) El notable publicista Paul Janet en su obra *Philosophie du bonheur*, París, 1863, después de haber examinado con escrupulosa crítica los placeres que pueden proporcionarnos la fortuna, los honores y la virtud, la inteligencia, concluye filosóficamente que la felicidad consiste solamente en el desarrollo y ejercicio de todas nuestras facultades. Nos hallamos conformes con dicho escritor, disintiendo tan sólo de su apreciación de la vida contemplativa, á la que no considera—tal vez por algún resabio volteriano—como vida de acción, necesaria para el individuo y para la sociedad. Si dicho escritor hubiese meditado en lo que hace algunos años escribía el famoso Víctor Hugo, cuando la imaginación de este poeta estaba sujeta á su razón, no hubiera condenado, con ligereza imperdonable en quien pretende pasar por filósofo, la admirable epopeya del trabajo que han realizado los monjes en todas épocas y países. Hé aquí lo que dice el anciano vate: lo tomamos del diario católico de Madrid, *La Unión*, sin que podamos precisar la fecha:

«La fé es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

»El hombre no está desocupado cuando se entrega al éxtasis, porque hay trabajo visible y trabajo invisible.

»Meditar es trabajar; pensar es obrar. Los brazos cruzados trabajan, las manos juntas obran. La mirada que se dirige al cielo es también una obra.

»Para nosotros los cenobitas no son ociosos, los solitarios no son holgazanes.

»Meditar en la soledad es una cosa grave.

»Mezclar con la vida alguna idea de la muerte es la ley del sabio; y es también la ley del asceta: ambos convergen en este punto.

»Hay un incremento material, lo queremos; pero hay también una perfección moral, la respetamos.

»Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

—»¿De qué sirven esas figuras inmóviles que están contemplando el misterio? ¿Qué hacen?

»¡Ah! En presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera, sin

epicureos y contra la despreciadora é insensible de los estoicos:

No es gozar ó sufrir nuestro destino,
obrar sólo!...

La *Escala de San Agustín* nos ofrece esta misma filosofía depurada de todo afecto terreno, si así podemos decir, y caldeada en el horno del más acendrado misticismo (1). Ya no es sola la acción que pudiera ser hija del soberbio egoísmo, como la del Dr. Fausto en el famoso drama de Goëthe, sino la acción que se endereza por los caminos de la perfección para llegar á las cumbres de la santidad, si con valor pisoteamos

El ruin deseo y el innoble empeño
que la virtud resfría,
la báquica licencia de la orgía,
la ambición de lo torpe, los combates
por lo que no es verdad, y la dureza
de alma, que los ensueños juveniles
desprecia, y los bastardos pensamientos,
y las acciones viles

saber lo que hará de nosotros la dispersión inmensa que nos aguarda, les respondemos:

»—No hay quizá cosa más sublime que la que hacen esos seres.

»Y añadimos: «No hay quizá trabajo más util. Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca» *Quantum mutatus ab illo!*

(1) A diferencia de otros misticismos egoístas, inertes y enfermizos, el verdadero, el único misticismo, el católico, se enciende en el amor á Dios y al prójimo, proclamando la necesidad y eficacia de las obras. Santa Teresa de Jesús, tipo acabado de misticismo, no exclama como la discreta Victoria Colonna, catequizada en mal hora por Juan de Valdés:

Cieco é il nostro voler, son l'opre

Cadono al primo vol le mortal piume,

sino que escribe en la Morada V: «No, hermanas: obras quiere el Señor... y ésta es la verdadera unión... Y estad ciertas que mientras más en el amor del prójimo os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios.» Por eso Santa Teresa no separa nunca á Marta de María ni la vida activa de la contemplativa. (Sr. Menéndez Pelayo, en su *Discurso de recepción* en la Academia Española.)

que toman ser de corrompida idea;
cuanto impide los nobles movimientos
de recta voluntad.....

y en el *Excelsior* nos revela las santas alegrías del mártir, que en medio de los tormentos, que podía esquivar arrojando á los ídolos un puñado de incienso, vislumbra la corona de la inmortalidad, reservada al valiente atleta, y muere gritando *io triumphe!*

Filosofía y canto del hombre, filosofía y canto del místico, filosofía y canto del mártir: he aquí lo que son estas tres inmortales odas; mejor diríamos que son fragmentos de una sola, cuya primera estrofa sube de la tierra y la última descende de los cielos.

XI.

Parece á primera vista que la metafísica y la poesía se hallan separadas por un abismo, y no es así. Busca la filosofía el conocimiento de las cosas por medio de las causas y las relaciones que median entre aquéllas, y «la verdadera poesía, como ha dicho Jouffroy, expresa los tormentos del alma humana ante la cuestión de su destino,» es decir, ante los más elevados problemas de la filosofía. Por esta razón se hallan unidas, como la flor al tallo, la filosofía y la poesía en todas las épocas y lugares: al panteísmo absoluto y radical del *nirvana* indio responden los interminables poemas bráhamínicos, llenos de incidentes y de episodios, producto de desenfrenada fantasía, con que se regalan los secuaces de Budha; al puro y elevado monoteísmo bíblico, la epopeya de Job, donde campea la Providencia, y los salmos de David, ardientes y llenos de entusiasmo ante la esperanza del prometido Mesías; á la *Iliada* y á la *Odisea*, la filosofía de Aristóteles y Platón; á Epicuro, Lucrecio, y á Zenón, la *Farsalia*.

Este hecho, ó mejor, esta necesaria relación entre la verdad y la belleza, entre la idea y su esplendor, se repite en toda la serie de los siglos, no siendo «la literatura, como

muy acertadamente ha dicho Mad. Staël, sino la expresión de la sociedad,» es decir, de la filosofía en ella dominante.

En la última centuria complacióse el espíritu filosófico en un rosado y vacío optimismo, soñando con paraísos ideales, y hasta con la inmortalidad en el planeta (1), y la literatura produjo almibarados idilios, empalagosas églogas, Pablos y Emilios, Julias y Eloisas. Mas ¡ay! ¡cuán poco duran las burbujas de jabón! El refinado espíritu filosófico, después de haberse embriagado con todas las grandes esperanzas de la especulación, después de haber agotado todos los sueños y todas las epopeyas de la metafísica, proclama la nada de todas las cosas, y con sabia desesperación tartamudea la frase de un joven Príncipe indio, pronunciada hace veinticuatro siglos en la orilla del Ganges: «¡El mal es la existencia!»

No es el pesimismo enfermedad moderna, pues en todas las épocas y países (2) ha habido grandes crisis de desespe-

(1) Lo soñó Condorcet.

(2) Gritos de dolor profundo, ayes inmensos resuenan en la filosofía y poesía de todos los pueblos. Sin ocuparnos en el panteísmo indio, cuyo término es la anulación de la personalidad humana y su absorción absoluta en Brahma, Job maldice el día en que ha nacido; Salomón declara «que está enojado de la vida, viendo todos los males que se encuentran bajo el Sol, y que todas las cosas son vanidad y aflicción de espíritu.» (Eclesiastés, II, 17.) Profunda melancolía revelan Hesiodo y Simónides de Amurgos y los coros de Sófocles y Eurípides. Grecia lanzó este lúgubre acento: «Lo mejor para el hombre es no nacer, y si ha nacido, morir joven.» Aristóteles observa la profunda relación que media entre el genio y la tristeza. Y Mr. de Hartmann, *Filosofía de lo inconsciente*, se ha servido de una comparación de Platón para comprobar la proposición fundamental del pesimismo de que el no ser es preferible al ser. «Si la muerte, dice, es la privación de todo sentimiento, un sueño sin ensueños, ¡qué gran ventaja será morir!» Por último, en Atenas hubo como una escuela de pesimismo, abierta por el famoso Hegerias, tan sombrío pintor de la vida humana que recibió el nombre de *Pesithanatos*. Produjo esta escuela, como el *Werther* de Goëthe, multitud de suicidios, y fué cerrada de orden de la autoridad. En Petronio y Ovidio encuéntranse atisbos de pesimismo, y más aun en Lucrecio (*De natura rerum*, lib. II); y la Roma imperial, que apuró todos los goces y ensayó todas las monstruosidades, aplaudía frenéticamente el *post mortem nihil, ipsaque mors nihil*, de Séneca.

Sin embargo, estos acentos, por profundos y melancólicos que sean, expre-

ración y de tristeza, acusando la decepción de la vida y la suprema ironía de las cosas; pero podemos llamarla moderna por la forma científica que ha tomado en nuestros días. Ha habido siempre pesimistas; pero jamás como en nuestro siglo ha existido una doctrina, un sistema, que considere al mundo como mero juego de fatalidad irónica, á la vida como don funesto de voluntad malévolá, y á los hombres como «juguetes de un egoísmo superior,» como «títeres del eterno geómetra,» según dice Voltaire (1), envolviendo como de costumbre un chiste en una blasfemia. Ha existido siempre un pesimismo contemporáneo de la humanidad, subjetivo, si así podemos decir, hijo de la *atrabilis*, del temperamento elegiaco de un pensador; pero nunca como hoy un pesimismo objetivo que violente la metafísica y la psicología para afirmar la existencia radical, absoluta é infalible del mal sobre la tierra, para «sostener la existencia en alguna parte de algún gran egoísta que nos engaña,» y que «somos explotados» por un maquiavelismo satánico, por un tirano anónimo y enmasca-

san en las razas y civilizaciones antiguas accidentes individuales, la melancolía del temperamento, los trastornos de un alma bajo el martillo de la desesperación; son gritos aislados, no un concierto; expresiones sueltas, no un sistema filosófico, no una doctrina de la renuncia del ser y de la vida. Lo que domina entre los antiguos, y así lo ha observado Hartmann en la obra citada anteriormente, es el optimismo, el gusto de la vida, la fe en la felicidad terrestre; el judío quiere que sus graneros estén llenos, y que sus lagares rebosen de vino (Proverb. III, 10); el griego, después de haber llevado hasta la fábula su heroísmo, busca y se complace en los goces del arte y de la ciencia, y el severo romano sueña con su poeta en el *regere populos* y en la gran obra y eternidad de *Roma Dea*.

En el enjambre de sectas salidas del cristianismo hállanse también en fárfara doctrinas pesimistas, y Lutero al maldecir la razón, y Pascal con su terrorismo religioso, y el tétrico jansenismo anulando la naturaleza, puede decirse que han esbozado el cuadro que con tan negros colores han concluído Schopenhauer en el *Mundo considerado como voluntad y representación*, y su discípulo Hartmann en su *Filosofía de lo inconsciente*. Quien desee conocer la historia del pesimismo, lea la obra de Mr. James Sully titulada: *Pessimism á history and a criticism*, London, 1877, y la de E. Caro, notable como todas las suyas, *Le pesimisme au dix-neuvieme siecle*, de las cuales nos hemos valido para trazar este brevísimo bosquejo.

(1) Citado por el autor de *Don Papis de Bobadilla*, tomo II.

rado, ora sea la voluntad fraudulenta de Schopenhauer, ora lo astuto inconsciente de Hartmann.

La vida es un tormento ni aun soñado por Dante; «el fraude es la base del Universo;» *lo trágico es ley del mundo* (1); la existencia es ilógica «en su contenido, lo mismo que en su forma» (2) ¿Qué recurso queda, pues, al hombre para burlar las redes de la voluntad ó del Uno-Todo inconsciente? El de los vencidos de Virgilia, (3) la desesperación, la nada!!!

Convenzamos á la humanidad, dicen los pesimistas, de la sinrazón de vivir: precipitémosla lo más pronto posible en el abismo del *nirvana*: valgámonos de un ascetismo sistemático que agote las fuentes de la vida ó apelemos á un grandioso *suicidio cósmico* que nos proporcione el *lethi securi quies*, el seguro descanso de la muerte!!

«Tanto amor á la nada ¿Hay tal locura?» podemos exclamar con el Cardenal Polignac en su *Anti-Lucrecio*?

No nos detendremos á refutar, pues no es nuestra tarea, esta novísima faz de la pseudo-filosofía, que fortifican sus parciales con argumentos especiosos y aparentemente sólidos; solamente les aplicaremos, y con mejor razón, lo que al bravo centurión de César decía Lucano en su *Farsalia*: *Infelix! Quanta dominum virtute parasti!* ¡Desgraciados! ¡Cuántos esfuerzos emplean por conquistar la nada!

Tales aberraciones exigen más bien clínica que crítica. La vida... es la vida y merece que se viva, pues aun la más dolorosa é infortunada es preferible á la nada sombría y horripilante (4).

(1) Tal es el título terrible de un libro escrito por Julio Bahnsen, uno de los discípulos más aprovechados de Schopenhauer y representante de la izquierda de la doctrina.

(2) Idem.

(3) *Unica salus victis, nullam sperare salutem*, (Eneid., lib. 2.º)

(4) Véanse las obras ya citadas de Schopenhauer, Bahnsen y Hartmann, y además los *Diálogos filosóficos* de Mr. Ernest Renán, bastante coloreados de pesimismo.

XII.

Prosigamos con fortificante alegría, gozándonos al ver cómo, palabra tras palabra y reglón tras renglón, va creciendo nuestro humilde trabajo, y ocupémonos con los poetas más salientes que izquierdean, inclinándose al pesimismo (1).

Inician en nuestro siglo la poesía del hastío y de la amargura Lord Byron (2) y Chateaubriand, padeciendo lo que se

(1) Sumaria pero precisa y clara refutación del pesimismo presenta E. Caro en la obra que antes hemos citado.

(2) La situación de espíritu de Lord Byron ha sido filosóficamente comprendida y épicamente descrita por el Sr. Núñez de Arce en su *Última lamentación de Lord Byron*; hé aquí cómo le hace hablar uniendo la verdad á la poesía:

Huérfano y solo abandoné mis lares,
marcando el rumbo hacia remotos climas;
surqué á mi antojo procelosos mares
y hollé la nieve de empinadas cimas;
mas doquiera la hiel de mis pesares
vertí en acerbos y sonoras rimas,
por todas partes implacable y frío
fué detrás de mis pasos el hastío.

¿Por qué, por qué desde mi abril temprano
molesto huésped á mi hogar se asienta,
la copa del placer rompe en mi mano
y hasta en los brazos del amor me afrenta?...

.....
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas;
donde quiera que voy, tú vas conmigo,
y no sé resistir cuando me envías
noches sin sueño y fatigosos días.

¡Días de horrible laxitud! El cielo
transparente y azul me causa enojos,
cubre la tierra insoportable velo,
y el llanto nubla sin cesar mis ojos:
como un sepulcro el corazón de hielo
guarda de mi entusiasmo los despojos,
y están en esas horas de bonanza
mudo el deseo y muda la esperanza!

(Octavas II, III, VII, VIII)

ha dado en la flor de llamar «la enfermedad del siglo,» la enfermedad que atormentó á Werther y á Jacobo Urtis, á Lara y á René. Mas las altaneras y elegantes tristezas de estos dos genios nada tienen de filosófico, ni proceden de un concepto acerca del mundo y de la vida: son una forma del romanticismo, el análisis idólatra y morboso del yo del poeta, concentrado respetuosamente en sí mismo, y contemplándose hasta que se produce en él una especie de éxtasis doloroso de la embriaguez, dando gracias á Dios «de haberle hecho fuerte y solitario,» como el *Moisés* de Alfredo de Vigny, oponiendo su sufrimiento y su aislamiento á los goces de la multitud grosera. Hacen de la poesía un altar, digno de la víctima, creyéndose en su delicado orgullo privilegiados, aristócratas del dolor, y se considerarían rebajados si intentasen compartirlo con el vulgo. Sufren ellos, es decir, una naturaleza excepcional, pero no sufre la humanidad en ellos.

El verdadero poeta del pesimismo, el *vates*, según el sentido que á dicha palabra ahijaban los antiguos, que ve con terror el mal impersonal, absoluto, en todos los grados y en todas las regiones del sér, es el Conde Giacomo Leopardi, quien meditando sobre los mayores problemas de la vida, exclama:

. *Arcano é tutto*
Fuor che il nostro dolor

y con admirable pureza clásica desarrolla la teoría de la *infelicitâ*, canta la *gentilezza del morir*, arrancando á su lúgubre lira el desconsolador acento:

Nostra vita á che val? Solo á spregiarla!

y, complaciéndose en *envidiar á los muertos*, sólo ve

Il commun damno
e l'infinita vanità del tutto!

Enrique Heine, el más terrible humorista de nuestro siglo, y tal vez de todos los siglos, se ríe con sardónica risa, que es la más lúgubre de las tristezas, de Dios y de los hombres, de la sociedad y del mundo, y sonando los cascabeles de Pierrot, revela en sonoras y tétricas rimas el desencanto y la

desesperación de que se halla poseída su alma. «Cínico de la impiedad cuando se divierte, dice Lamartine (1), devoto cuando sufre, indefinible cuando muere, indescifrable en todas ocasiones, no es un hombre, es una pluma, ó más bien es una garra, pero es la garra de un águila de las tinieblas, de un mono del infierno divirtiéndose á los espíritus malignos; esta garra araña hasta teñirse en sangre todo lo que toca, y quema todo lo que ha arañado.»

Alfredo de Musset, poeta de la juventud y de los placeres, en una noche digna del *Aretino*, nos pinta á un joven corrompido hasta la médula de los huesos, que compra á una niña, víctima inocente de la miseria y del libertinaje; le hace conocer el amor, y después de gastar la última peseta, muellemente reclinado en el seno de la cortesana inconsciente, en la que ha matado el alma, ase el pomo del veneno fatal, lo apura de un sorbo y deja un cadáver en un lupanar!...

En sus *Noches*, rivales de las de Harvey, de Young y de Novalis, lúgubres como canto sepulcral, revela las agonías de su alma, y acompañado de su eterna compañera la *Soledad*, nos dice con desgarrador acento:

En mi lira, ni esperanza,
ni dicha, ni gloria canto,
¡ni el sufrimiento siquiera!
y plego mi boca y callo,
para escuchar en silencio
mi corazón hablar bajo. (2)

¡Y qué voces de amor ó de entusiasmo, de esperanza y de valor lanzaba su corazón!

«Siempre un hombre, Dios mío, siempre lágrimas,
siempre polvo en sus pies ha de mirarse
y sudor en su frente; siempre luchas

(1) En el prólogo á la traducción de las *Noches* de Alfredo de Musset publicada por la *Biblioteca Universal*.

(2) *El poeta* en la *Noche de Mayo*.—*Noches* de Alfredo de Musset, versión castellana de Guillermo Belmonte.

y armas sangrientas: mentiría en balde el corazón; su herida está en el fondo.

La misma vida siempre en todas partes!

Querer, gemir, tomar y dar la mano unos mismos actores que nos hacen una misma comedia; mas por mucho que invente la ficción de los mortales, no existe más verdad sobre la tierra que el esqueleto humano...» (1)

¡El esqueleto humano la única verdad de la tierra! ¡Miserable poeta!

XIII.

En nuestra España, á pesar de ser la tierra del sol y del Jerez (2), ha penetrado también la musa pesimista, traída de Inglaterra por D. José de Espronceda, quien, imitador y

(1) *La Musa en la Noche de Agosto*

(2) Sabido es cuánto contribuye á la vida y á la alegría el sol, y para explicar muchos sistemas filosóficos y muchos humorismos, débese contar siempre con el importante dato del clima, pues que, según ha dicho Pascal, «somos tanto cuerpo como espíritu,» y Wirchou añade que no es sólo una verdad poética, sino también física que «somos hijos del Sol.» Diderot se creía loco durante los fuertes vientos,» y Byron decía: «Soy más religioso un día de sol.» La influencia de la luz y del calor solar era muy notable en el autor del *Fausto*: vivaz y alegre durante el día, al anochecer sentía disminuirse la actividad de su espíritu y caer en una especie de letargia que duraba hasta el siguiente día. Por esta razón reducía la felicidad un ilustre diplomático á «Dios, un rayo de sol y un buen plato.» (Reveille-Parisse, *Physiologie et hygiene des hommes livrés aux travaux de l'esprit*, pág. 338.)

Es indisputable la influencia del vino que, según la sagrada Escritura, *lætificat cor hominis*, para disipar las negras ideas y ver el mundo de color de rosa. Véase lo que respecto á esta cuestión dice E. Caro en su ya citada obra: «Uniría de buena gana la (opinión) de un ilustre químico, con el cual hablabamos de esta cuestión del pesimismo, y que la resumía de este modo, reduciéndola á términos muy sencillos; según él, esta filosofía, con sus tristes visiones, era la filosofía natural de los pueblos que no beben más que cerveza.» «No hay peligro, añadía, de que se aclimate nunca en los países vinícolas, y

plagiario (1) de Lord Byron, y siguiendo la moda del romanticismo, cantó también con eco desgarrador el amargoso dejo de los placeres, el vacío de la vida, hallando su fatigado espíritu «hediondo polvo y deleznable escoria» en el mundo que tan jarifo y esplendente había vislumbrado en los albores de su juventud, y con tan ricos colores y tanta pompa había dibujado en su himno á la Inmortalidad.

Lástima es que no haya podido dar cima á su poema épico *El Diablo Mundo*, pues sin que incurramos en augurios pesimistas, es creíble que no hubiera hecho de su héroe un honrado ciudadano, ni le hubiera llevado á morir entre los trapenses, sino que le hubiera librado de la vida gastada en el libertinaje, por medio del veneno, del puñal ó de la pistola. La introducción de *El Diablo Mundo* y las frases del viejo en el primer canto nos permiten atisbar, habida cuenta de la moda y del genio del poeta, tan lúgubre desenlace.

V. SUÁREZ CAPALLEJA.

(Se continuará.)

sobre todo en Francia; el vino de Burdeos esclarece las ideas y el de Borgoña arroja los malos sueños.»

«Esta es la solución química de la cuestión al lado de la solución fisiológica de Mr. James Sully.»

Si así sentía nuestro vecino de allende los Pirineos, ¿qué no hubiera dicho si poseyese Francia como nuestra España los mejor embocados y potenciosos vinos del mundo?

(1) Conocido es el dístico con que Espronceda pretendió manchar al prudente repúblico, eminente literato y concienzudo historiador Excmo. señor Conde de Toreno; mas no es tan sabida la causa de tanta saña. Deseaba Espronceda conocer la opinión del Sr. Conde acerca de sus versos, y éste, que como pocos poseía la lengua del Albión y su literatura, contestó con su habitual gracejo al que le preguntaba: «Me gustan más los originales.» *Inde iræ!* Espronceda no perdonó aquella delicada acusación de plagio y se deshonró con su cólera ante la posteridad ¡*Oh genus irritabile vatum!*



ARTE Y PATRIOTISMO

GAYARRE Y MASINI.

I.



COMO en aquellos tiempos memorables en que los aficionados de Madrid, divididos en bandos opuestos, reñían diarias batallas por la *prima donna* ó el tenor favoritos; como en aquellos tiempos en que la vida social se concentraba, puede decirse, en las candentes discusiones artístico-musicales, y enardecido el ánimo por nuestro temperamento meridional, daban las armas de la razón paso frecuente á los argumentos *ad hominem* impulsados por la dialéctica de los puños, del mismo modo comienza á dibujarse hoy en el diletantismo madrileño una atmósfera cargadísima, un cielo preñado de nubes, que amenaza tomar proporciones alarmantes y envolver en nueva y reñida contienda á los aficionados todos.

El caso, como división de opiniones, no es en verdad nuevo, pero reviste caracteres especialísimos que le prestan un sabor de flamante originalidad.

Los españoles tuvimos siempre una marcada debilidad por los cantantes italianos, y más de una vez, lo mismo á fines del pasado siglo, como en la época célebre que dió mar-

gen al furor filarmónico madrileño, por los años de 1826 y 1827, se ha manifestado en la villa y corte de todas las Españas de una manera elocuente, el entusiasmo llevado hasta la insensatez, el culto idólatra de que eran objeto las Sala, Dalmani-Naldi, Fabbrica y Tosi; los Pasini, Maggiorotti y Montrésor, cuyas *toilettes* y peinados se copiaban, cuyos *menus* de comida y almuerzo se buscaban con inquisitorial anhelo, y cuyas miradas, gestos, usos y costumbres daban pretexto á gigantescos trabajos de asimilación.

No es hora ésta de averiguar de un modo preciso si aquellas apoteosis artísticas eran ó no justificadas, y si en aquella época, el patriotismo no contaba con el menor refugio, careciendo nuestro País de cantantes capaces de luchar con los que citados quedan, y otros más que podría citar sin gran trabajo.

En su apogeo la ópera italiana, y en su apogeo también el arte de la ejecución vocal, no es mucho que las producciones de aquella escuela, que se impuso al mundo filarmónico al calor irresistible del genio rossiniano; no es mucho que aquellos privilegiados cantantes, que aquellos maestros de la vocalización, produjeran en Madrid el deplorable fanatismo que valió á la poesía patria *El furor filarmónico*, esa admirable sátira de Bretón de los Herreros, protesta enérgica y elocuente, arrancada al corazón del español honrado, al alma del artista eminentísimo.

Desde aquellos memorables tiempos hasta hace muy pocos años, las cosas habían cambiado considerablemente. No que desapareciera, en poco ni en mucho, el amor vehemente del público madrileño hacia la ópera italiana y los cantantes italianos; nada de eso. Pero la aparición del repertorio moderno, la creación de la zarzuela y nuestras vicisitudes políticas, establecieron soluciones de continuidad en la marcha reposada y normal de los espectáculos de ópera extranjera en nuestro regio coliseo, y señalaron diversas etapas que calmaron, en apariencia, nuestras aficiones italianas.

La última contienda artística que yo recuerdo y no olvidaré fácilmente, por referirse á los tiempos de juventud, eternamente presentes en el espíritu, fué la de los bettinistas y

fraschinistas. Fraschini representaba la belleza, en todo su esplendor, del órgano vocal. En Bettini se encarnaban la expresión y el acento dramático en su forma más acabada. Fraschini sucumbió en la lucha. La garganta fué vencida por el corazón. De entonces acá, ¿han cambiado los tiempos? Contesten los que tomaron parte en aquellas peleas.

Pero no se trata ahora de esto. Después de las lides artísticas á que dieron margen los apasionados de Bettini y los de Fraschini, el campo filarmónico madrileño había calmado bastante sus aptitudes guerreras.

Volvióse empero á aplaudir con entusiasmo; artistas eminentísimos, como Mario, Enrique Tamberlick y Antonio Selva provocaron ovaciones de esas que los cantantes no olvidan nunca; pero ni asomo de lucha, ni polémicas ardientes, ni disputas ruidosas, nada, en fin, que trajese á la memoria los delirios filarmónicos de antaño.

Se estaba en familia y en familia, se arreglaban las disensiones domésticas.

La Revolución, el reinado de D. Amadeo de Saboya y las diversas formas de gobierno que sucedieron á la partida de aquel nobilísimo Príncipe, produjeron un accidentado movimiento político, de que se resintió naturalmente el regio coliseo.

La afición volvió, sin embargo, á desarrollarse paulatinamente poco después de la Restauración, y vióse afluir al primer teatro lírico de España el selecto público que, por las circunstancias antes indicadas, lo había abandonado voluntaria ó forzosamente.

El abono en tanto crecía, y comenzaba á dibujarse en las formaciones de compañías y en la *mise en scene* de las óperas un lamentable descuido, cuando de pronto Milán nos mandó un nombre envuelto en coronas de gloria.

En la capital de la Lombardía, en el primer teatro del mundo por sus tradiciones musicales, aquel artista enloquecía al público. Cuando entraba en el café Biffi, una inmensa muchedumbre se agolpaba en la galería de Víctor Manuel, para conocer al tenor maravilloso, para contemplarle, para verle comer ó tomar café.

¡Y aquel artista se llamaba Julián Gayarre; era español! El acontecimiento, como es de suponer, produjo sensación grandísima, conmovió á todo el diletantismo madrileño.

Comenzaron las noticias sueltas y tras éstas las biografías. Gayarre había estudiado en el Conservatorio de Madrid, Gayarre había sido corista de la Zarzuela. Gayarre había hecho dimisión de este último cargo por no querer afeitarse el bigote, Gayarre era navarro, había nacido en el Roncal, quería mucho á su padre, etc., etc., etc. ¡Gayarre, Gayarre, Gayarre! Este nombre estaba en todos los labios.

La empresa del Teatro Real no se dió punto de reposo hasta contratar al afamado artista, y lo consiguió en breve. El año 1877, y en la memorable noche del 4 de octubre, Julián Gayarre se presentaba ante el público madrileño en el regio coliseo, desempeñando la parte de Fernando en *La Favorita*, de Donizetti.

Se buscaría inútilmente en el Diccionario de la Academia una palabra que diera idea, siquiera aproximada, del éxito que obtuvo el ya célebre tenor. Aquellos gritos, aquellas exclamaciones delirantes, aquel fanatismo desbordado, parecían espasmos de enajenación mental, que continuaron sin interrupción durante dos temporadas consecutivas.

Cesó en sus funciones la empresa Robles y tomó posesión del Teatro Real la que actualmente lo tiene bajo su dirección. Todos recordarán las variadísimas é interesantes peripecias á que dió lugar la entrada del Sr. Rovira en el regio coliseo. Sin Gayarre, todo estaba perdido; con Gayarre, se había ganado todo.

La vida ó muerte del Sr. Rovira dependían quizá de Gayarre. Este se hallaba en Bilbao (era el verano de 1879) asediado por dos empresarios del Teatro Real, el saliente y el entrante. La balanza se inclinó del lado del Sr. Rovira y... la temporada se salvó.

Las ovaciones y los gritos, los bravos, aplausos, coronas, regalos, llamadas á escena, todo el desenfreno del entusiasmo, volvió á inundar el Teatro Real, como en la anterior temporada.

Vino la siguiente (1880-81) y Gayarre no estaba en el

Teatro Real, pero por rara casualidad, descansaba en París libre de contrata. Comenzaron las funciones y... nada. El público mustio, los abonados llorosos, asistían tristes á veces, irritados otras, pero siempre fríos, á las funciones. Aquello era un cementerio ó un campo de Agramante.

—¡Gayarre! ¡Gayarre! ¿Dónde está Gayarre? Queremos á Gayarre. Que nos traigan á Gayarre.

No se oía otra cosa.

La empresa mandó un emisario á París, y Gayarre vino, y renació la alegría y se batieron palmas á la empresa, y el Teatro navegó viento en popa y la temporada se salvó por segunda vez bajo la mágica influencia del tenor *salva vidas* del Sr. Rovira.

A punto de finalizar la escritura de Gayarre, corrieron voces de que no aceptaría nueva contrata y ¡aquí fué Troya! Se le preparó un beneficio de que no hay ejemplo en los fastos teatrales.

Además de riquísimos regalos y de una ovación sin precedentes seguramente, se le ofreció una escritura en *blanco* y un elegantísimo álbum encabezado por elocuente súplica de un orador, hombre político y literato de reputación mundial, en la cual súplica se pedía á Gayarre su vuelta al regio coliseo.

Firmaron aquella rogativa los abonados, escritores, artistas, periodistas, todo, en fin, cuanto Madrid ofrece de más notable, como ahora se dice, en la aristocracia, la milicia, la alta banca, el arte, las letras, la agricultura, la industria y el comercio!

Gayarre no pudo menos de acceder á tan elocuente ruego, y volvió, en efecto, á dejarse oír al año siguiente bajo la empresa del Sr. Rovira, y á hacer las delicias de nuestro público; pero instado nuevamente por el Sr. Rovira, esta vez la negativa fué rotunda y tenaz. Gayarre no quiso formar parte de la compañía y desapareció desde entonces del Teatro Real. ¿Por qué? No lo sé, ni me importa; hago, por ahora, historia y nada más, pongo bajo los ojos del público los antecedentes del pleito que me propongo defender.

En vista de la negativa de Gayarre, la empresa escrituró

al Sr. Masini, tenor de gran reputación, que cantaba, hacía cinco años, en el Teatro Imperial de San Petersburgo.

Poco menos que desconocido en Madrid, llegó, sin embargo, el Sr. Masini precedido de una aureola considerable que la empresa tuvo cuidado de forjarle previamente, contándonos que las damas rusas habían arrojado al apuesto tenor flores, pañuelos y hasta abanicos.

No fueron las damas españolas tan espléndidas como las de San Petersburgo; el público se contentó con hacer á Masini una recepción brillante; hubo aplausos, bravos, llamadas, un éxito extraordinario, pero discutido.

Nadie debió extrañarlo, en buena regla de arte, puesto que el nuevo tenor se presentó á cantar *Los Hugonotes* sobre todo el dúo del acto cuarto, de una manera hasta entonces nunca oída entre nosotros.

Todos los tenores habían *cantado* por completo la parte de Raul en ese sublime fragmento de la ópera de Meyerbeer. Masini *habló*, es decir, declamó trágicamente un recitado y una frase enteros.

La novedad entusiasmó á la mayoría, mientras pareció violenta y de mal gusto á cierto número de aficionados. Aquí se vislumbró el cisma.

Un escritor de mucho talento y muchísimo ingenio, maestro en el arte de manejar el sofisma y la paradoja, y satírico y punzante como pocos (1), puso fuego á la pólvora con un sustantivo francés que entonces estaba á la moda. Dijo, como síntesis de sus opiniones respecto al mérito de Masini, que el tenor italiano era un *fantoche*.

El calificativo era sangriento y produjo gran sensación. El escritor no se inmutó poco ni mucho; empuñó con nuevos bríos la pluma y defendió su crítica con chispeante y sutil argumentación. Nadie contestó seriamente á sus razones. La cosa no pasó á mayores, y *El Liberal* emprendió contra el regio coliseo la terrible campaña que hoy prosigue sin vacilación en sus columnas.

Entretanto Masini siguió exhibiendo su repertorio, triun-

(1) *Fernán-Flor*, de *El Liberal*.

fando en todas las óperas que cantaba, pero dando lugar, en aquellas especialmente que pertenecen al moderno género dramático, á profundos dualismos en la pública opinión.

Amigos y adversarios reconocían la superioridad del artista en las óperas de gracia y de medio carácter. Aquí los juicios de los aficionados ostentaban real y completa unanimidad. En lo que diferían era en las condiciones de Masini para abordar el gran repertorio dramático y en la innovación del *hablado* que este tenor había introducido en el final del dúo del cuarto acto de *Los Hugonotes*.

Sin embargo, tal divergencia de apreciación no afectó, que yo sepa, jamás al éxito material del cantante. Se le aplaudía en todo furiosamente; cada ópera era para él una ovación, y sólo fuera del teatro, en las conversaciones particulares, era donde se ponía en tela de juicio la perfección absoluta que sus admiradores en todo le concedían.

Hasta aquí, en realidad, nada de particular. Terminó la temporada, contrató la empresa á Masini por cuatro más á razón de *un millón de reales* al año, según pública voz y fama, se regocijaron por ello los abonados y el público, y la paz más envidiable reinó en el egregio campo del diletantismo madrileño.

De Gayarre no se hizo mérito para nada, al menos ostensiblemente, ni había para qué. Gayarre y Masini pasan, con justicia, por ser hoy los primeros tenores del orbe terráqueo. Contar el Teatro Real de Madrid con una de las dos celebridades con que en la época actual se envanece el mundo musical, era cosa de apagar todas las exigencias, cuando hay multitud de teatros en Europa que hubieran hecho cuantiosos desembolsos por poseer á cualquiera de los dos *divos*.

Comenzó la presente temporada bajo buenos auspicios, y plugo á la casualidad llevar una noche al regio coliseo á Gayarre, que se hallaba de paso para Lisboa, donde está contratado actualmente.

Cantábase la *Lucía* para debut de Marcella Sembrich. Gayarre había conocido á la *diva* en Londres. Durante un entreacto fué á saludarla en su *camerino*. Cumplido este deber de amigo galante y digno compañero, salió de la estancia de

la Sembrich, y ¡oh contraste inesperado! dió en el escenario, de manos á boca, con el Sr. Rovira.

Lo que entre ambos pasó no es para contado por escrito, según opinión de los que se enteraron fiel y minuciosamente del suceso. Baste saber que se cruzaron palabras y conceptos excesivamente graves, de esos que harían incompatible toda relación entre personas que no fueran artistas ó empresarios.

Al siguiente día, el del Teatro Real publicaba bajo su firma una especie de manifiesto en que declaraba haberle sido imposible contratar á Gayarre, á pesar de haberle entregado una escritura en blanco, colmo de la magnanimidad en los que á explotar el teatro se dedican.

¿A qué venía la publicación y profuso reparto de aquel manifiesto? ¿Cuál era su objeto? ¿Había alguien pedido al Sr. Rovira aquellas explicaciones?

Gayarre no se dió por entendido y salió para Lisboa. Desde este instante cambiaron radicalmente las cosas. Hoy han llegado ya á un extremo que requiere un punto de atención.

Ya no se trata de las exageradas ovaciones, de los insensatos plácemes de que, como ayer Gayarre, es hoy objeto el Sr. Masini; no se trata de un tenor que ejecuta de un modo superior, bueno ó mediano los papeles que la empresa le confía.

Se trata de algo más, de mucho más que eso. Se trata de comparaciones, de poner en parangón á Masini y á Gayarre y de proclamar al primero sin rival en el mundo. Se trata simplemente de hacer creer á las gentes que Masini, el tenor italiano, es superior á Gayarre, el tenor español.

Y no hay que ponerlo en duda. Mientras Gayarre no consumó con la empresa del Teatro Real la solemne y ruidosa ruptura en otro lugar indicada, con ser inmensas las ovaciones que se hicieron á Masini, no hubo nada que indicara deseos de poner á éste enfrente de Gayarre; pero, rotas las relaciones de nuestro compatriota con el empresario del Teatro Real, y repartida la hoja de las satisfacciones sin tiempo, el asunto ha cambiado completamente de aspecto. Será pura coincidencia, será simple casualidad, pero es así.

La empresa del Teatro Real puede compararse (y pido excusa por la comparación) á un inmenso pulpo provisto de numerosísimos tentáculos que se dilatan considerablemente, haciendo presa en una porción de personas y de colectividades cuya opinión es reflejo fiel y seguro norte de las opiniones é ideas del empresario.

Pues bien; no hay más que oír á esas personas y á esas colectividades; no hay más que fijarse los que, como periodistas, sabemos leer entre líneas, en ciertas noticias y en ciertas conversaciones, para convencerse de que mi aseveración no es gratuita, de que no obedece á un impulso de suspicacia excesiva, sino á la verdad positiva y real.

Yo también, pecador, quise echar mi cuarto á espadas en la cuestión Masini, y lo eché, en efecto, con una carta particular dirigida á un querido amigo y publicada por éste en el periódico *La Tribuna*. Séame perdonada la puerilidad de citarme á mí propio. Lo hago para declarar que, alejado, por el estado de mi salud, de los trabajos de la crítica corriente, no pensaba, en Dios y en mi ánima lo juro, volverme á ocupar de Masini, de Gayarre, ni de ningún otro cantante de mayor ó menor cuantía.

Pero juzgaría cobardía insigne permanecer callado en los actuales momentos. Enhorabuena que hayamos erigido, durante siglos enteros, altares y monumentos á los cantantes italianos. Enhorabuena que el elemento extranjero haya reinado sin rival en nuestros teatros, cuando no podíamos presentar artista alguno que estableciera con aquéllos competencia; pero tratar de empañar lo que, por raro privilegio, tenemos hoy en casa; pretender menoscabar su mérito enfrente de lo que, hoy como ayer, nos mandan los extraños, cuando podemos levantar, y mucho, la cabeza, eso no puede pasar sin correctivo.

Bastantes derrotas hemos sufrido, en gracia de Dios, para que no aprovechemos la ocasión de tomar siquiera una revancha.

Podrá decirse que la vehemencia me hace dar á este asunto exageradas proporciones y ver en él lo que no existe. Á esto contestaré con Jesucristo, que no es mal testimonio: *Oculos*

habent et non videbunt, aures habent et non audiebunt; es decir, en castellano libre, no hay peor ciego y peor sordo que el que no quiere ver ni oír.

Podrá decirse también que hago de Gayarre una defensa oficiosa, ó apasionada, por los lazos de amistad que al célebre tenor me ligan. Desechen los lectores toda aprensión. Si creen que voy á divinizar á Gayarre y hundir en el polvo á Masini, se llevan solemne chasco. Ni lo uno, ni lo otro. Cuando se trata de dos entidades salientes como Masini y Gayarre, sería contraproducente, á más de odioso, censurar ó elogiar sistemáticamente. Ninguno de los dos lo merece; pero no se crea tampoco que voy á apelar á un eclecticismo acomodaticio para estrechar distancias, suavizar asperezas y echar la bendición de Dios sobre las cabezas de los augustos contrayentes.

Pas si bête, que dicen los franceses. Tengo aprendido que es el mejor medio para quedar mal con todo el mundo, y desde que crucificaron al Redentor de la humanidad, no hay quien se arriesgue á desempeñar ciertos papeles. Al menos el insignificante autor de las presentes líneas.

Aquí se trata tan sólo de entrar clara y lealmente, á la luz del mediodía, sin ambajes ni rodeos, en un asunto que se aborda de un modo maquiavélico y á la sombra de reticencias y logomaquias de dudosa ley. Lo que debiera declararse paladinamente, se apunta con timidez y nada más.

¿Se quiere comparar á Gayarre con Masini? ¿Y por qué no? El último de los escritores españoles, por no decir de los mortales, va á hacerlo sin aprensión alguna. Si hemos tenido que callar hasta ahora, hablemos hoy, ya que podemos hacerlo con ventaja. Supongo que de un estudio comparativo entre Gayarre y Masini, no han de salirle á nadie viruelas ni sarampión. El tema se presta, al contrario, á algo que puede consolarnos de pasados males: á sacar incólumes, siquiera una vez, dos grandes sentimientos que, en la historia de nuestras desdichas musicales, brillan tantas veces por su ausencia: el sentimiento del arte y el sentimiento de la patria. Por eso he encabezado este trabajo con el epígrafe: *Arte y patriotismo*.

II.

Empecemos por Gayarre; hay que dar la preferencia á los ausentes. He dicho en otro lugar que me unían al célebre tenor lazos de amistad, y no lo he dicho á humo de pajas. Conozco, en efecto, á Gayarre desde el año 1868, en que vino á Madrid é ingresó en el Conservatorio.

Enjuto de carnes, con la fisonomía angulosa y dura que conserva en el día, envuelto en raída capa medio parda y cubierta la cabeza con un hongo abollado, de color de chocolate, parece que le veo aún sentado en el café de Zaragoza alrededor de la mesa que se hallaba junto al piano.

El infortunado Pepe Gainza era á la sazón pianista de dicho café, situado en la plaza de Antón Martín. Gainza y Gayarre eran paisanos, navarros ambos, y se profesaban gran amistad. Á la una de la madrugada terminaba Gainza su faena y pedía de cenar. ¡Algunas veces han compartido Gayarre y el que escribe estas líneas aquellos platos de última hora con el malogrado profesor de solfeo de nuestro Conservatorio! ¡Cómo había de soñar siquiera entonces Gayarre el halagüeño porvenir que le aguardaba!

A raíz de la revolución, si mal no recuerdo, Gayarre desapareció de entre nosotros, en situación, esto lo recuerdo perfectamente, muy precaria.

Algunos años después, le vimos entrar una noche en el café de Zaragoza. Había cambiado considerablemente. Bien trajeado y grueso, atusado el bigote y con flamante hongo ladeado coquetamente; llevaba sortijas en los dedos y, acordándose de mis aficiones wagneristas, me dijo que había cantado en Viena el *Tannhäuser*. Su vista y las noticias que trajo nos llenaron de asombro.

Volvió al poco tiempo á desaparecer, y cuando yo pude verle de nuevo, era el célebre tenor que enloquecía todas las noches al público del Teatro Real de Madrid.

No escribo esta pequeña historia para envanecerme con la amistad de un artista renombrado. Humildísima é insignifi-

cante como es mi personalidad, jamás gusté de pedir amparo al reflejo de personalidades ajenas; que estas abdicaciones del valor propio, sea poco ó mucho, han repugnado siempre á mi naturaleza.

Hago notar que conocí á Gayarre cuando nada valía y nadie le miraba, para demostrar únicamente que conozco al hombre. Este conocimiento ha de servirme muchísimo para retratar al artista.

Y aquí viene de molde una proposición previa. ¿Qué es cantante? ¿Qué se entiende por artista? ¿Qué diferencia hay entre el cantante y el artista? Habrá sobre esto muchas opiniones. Allá va la mía, valga lo que valiere.

Entiendo yo que en el desempeño de un papel entran dos requisitos indispensables: la perfección material de la parte cantada, es decir, la ejecución vocal, y la perfección espiritual, si se me permite el adjetivo, de todo cuanto se relaciona con el carácter y los sentimientos del personaje que canta; es decir, la interpretación dramática.

La naturaleza únicamente puede dar lo primero que la práctica, el estudio y las aptitudes especiales de cada uno perfeccionan hasta un grado indefinido.

Lo segundo es, generalmente, patrimonio de la labor individual, y contribuyen á ello poderosamente el talento, el carácter, la cultura y mil circunstancias indeterminadas que desarrollan en el hombre inclinaciones y sentimientos en estado latente.

Poseer una de las dos cualidades va siendo muy raro hoy en día; reunir las dos, miremos al cielo, que en la tierra no se encuentran.

Y cuenta que al hablar de ellas, me refiero exclusivamente al repertorio moderno, al que empieza en Rossini y termina en Meyerbeer, pasando por los maestros italianos intermedios. No me atrevo á citar á Wagner por no herir susceptibilidades.

Hay, pues, que juzgar separadamente en Gayarre y en Masini al cantante y al artista, al ejecutor musical y al intérprete dramático.

Examinemos en Gayarre al cantante.

Gayarre tiene una voz que reúne todas las condiciones,

que entra de lleno en la categoría de las que se llaman, según la nomenclatura italiana, voces de tenor serio.

De timbre varonil, vibrante, hermosísimo, cuando se apoya en el pecho, ejerce una influencia irresistible, penetra en el oído y en el alma como un océano de sonoridad que remueve profundamente las fibras todas del entusiasmo. Es un verdadero huracán que arrastra cuanto encuentra á su paso.

Apoyada en la cabeza, se transforma radicalmente, y aquella voz que há un momento vibraba con ardiente intensidad y arrebatadores acentos, se convierte de repente en una voz diminuta y dulcísima, en una vocecita *hembra*, permítaseme la palabra, en una especie de suspiro que conmueve, que deleita, que extasía.

Su volumen grande, si no igual en toda la tesitura, y su extensión relativamente corta, la imposibilitan para las filigranas de vocalización, para el género ligero y de gracia; pero en cambio, no solamente se prestan de un modo admirable á las exigencias del género dramático, sino que la maestría en el uso de los tres registros y los contrastes que de su empleo conveniente resultan, la amoldan de una manera inimitable para la ejecución de todas las melodías en que dominan el sentimiento y la ternura.

Dotado además de pulmones de acero, el cantante posee uno de los elementos más esenciales para el arte del canto, la respiración; y eso le permite desarrollar las frases con holgura y ejecutar un período entero sin rozamientos, sin vacilaciones, sin esquinas, presentando el discurso entero, con sus accidentes de ritmo y de fuerza sonora, en toda su atractiva morbidez.

Agréguese á todo esto las gradaciones de sonido que provienen de un cantante dueño absoluto de los efectos de dinámica vocal y se obtendrá la siguiente conclusión: la voz de Gayarre es de lo más perfecto que puede apetecerse y la más perfecta, indudablemente, de las que existen hoy.

Y si después de lo dicho se tiene en cuenta que Gayarre ha perfeccionado ese maravilloso instrumento de que le dotó la naturaleza, reconstituyendo instintivamente y en virtud de espontánea inclinación las clásicas tradiciones del *bel canto*

italiano (así lo han declarado en Italia repetidas veces), se agregará á la anterior conclusión la siguiente, que es consecuencia directa de la primera: Gayarre es, como tenor, de lo más perfecto que puede apetecerse y el más perfecto, indudablemente, de cuantos existen hoy.

Antecedentes tales darán á entender, sin gran trabajo, que la voz de Gayarre es su principal, estoy por decir su único elemento, que el cantante domina al artista, que el tenor mata al personaje. Por eso, al tratarse de esta segunda entidad, la decoración cambia por completo.

He declarado antes que me unían á Gayarre lazos de amistad; he dicho que conozco al hombre y que le conozco desde los azarosos tiempos de privaciones y angustias en que su porvenir se reducía á cuatro amigos y la mesa de un café. Y he añadido que no decía esto á humo de pajas. Voy á probarlo ahora.

Así como el estilo es el hombre, según dice Buffón, así como la cara es espejo del alma, y genio y figura hasta la sepultura, y lo que se adquiere en el capillo se deja con la mortaja, al decir de las gentes, del mismo modo puede observarse que el artista (en la acepción que aquí toma esta palabra) es el hombre.

En la voz, como cuestión exclusivamente mecánica, el cantante representa un papel puramente subjetivo, la labor proviene del sér oculto, de dentro, y aun cuando el motor del efecto físico sea el alma, como debe serlo siempre, la manifestación real y tangible de este esfuerzo no es asequible cuando resulta bello á los ojos del público.

¿Me expreso con bastante claridad? Hago esta pregunta porque, al tratarse de honduras filosóficas, me tiemblan siempre las carnes.

Pues bien; el artista, el intérprete dramático obedece á otras leyes, se rige por distintos principios. El tenor canta, es una entidad pasiva; el artista obra, es un sér activo.

Al ocuparse Dumas hijo, en un opúsculo célebre, de los dos sexos que forman la humanidad, dice admirablemente que la mujer es forma y el hombre movimiento. De igual suerte puede decirse que el artista es movimiento y el cantante forma.

Desde el momento en que, para interpretar un personaje, se hace indispensable apropiárselo, encarnarse en él psicológicamente, entra en escena el sér humano con todo el linaje de sentimientos inherentes á la humanidad racional, puesto al servicio de los incidentes, peripecias y contrastes que dan vida y color á una acción cualquiera.

De aquí la labor del artista que, nuevo Proteo, necesita asimilarse sentimientos distintos y moverse en acciones diversas, y de aquí, naturalmente, el estudio minucioso y concienzudo del carácter del personaje, del papel que representa en la acción y de las múltiples transformaciones que puede sufrir en virtud de la marcha y movimiento del drama musical.

No hay remedio; el hombre culto, el hombre estudioso, el hombre ilustrado aparece aquí con todo el celo y el entusiasmo, con toda el ansia de perfectibilidad que debe caracterizar al que aspira á ser un verdadero artista cantante.

El ideal es digno de ser apetecido, pero difícil, muy difícil de alcanzar. Por eso lo descuidan y hasta lo desprecian tantos. Una de las causas más principales, quizá la causa fundamental de ese descuido sistemático, reside en un público español, que oye óperas cantadas en idioma extranjero, y no puede darse cuenta, sino de una manera lejana y dudosa, de la acción, mientras las palabras y conceptos del cantante desaparecen en una absoluta oscuridad.

A buen seguro que en nuestro drama, ó en nuestra comedia, una frase dicha á contrasentido arrancaríá unánime protesta; pero tratándose de la ópera cantada, y cantada en italiano, los mayores desatinos de expresión pasan sin que el público se aperciba de ello, y no es mucho oír una formidable explosión de aplausos cuando el tenor, arrojando chispas por los ojos y gritando como un energúmeno, dice á la tiple «*No te asustes,*» ó cuando ese mismo tenor, en una frase dulcísima y balanceada, *pianíssimo*, amorosamente, exclama: «*¡Gran Dios, se hunde el firmamento!*», ó abofetea sin piedad á la concurrencia con la vocal *a*, cantando hasta perder el aliento en una nota filada: «*¡Aaaaaaaaaaaaaaaaa... quella infame me abandona!*» Y cuenta que faltan vocales para dar idea exacta de la vocalización.

Volviendo á nuestro primitivo asunto, el artista que desee alcanzar este título, en la acepción noble y digna de la palabra, debe ser necesariamente persona dotada de condiciones especiales, ante todo deseosa de instrucción y de cultura y ambiciosa de ese afán de perfección que guía á los temperamentos artísticos privilegiados, jamás contentos de sí mismos, siempre ahelando un más allá y tanto más ganosos de saber cuanto más les enseñan la práctica y el estudio.

Aun en éstos, que son contados, se divisa fácilmente á través de las múltiples transformaciones que sufre la interpretación dramático-musical, la esencia permanente de su carácter peculiar y propio. Se encarnan en otros hombres, pero el hombre que llevan dentro de sí mismos se destaca sobre los demás; se asimilan los caracteres ajenos, pero el carácter individual, lejos de abdicar, impera y se hace visible.

Voy á citar dos ejemplos, voy á citar dos nombres que mi pluma recogerá siempre con admiración, respeto y cariño, porque son el consuelo de la crítica y han sido aclamados por la generación actual: Enrique Tamberlick y Antonio Selva.

¿Quién no conoce á Tamberlick, fuera de las tablas? Amable hasta el extremo, fino y cortés, con la sonrisa eternamente en los labios, de hablar meloso, tan pronto codeándose con el más encumbrado aristócrata, como estrechando la mano callosa del menestral, siempre franco y abierto, al parecer, decidor, ocurrente y atractivo siempre, el gran artista ha realizado de un modo inimitable el tipo de Metternich de los cantantes.

Pura exterioridad, si se quiere, pero exterioridad irresistible que le ha valido esa popularidad inmensa entre todas las clases de nuestra sociedad.

Los toreros tienen una frase con la cual expresan gráficamente ese don especial que distingue á ciertos artistas para crearse simpatías fuera del terreno del arte. Cuando se trata, por ejemplo, de un matador que se capta voluntades como hombre, dicen: «Ese torea fuera de la plaza más que en la plaza.»

De Tamberlick se puede decir, que ha cantado, no diré más, pero tanto fuera del teatro como en las tablas.

Pues bien; con esa misma meticulosidad social entraba él de lleno en los personajes que interpretaba, y su cuidado era tal y á tal extremo llegaba su afán de perfección, que se enteraba hasta del color de las decoraciones para ajustar á él el de sus trajes. En sus modales, en sus posturas, en los menores detalles se veía la suprema distinción de quien conocía al dedillo todo el código social, y jamás la menor sombra de mal gusto vino á empañar las creaciones de su admirable genio.

Y eso que Tamberlick ha realizado el ideal del arte de la interpretación, el de conmover profundamente á los demás, sin conmoverse jamás él mismo.

Selva, como hombre, no ha llegado á ser tan popular. Menos dado al roce social que Tamberlick, no tenía que prodigarse tanto, y la severidad, exenta de toda afectación, con que miraba la carrera suya, era el fiel reflejo de su alma, tan sensible como grande, de sus ideas sanas y elevadas y de una modestia inverosímil por lo sincera, tal como es casi imposible encontrarla hoy día, en los que al arte del canto se dedican.

Esta nobleza de carácter, esta pureza de sentimientos se reflejaba siempre en esas interpretaciones que han quedado entre nosotros como el *non plus ultra* del arte. Alfonso ó Bertram, Leporello ó D. Basilio, Pietro ó Mefistófeles, sea que hiciera estremecer al público, sea que arrancara una carcajada unánime, jamás el amaneramiento, jamás la afectación vinieron á desnaturalizar aquel hermoso y digno carácter que iluminaba con su propia luz los caracteres de los demás y realzaba con su individualidad propia las ajenas individualidades.

Cuando cantó por vez primera el papel de Moisés en la ópera de Rossini, Selva leyó y estudió el Antiguo Testamento. ¿Hay alguien que se ría? Pues hace mal. Así se forman los grandes artistas.

Temo que esta larga y enojosa digresión haya molestado á los lectores. He tenido que llevarla á cabo, como interminable inciso, por estimarla indispensable para el objeto que me propongo al estudiar en Gayarre al artista.

Como cada individuo condensa y sintetiza en sí al mundo entero, hay hombres que piensan excusado meterse á escudriñar los mundos diferentes que condensan y sintetizan en sí los demás individuos de la misma especie. Más claro; como es tarea difícil y trabajosa estudiar los caracteres del prójimo, tan variados y complejos, hay personas que creen buenamente encarnarse en las demás, prestándolas graciosamente el carácter propio. A este género pertenece Gayarre.

Bajo el punto de vista de la comodidad, no cabe duda que el procedimiento ofrece ventajas positivas, pero bajo el punto de vista del arte y de la estética, la cuestión cambia completamente de aspecto.

Los que se dedican al teatro lírico, tienen dos maneras de pensar. Hay quienes creen que una ópera es algo más que una colección de arias, dúos y tercetos, cuartetos y concertantes y que la interpretación fiel y exacta resulta de la perfecta unión de la voz, que es un instrumento precioso, con el acento, el carácter y los sentimientos del personaje que se vale de aquélla como motor expresivo del alma. Estos piensan muy bien.

Pero hay otros, en cambio, que conceptúan secundario, cuando no circunstancia completamente inútil, la parte que se refiere á la acción dramática; es decir, que limitan á la garganta todos los efectos de la obra del músico y del poeta. Para ellos este último no existe, y juzgan como signo de decadencia el prolijo esmero en la interpretación.

—Eso se queda para los viejos, dicen. Y la descuidan lamentablemente. Gayarre, con profundísimo dolor lo digo, es de los últimos.

Para él, lo absoluto, lo dominante es la música, es la voz.

El cantante reina y gobierna despóticamente, y á su poder exclusivo debe rendir vasallaje todo lo demás, sopena de incurrir en una especie de chochez, patrimonio inalienable de la edad senil.

Por eso el cuidado de estudiar los antecedentes históricos de un personaje y de penetrar en las interioridades de su alma queda relegado al olvido.

—La humanidad soy yo, parece decir Gayarre; y, en efec-

to, lejos de asimilarse los sentimientos de los demás, encarna los sentimientos de los demás en el suyo propio, se reproduce en los tipos que representa y hace que la fisonomía suya característica sea fotografía permanente de la fisonomía del prójimo.

Teniendo en cuenta que, como antes dije, aun en aquellos artistas que se identifican con el personaje aparece indefectiblemente el carácter individual, calcúlese si en los personajes que interpreta Gayarre se destacará su carácter de un modo único, exclusivo y absoluto.

Raul, Vasco, Fernando, Juan de Leyde no son ni el caballero resto de una secta religiosa, ni el inverosímil zascandil pintado por Scribe en ese ultraje á la historia que se llama el poema de *La Africana*, ni el valiente y noble mancebo español, privado de Alfonso XI, ni el místico sectario de una revolución sensual, no; son, pura y simplemente, Julián Gayarre, tienen su tipo especial, sus modales, sus defectos, representación genuina de su naturaleza propia, de su temperamento, de su carácter. El hombre está allí en toda su integridad, librando constantes batallas con los hombres cuya idealización le está encomendada.

Estudiemos el hombre en Gayarre.

Nacido en una pequeña aldea de Navarra, de familia humildísima y dedicada á las faenas de un oficio corporal, penoso y varonil, Gayarre ostenta, como carácter saliente de su personalidad, esa rudeza indómita, ese fondo honrado y brusco, esa entereza primitiva que la etnología del pueblo navarro señala en él como temperamento dominante.

Educado al aire libre del campo, al contacto de la naturaleza, y desprovisto de todos esos halagos que la fortuna ó un bienestar relativo ofrecen en las grandes poblaciones al niño y al adolescente, comenzó muy joven á conocer las penalidades y miserias de la vida. Á los veinte años, y con el recurso de su voz únicamente, lanzóse al teatro, solo, sin protectores, sin amigos, sin una voz que le alentara, sin una voluntad que estimulara la suya, y se lanzó lejos de su Patria, en Italia, en América, en Alemania, en Rusia.

Para dulcificar las asperezas de su carácter, entró de lleno en el escenario, y tuvo que codearse, desde el primer día,

con las intrigas, con las bajas pasiones, con los chismes y cuentos, con todo el cortejo de decepciones y tormentos que la vida teatral arrastra consigo. Desde la miseria material, Gayarre cayó á la miseria moral.

No eran estas circunstancias las más á propósito para suavizar su naturaleza, y no la suavizaron, en efecto. Al contrario, lejos de seguir la corriente general y convertir en baja industria lucrativa la noble carrera que había emprendido, la ruda entereza de su carácter salvó la dignidad del cantante, y fué escudo contra las asechanzas de la profesión.

Hubiera podido esperarse alguna transformación cuando las auras de la celebridad rodearon al nombre del tenor navarro, y sobre todo cuando sus últimos éxitos hubieronle proclamado como el primer cantante del mundo. Nada de eso; entonces se acentuó más y adquirió, por fin, mayores probabilidades de perpetuidad el carácter de Gayarre.

Tal fué cuando por vez primera vino á Madrid, tal ha sido antes de su apogeo, tal es hoy y tal será siempre. Cada uno mira el mundo á su manera, y Gayarre tiene la suya. Los lauros efímeros del cantante, el oropel que reviste á los faustos de la escena, el convencimiento de que *ars longa, vita brevis*, y de que las necesidades de la vida real son más imperiosas que las de la vida artística, le han hecho ver quizá que no hay compensación posible entre el premio y el trabajo, y como el público con sus ovaciones ha ratificado ese juicio, no ha querido meterse jamás en honduras artísticas.

Gayarre sabe perfectamente que cuando el telón baje por última vez ante el cantante, vendrá á formar parte del común de los mortales, y que el mundo real y material en que vivimos le estimará más por lo que represente como hombre de posición que por lo que fué como entidad artística. Por eso se contenta con los poderosos medios de que la naturaleza le ha dotado como cantante, y desprecia la instrucción, el estudio y la cultura, que hacen á los grandes artistas.

Si cambiara de conducta, ¿le aplaudirían más? Sería realmente imposible. ¿Á qué, pues, esforzarse? Y un poco más ó menos de gloria, ¿le daría acaso mayor éxito material? Lo dudo. Por lo demás, á buen seguro que en cuestiones de glo-

ria, Gayarre es de los que, como Voltaire, cambiarían todas las glorias del mundo por una buena digestión. Y eso que bajo el punto de vista de las fuerzas digestivas, allá se van, en Gayarre, el estómago y la voz.

Podrá objetarse que la filosofía del célebre tenor navarro es burda y material, pero no se negará que es profundamente humana. A ella está abrazado, y abrazado á ella morirá.

No habléis á Gayarre de filigranas sociales, no tratéis de introducirle en esa atmósfera ficticia donde la palabra es careta del sentimiento, donde lo convencional impera y el lenguaje, la expresión, los modales y los gestos sufren las torturas de la reglamentación.

Tanto valdría meterle en una máquina neumática. Se asfixiaría al momento. No; ese temperamento abrupto, esa naturalidad áspera y poco atractiva que arremete sin cesar contra todo lo que no es espontaneidad absoluta, esa corteza espesísima que encubre un tronco sano pero duro y nudoso, no podrá plegarse jamás á las exigencias convencionales de la sociedad.

Por eso quien creyera, al ver á Gayarre en Madrid objeto de las delirantes ovaciones de todo un pueblo, que el cantante es el niño mimado de las altas clases, que va á todas partes y que en todas partes se lo disputan, estaría en un error crasísimo.

Gayarre no acepta esta que constituiría para él insoportable esclavitud, y lejos de la pompa y vanidad mundanas, prefiere jugar al prosaico *mus*, juego predilecto de vascongados y navarros, ó *echar* en el Círculo de la calle de Preciados treinta ó cuarenta carambolas con Elorrio, su Orestes inseparable.

¿No canta? ¿Descansa durante la canícula de las penosas fatigas del invierno y primavera? Cualquiera le creerá paseando por el extranjero ó reposando en algún oasis balneario. Ni por pienso: se entierra en la villa de Irún, y entre *muses* y carambolas y alguna excursión á Bilbao, Pamplona y San Sebastián, en la época de corridas de toros, pasa su vida como el más insignificante y vulgar de los mortales.

Ese es el hombre y ése su carácter, que no se tuerce por

nadie ni para nadie, que no abdica jamás, ni en lo más mínimo, y se muestra siempre y en todas ocasiones, tal como es, sin esfuerzos, ni violencias, en toda su primitiva desnudez.

El que lo quiera así que lo tome, y el que no que lo deje. No hay términos medios.

Ahora bien; claro es que desde el punto de vista de rigurosa aplicación artística en que aquí he estudiado el carácter de Gayarre, resulta ser éste la base fundamental de los defectos del artista; pero, en cambio, esa ingénita rudeza, esa indisciplina social del cantante que vive de los favores del público, convierte al tenor navarro en una individualidad digna de los mayores elogios.

Otros cantantes ¡cuántos! vendrán á Madrid ó irán á otras partes, llenos los bolsillos de cartas de recomendación para aficionados, periodistas, Condes, Duques y Marqueses. Otros cantantes ¡cuántos también! formarán camarillas, buscarán voluntades por todos los medios posibles, se rodearán de personalidades influyentes y tratarán de introducir en los círculos, la prensa y las familias un núcleo de adeptos y propagandistas que coadyuven á los éxitos, con auxilio de las empresas y sus allegados.

Gayarre no es de éstos. ¡Oh! En cuanto á eso, puede levantar con orgullo la cabeza. Solo ha hecho su carrera, solo ha adquirido la envidiable reputación que tiene, solo ha alcanzado la celebridad, y al presentarse en el teatro, tal como es, al no querer corregir los defectos del artista, al ostentarlos en toda su desnudez, se entrega inerme al fallo del público, como diciéndole:—Júzgame tal como soy, que no soy otra cosa.

En cuanto al hombre, considerado bajo otro orden de ideas, en cuanto á la belleza moral que encubre la tupida malla de ese carácter indomable, bastaría citar la idolatría filial de Gayarre, para probar que su alma es tan hermosa como su voz.

Las precedentes consideraciones tienden á demostrar que para Gayarre, el personaje de la ópera no existe, que la ejecución vocal significa todo, que la interpretación dramática

no representa nada, y tienden además á demostrar que, en vez de asimilarse Gayarre los sentimientos de los personajes que interpreta, sale del paso cómodamente prestando á esos personajes los sentimientos suyos.

Para convencerse de ello, no hay sino fijarse en sus gestos, en sus modales, en su modo de estar en escena. Lo brusco de su carácter y el descuido sistemático de la interpretación dramática aparecen desde luego. Indiferente á cuanto le rodea mientras no tiene en la acción intervención principal, áspero y desaliñado en sus movimientos, impetuoso y arrebatado en su mímica cuando trata de ayudar al acento del órgano vocal con el esfuerzo físico, pero casi siempre distraído, frío y displicente en la acción, el artista figura siempre, como queda dicho, en segundo término. Un detalle. En el célebre quinteto de *Los Puritanos*, Arturo va á recibir la bendición nupcial en casa de Elvira. La fiesta es solemne y suntuosa, los convidados visten de gala, la prometida luce sus más preciadas joyas. Arturo entra; es Gayarre. Ciñe su talle una elegante ropilla de terciopelo carmesí, valona de finísimo encaje cae sobre el pecho y las espaldas, dejando descubierto el cuello; las manos calzan guantes blancos como el ampo de la nieve. Mirad ahora al calzado. ¡Horror! ¡Botas de montar con grandes espuelas!

Todo Gayarre está ahí. Todo su carácter, todo el artista se resumen en ese detalle.

Vamos á Masini. Después compararemos.

III.

No conozco ni trato á Masini; será, por tanto, imposible que analice al hombre, para aplicar su carácter al artista. En medio de todo, esta circunstancia no es de importancia vital, porque puedo hablar perfectamente del artista sin conocer al hombre; pero no deben extrañar los lectores que deje de hacerlo con la extensión de antecedentes que el examen del artista en Gayarre ha ofrecido.

Además, habiéndome ocupado recientemente del célebre

tenor, me veré precisado á repetir algunas de las opiniones que emití en la carta dirigida á D. Angel Castro y Blanc, y publicada por *La Tribuna* en su número del 25 de octubre último.

Cuando Verdi dirigió en el Teatro Italiano de París su admirable misa de *Réquiem*, el cuarteto elegido por el gran maestro llamó considerablemente la atención. La Stolz, la Waldmann, Masini y Maini componían ese cuarteto. Las dos primeras no cantan ya; el Sr. Maini, envejecido y arruinado de facultades, se deja oír apenas. Sólo Masini, en la flor de la edad (tiene treinta y siete años), ha llegado ahora á la cúspide de su reputación y de su talento.

En la época en que Verdi lo eligió para la misa de *Réquiem* primero, y para la *Aida* después, al estrenarse en París ambas obras, Masini era poco menos que un principiante; pero solamente el hecho de haber sido elegido por Verdi para cantar en la capital de Francia las dos producciones mencionadas, indica desde luego las relevantes condiciones que se destacaban en el tenor italiano desde los albores de su corta pero sustanciosa carrera.

Rusia lo acaparó muy luego, después de brillantes éxitos obtenidos en los primeros teatros de Italia, si no en el primero y principal de todos ellos, la Scala de Milán, donde Masini no ha cantado nunca, y en algunos otros de las provincias de España y algunas capitales del extranjero.

Cinco años consecutivos cantó Masini en San Petersburgo, hasta que hace año y medio próximamente fué escriturado por la empresa de nuestro Teatro Real, y reescriturado al final de la primera temporada por cuatro más consecutivas á razón de *doscientas cincuenta mil pesetas* por cada una de ellas, según han dicho varios periódicos de España y del extranjero.

Esto es lo que me han contado de Masini.

Y si, lector, dijeres ser comentario,
como me lo contaron te lo cuento.

En realidad, sea que circunstancias desconocidas hayan impedido á Masini cantar en el coliseo de la Scala, ó sea que el monopolio ejercido sobre el renombrado tenor por el Tea-

tro Imperial de San Petersburgo no le permitiera pedir la consagración de su fama al público italiano, que pasa, con razón ó sin ella, por el más inteligente del mundo musical, el resultado es que el nombre de Masini, quizá por ambos motivos, no estaba muy extendido, no sonaba con el clamoroso aparato que precede á las grandes celebridades; pero todo el fuego graneado de lisonjas con que las empresas rodean á un cantante que les puede ser útil cayó sobre el nombre del nuevo artista en cuanto firmó su contrata con el señor Rovira.

Se dijeron de él maravillas, se le presentó como un cantante prodigioso, dramático, apasionado, ardiente, excepcional; se estereotipó lo de las flores, pañuelos y abanicos que las nobles señoras acabadas en *off* arrojaban á los pies de Masini, en la capital de todas las Rusias.

Bajo tan favorables auspicios hizo su *debut* en el Teatro Real y, ya queda dicho antes, obtuvo una ovación, con honores de triunfo.

Después de relatar estos hechos, y enterado ya el lector de otros precedentes por noticias anteriormente detalladas, voy á juzgar separadamente en Masini al cantante y al artista.

Como cantante, tiene el celebrado tenor italiano una voz preciosa, agradabilísima, de timbre brillante y claro, pastosa é igual, de suficiente extensión sin ser extraordinaria, pero de volumen escaso y exenta de esa robustez y energía varoniles, de esa consistencia que caracteriza á las voces de tenor dramático, á esas voces que conservan la intensidad del timbre en todo el diapasón y en los registros todos.

Pero como la emisión es limpia y fácil y el cantante tiene talento é ingenio, este último defecto se convierte en cualidad inapreciable, fuera del género dramático. Y en efecto, la soltura de vocalización y las condiciones naturales del órgano vocal de Masini le hacen un cantante admirable, irresistible, tratándose del género de gracia ó de medio carácter.

Ya sé que los tenores del día quieren ser todos dramáticos y que estiman poco menos que insulto el ser calificados de tenores de medio carácter, ó de tenores de gracia; pero prescindiendo de que los ha habido en ese género eminentísimos

y de gran fama, no es razón que ellos piensen de una manera para que se suscriba desde luego su opinión.

Las pretensiones mismas de Masini como tenor dramático están completamente reñidas con su estilo de canto. Tiene el célebre tenor una debilidad marcada por el canto que los italianos llaman *rubato*, cuyo efecto estriba en las libertades de tiempo, en las indeterminaciones de ritmo con que se realza la expresión y se apoya el efecto de ciertos fragmentos melódicos y sobre todo de las cadencias.

De este *tempo rubato*, de este efecto vocal, usa y abusa Masini, realizando á veces verdaderas maravillas, pero rebasando otras los límites de una prudente reserva. En las dos baladas de *Rigoletto*, por ejemplo, pueden verse los dos casos.

La primera balada, *Questa o quella, per me pari sono*, es simplemente, en la garganta de Masini, un prodigio de ejecución. No es la melodía de Verdi en su total integridad, ni mucho menos; es una versión-Masini, pero los *mordentes* que el cantante introduce están tan en carácter, realzan tanto ciertos detalles melódicos y rítmicos, y sobre todo hay en ellos tal gracia, tal desembarazo y tal naturalidad á la vez, que por mi parte prefiero la balada tal como la canta Masini, á la versión original de su autor.

No se escandalice nadie por tal opinión. Estos pequeños juguetes melódicos permiten al cantante una libertad de acción que no podría soportar una frase dramática, y la intención y el *esprit* de aquél entran por mucho en una perfecta ejecución. Y como las *fioriture* de Masini no alteran la estructura general de la composición ni desnaturalizan su carácter, destacándolo más bien y haciéndolo más sensible, de aquí que la melodía parezca más bella con los adyacentes del cantante que en toda su íntegra originalidad.

En la segunda balada, *La donna é mobile*, todo va bien hasta la cadencia; pero al llegar á este punto, no es que Masini precipite aquélla en el fragmento de frase *e di pensier*; es que la atropella, es que la aniquila, es que destruye todo el efecto musical. Aquí no hablo, bien entendido, de los detalles cómicos con que el artista pretende realzarla; eso vendrá más

tarde. Me refiero únicamente á la cadencia en sí, como fragmento melódico.

Al cantar Masini ése fragmento que sirve de cadencia á la balada, se desborda, descarrila completamente. Bueno que, como contraste á la detención que lleva á cabo el reputado cantante sobre las últimas sílabas del fragmento anterior (*Muta d'acento*), se imprima á la cadencia un movimiento más rápido; pero de esto á cantarla con una especie de vértigo que rompe la cuadratura de la frase y anonada la marcha y el carácter del ritmo hasta el extremo de quedar la orquesta más de un segundo retrasada, en el acorde final, hay la diferencia que existe entre el buen gusto y el gusto deplorable. Es sensible que Masini opte tantas veces por lo segundo.

Estos son los abusos que resultan de querer romper arbitrariamente con los principios rítmicos, que son la base esencial de toda música, y en los cuales debe haber por parte del cantante un tacto, una prudencia, un discernimiento y una oportunidad, sobre todo, que sólo puede alcanzar el verdadero talento.

Líbreme Dios de negárselo á Masini. Lo tiene y grande en ocasiones. Sólo quiero citar, como ejemplo, la romanza del acto segundo de *La Traviata*, la romanza que yo llamaría de la escopeta, por las razones que daré más tarde.

No es posible imaginar nada más bello, nada más acabado que esa romanza en labios de Masini. ¡Qué naturalidad, qué deliciosa variedad de matices, qué aplomo, qué maestría! No puede pedirse más. Y la *fermata* que ejecuta Masini es un modelo de sobriedad, de elegancia y de buen gusto.

Otro tanto digo de la inspiradísima melodía *Bella figlia dell'amore*, con que inicia el tenor el célebre cuarteto de *Rigoletto*. Esta melodía cantada por Masini es una maravilla, es un encanto. ¡Cuánto realza allí la cadencia del primer período, aquella momentánea fluctuación de ritmo que establece Masini en el segundo fragmento de la frase: *Con un detto sol tu puoi—le mie pene consolar!* ¡Y qué hermosa aparece la cadencia, reposada y expresiva, después de aquel inciso lleno de pasión erótica, breve y fugaz como un relámpago!

¡Qué contraste forma esto con el final de la canción *La donna é mobile*, en que Masini hace precisamente todo lo contrario!

Bastan las indicaciones anteriores para dar una idea de la voz y del estilo del célebre tenor italiano y de la facilidad con que admite una exacta clasificación. Para ello no hay más que fijarse en las siguientes circunstancias:

1.^a Jamás se había hecho repetir en el Teatro Real de Madrid el andante del *duetto* del cuarto acto de *La Traviata*, *Parigi, o cara, noi lascieremo*, hasta que lo han cantado Masini y la Sembrich.

2.^a Jamás, que yo recuerde al menos, se había hecho repetir á un tenor la balada del primer acto de *Rigoletto* hasta que la ha ejecutado Masini.

Y 3.^a Jamás hay memoria en el Teatro Real de haberse hecho cantar tres veces consecutivas, en medio de un entusiasmo frenético, la canción *La donna é mobile*, hasta que Masini la ha ejecutado.

¿Qué indica esto? ¿No da á entender elocuentemente que en las óperas de medio carácter ó de gracia, allí donde dominan las medias tintas del sentimiento ó la desenvoltura y agilidad del órgano vocal, tiene marcado su puesto el señor Masini? No lo digo yo solamente, lo dice el público de una manera que no deja lugar á dudas.

Pues bien, defecto capital de los cantantes de hoy en día, Masini no se contenta con moverse dentro del círculo natural que sus facultades le trazan tan claramente. Ya lo he dicho antes; los tenores de estos tiempos quieren echárselas de heroicos y mostrarse aptos para llenar todas las exigencias del drama lírico moderno. Para ellos los demás tenores no merecen tal nombre, los llaman despreciativamente *tenorinos*.

La desdicha de Masini proviene de esas ideas erróneas, de esas aspiraciones infundadas. Quiere ser gran tenor dramático, quiere elevarse á las alturas de la pasión, á la cúspide de la tragedia, y como su voz no se presta á ese género, cae como cantante en los deplorables errores de la declamación dramática, y como intérprete en la prolijidad de detalles de que me ocuparé en breve.

Respecto á la decantada innovación de *hablar* recitados y frases enteras en *Los Hugonotes*, repetiré aquí lo que dije en la carta al Sr. Castro.

No: en la ópera no se *habla*; en la ópera se *canta*. Para lucir las condiciones de un verdadero artista, están los recitados dramáticos, esos admirables recitados de *Los Hugonotes*, donde la sencillez de la nota musical y la libertad rítmica y de tiempo dejan libre paso al acento, á la expresión, al alma, para decirlo de una vez, del cantante.

Un ejemplo: ¿qué es el acto tercero del *Otello* sino una sucesión de escenas declamadas, en las cuales el genio de Rossini se codea con el genio colosal de Shakespeare? ¿Necesitaba Tamberlick *hablar* una sola sílaba para elevarse como intérprete á la altura de aquellos dos inmortales maestros?

Pase en buen hora, en ciertas situaciones, un sonido inarticulado, un monosílabo, una de esas exclamaciones breves y rápidas que la sorpresa ó el terror arrancan en momentos dados. Pase, en boca de un artista eminentísimo, incomparable, como Antonio Selva, aquel admirable rugido: ¡*infame!* que en el dúo del acto segundo de la *Borgia*, y en la frase

*E tremenda da questo momento,
Sul tuo complice ¡infame! cadrá*

hacía siempre prorrumper al público en gritos de entusiasmo.

Ese apóstrofe enérgico, en que Selva concentraba toda la ira que bulle en el corazón del Duque Alfonso durante aquella dramática escena, no destruía el carácter del recitado; antes, al contrario, le daba más vigor y colorido; por tanto, más expresión.

Pero hablar un recitado entero, *vedi la Sena, di cadaveri é piena*, en que la nota musical forma parte integrante de las armonías de la orquesta, y hablar una frase, *¡oh, terribil momento!* para cuya expresión parece haber elegido Meyerbeer el acento más desgarrador y expresivo por medio de siete notas que tienen un valor inmenso como fragmento melódico, armónico, rítmico y orquestal, eso no es permitido á nadie, eso no lo ha intentado nadie en los cincuenta años próximamente que lleva de existencia *Los Hugonotes*, porque

nadie ha llevado su audacia hasta el extremo de profanar el sagrado de las intenciones de un genio insigne, infiriendo así una ofensa á un nombre inmortal.

Si hubiese un código artístico y Masini fuera llevado ante los tribunales del arte por los delitos señalados, sólo la circunstancia atenuante de atravesar hoy la interpretación musical el período de las vacas flacas de Faraón le libraría de la pena capital; pero sería seguramente condenado á cadena perpetua.

Hé ahí los recursos á que se ve obligado á apelar Masini para ocultar la deficiencia de su órgano vocal en los momentos eminentemente dramáticos.

Véasele, en cambio, cuando se trata de la declamación lírica, del recitado. Pocos, después de Tamberlick, han dicho como él el acto primero de *La Africana*. ¿Por qué? Voy á apoyarme en una opinión hasta ahora inédita.

El distinguido crítico francés Mr. Arthur Pougin termina en estos momentos la publicación de una admirable monografía del gran Cherubini, en las columnas del *Ménestrel* de París. Pougin ha dado, entre los papeles que la familia del célebre maestro ha puesto á su disposición, con los siguientes apuntes, que se refieren al recitado.

La primera observación de Cherubini, que es la que hace al caso nuestro, dice así:

«La cantilena del recitado no debe ser ni demasiado grave, ni demasiado aguda; debe imitar la inflexión del discurso, exceptuando los casos en que el sentimiento de ese discurso exigiera una expresión más significativa en la melodía.»

Por este código se han regido y rigen siempre los grandes maestros, y de ahí se deduce que, cuando la voz de Masini se mueve con toda comodidad, le es fácil dar expresión y cuidar con esmero el concepto lírico que se encierra en el recitado.

Pero cuando se trata de una frase melódica, ó de una melodía entera que gira en la atmósfera libre de la inspiración dramática; cuando la voz, la expresión y el gesto, cuando el cantante y el artista tienen que rendirse en absoluto ante el

poeta y el compositor, no poseyendo Masini en grado suficiente las condiciones virtuales que exige imperiosamente esa doble interpretación, tiene que apelar á la violencia del esfuerzo, ó al recurso de la declamación material, y aparecer descompuesto, exagerado, insensato, fuera de lugar bajo todos conceptos.

La masa ignorante del público podrá apreciar, como lo hace siempre, todo el relumbrón de ciertos efectos y aplaudirlos con entusiasmo delirante; pero las personas inteligentes y sensatas, las personas de buen gusto sobre todo, protestarán enérgicamente contra esas convulsiones histéricas de la impotencia.

Tal es el cantante en Masini. Veamos al artista. Aquí la comparación ha de facilitarnos mucho el trabajo.

Toda la indiferencia, todo el descuido sistemático de Gayarre en cuanto á la interpretación dramática se refiere, se convierten en Masini en el extremo contrario. Gayarre es el polo Norte, Masini el ecuador.

Su prolijidad de detalles raya en lo inverosímil. Es un prurito constante de poner puntos y comas, de subrayar frases, de llamar la atención del público hacia su personalidad, de obligarle á fijarse en él, que quieras que no quieras.

Masini es en las tablas una individualidad absorbente, tan nimio, tan meticuloso y tan bizarro, qué sería por solo este cuidado extremo acreedor tal vez á la indulgencia, si la afectación y el amaneramiento no destuyeran, casi siempre, esa monomanía *efectista*.

En *La Traviata*, por ejemplo, todos los personajes masculinos llevan la luenga peluca que se usaba dos siglos hace. El Sr. Masini es el único que no se despoja de sus enmarañadas guedejas y las ostenta allí, *coram populo*, como anacronismo capilográfico destinado á llamar sobre él la atención.

En el acto segundo, Alfredo y Violeta huyen de los rigores de la canícula y pasan el estío en una casa de campo cercana á París. Entra Masini (Alfredo) en escena, y entra con capa al hombro y escopeta al brazo. Salir de caza con capa, y en verano, no se le ocurre ni al calumniador más decidido de San Huberto; pero en el fondo del escenario y á la derecha

de la puerta de entrada hay una silla, y en ella arroja Masini su capa majestuosamente. Es un *efecto*.

¿Creen los lectores que Masini hace lo mismo con la escopeta? ¡Cualquier día! Si no hubiera escopeta, no habría romanza. Y en efecto, el distinguido tenor no suelta ni á tiros aquella flamante arma 'Lefauchaux (¡¡¡en el siglo XVII!!!), sino que se adelanta con ella hasta la orquesta, apoya *en la boca del cañón* (!) dulcemente el codo, y canta de una manera angelical la romanza de Verdi.

Aquí tenemos tres anacronismos: el de la cabellera, anacronismo, como antes dije, capilográfico; el de la capa, anacronismo estacional, si así puede llamarse, y el de la escopeta de caza, anacronismo cinegético. Pero son tres *efectos*. ¿Anacronismos á mí? dirá el Sr. Masini, tratándose de llamar la atención hacia su persona. ¡Que le vayan con anacronismos al hombre!

En la canción del acto cuarto de *Rigoletto*, necesita, ante todo, Masini tirar los guantes que lleva puestos. Este es uno de sus *efectos* favoritos, y lo mismo lo emplea en el figon de Sparafucile que en la estancia del Conde de Nevers. Para preparar la cadencia atropellada de que hablé antes, tiene que coger un naípe, hacerlo pedazos y arrojar por el aire los restos. Esto en la primera versión, que cuando llega la segunda, no hay carta despedazada, sino una carcajada homérica que se repite en la tercera, sin razón alguna, porque tras la carta rota y la sonora carcajada, podía perfectamente venir una pirueta ó un desplante.

Yo creo que una bofetada á Sparafucile ó un fuerte pellizco en las apetitosas espaldas de Magdalena serían de un gran efecto en una de las repeticiones.

En cuanto á la escena final de *Lucrezia Borgia*, pasando por alto el prurito de abrazar á Maffio Orsini que domina durante toda la ópera á Masini, no es posible aceptar como bella aquella muerte repulsiva en que el artista pretende quizá echar su cuarto á *realismo*. Por de pronto, los trágicos *io mooooooro... io mooooooro*, que el tenor declama como un *petit* Salvini, repugnan á la naturaleza esencialmente musical de la pieza y dan lugar á creer que el cantante no puede

traducirlos en notas musicales, apelando al cómodo recurso de hablarlas trágicamente, lo cual resulta sencillamente ridículo. Lo extraño es que el público, en vez de protestar contra esos desafueros, los aplaude á rabiar.

¿Qué apostamos á que va á resultar con el tiempo que Valero, Calvo y Vico son tres eminentísimos tenores de ópera?

Tratándose de este bendito País, otras cosas se habrán visto más difíciles.

Creo que con lo dicho sobra para darse idea del artista Masini. Comparemos y demos fin, que ya es bora, á este enojoso é interminable estudio.

¿Habrá necesidad de demostrar que entre la voz de Gayarre y la voz de Masini no hay comparación posible? No. Como belleza intrínseca, como volumen, como igualdad é intensidad de timbre, la voz de Gayarre aventaja, con mucho, á la de Masini. La de éste es, desde luego, más flexible, más castigada, y se plegará con mucha más facilidad y brillantez que la de nuestro compatriota á las filigranas de la *fioritura*, á los juegos de la vocalización; pero nunca podrá alcanzar, ni aun de lejos, la expresión dramática que la robustez del volumen y el calor del timbre prestan naturalmente y sin esfuerzo alguno al órgano vocal de Gayarre, ni la graduación de matices y medias tintas que ofrecen al cantante navarro su mecanismo admirable, su maestría y facilidad en el uso de los registros y hasta sus facultades físicas.

Gayarre puede pasar, sin cansancio, desde las explosiones de la pasión, sometidas á su mayor fuerza de intensidad, hasta las medias tintas del sentimiento, en sus matices más puros, más comunicativos, más afilegranados. Para eso, bástale el auxilio de su incomparable voz, arsenal inagotable de efectos, y la resistencia hercúlea de sus pulmones, que le preservan contra los resultados de la fatiga.

Con estas condiciones privilegiadas, puede abordar un extenso repertorio, desde *Los Hugonotes* y *El Profeta*, hasta el *Elixir de amor* y *La Sonámbula*, desde el *Don Juan* y el *Fausto*, hasta *Los Puritanos*, *Lucía* y *Favorita*. Podrá cantar mejor una ópera que otra, que esto sucede á todo ejecutante, pero su

órgano vocal le permitirá siempre aprovechar ocasiones oportunas y producir efectos admirables, sin apelar á otro medio que la belleza y ductilidad ingénitas de la voz y la maestría consumada del cantante.

Donde la vocalización impere y resalte la gracia, Masini será superior á Gayarre pero desde el momento en que el primero pretenda ingenirse en el género dramático, se convertirá en un cantante de rúbrica, es decir, en un cantante que trasplanta al drama, á la pasión; las fórmulas vocales que sólo tienen cabida en la ópera de medio carácter ó en la comedia lírica.

En *La Traviata*, en el *Rigoletto*, en *El Barbero de Sevilla* Gayarre será vencido por Masini; pero fuera de este lugar, el más apropiado á las facultades y á las aptitudes de Masini, no hay lucha posible. El conato de competencia que se trató de establecer hace poco entre los dos tenores, en *La Favorita*, lo ha demostrado con exceso, á despecho de las circunstancias favorables hábilmente preparadas de que el suceso fué previamente revestido. La voz de Gayarre vibra en el corazón; la voz de Masini no pasa del oído. Esta es la diferencia.

En resumen, como cantante, Gayarre, por su repertorio, por la incomparable belleza de su voz y por sus facultades físicas, es para las empresas mucho más útil y beneficioso que Masini, y mucho más útil y beneficioso, por ende, que el tenor italiano para el público.

Como artistas, es cuestión de gustos. Masini peca por carta de más, y Gayarre por carta de menos. Por mi parte, si me dieran á elegir entre los dos, me quedaría sin ninguno; pero si apretase la necesidad, elegiría, desde luego, á Gayarre. La frialdad é indiferencia lamentables de éste extrañan y acaban por irritar; pero el vaivén vertiginoso, el bulle bulle continuo y, sobre todo, las genialidades de mal gusto de Masini marean y acaban por exasperar.

* * *

He concluído. John Styx, el criado bufo del *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach, dice cantando la balada del Rey de Beocia:

*La plus belle ombre, ma chérie,
ne peut donner que ce qu'elle a.*

Pues bien; poco tengo, pero ese poco lo he dado en toda su integridad. He juzgado á Gayarre y á Masini, como cantantes y como artistas, sin pasión alguna, fríamente, imparcialmente, libre de toda presión, con entera lealtad é independencia. Era cuestión de patriotismo y de arte, y ni el patriotismo ni el arte me han impedido señalar *in extenso* las buenas cualidades y los defectos de ambos. Mi opinión obedecerá quizá á reglas estéticas discutibles y hasta erróneas si se quiere, pero jamás á consideraciones sistemáticas de la antipatía y de la amistad.

He emitido mis juicios y los he razonado de la mejor manera posible. Confieso que no sé hacer más. Al hablar de Masini nada arriesgo, puesto que ni le conozco, ni le trato; al poner de relieve los defectos capitales del artista en Gayarre arriesgo su amistad. ¿Será mucho pedir que esta circunstancia me sea tenida en cuenta como prueba de mi imparcialidad?

Respondan los lectores.

Por lo demás, ya se ha visto que de un estudio comparativo entre Gayarre y Masini no puede surgir ninguna enfermedad contagiosa. Al contrario, es de lo más inofensivo que puede escribirse.

Inocente desahogo de un hombre amante del arte y de lo bello, de un hombre que tiene la debilidad imperdonable de tomar en serio estas cosas en España, el presente trabajo es una gota de agua que cae en el inmenso desierto de la indiferencia pública.

Algunos partidarios de los célebres tenores lo leerán quizá para ponerme de ropa de Pascua por los defectos que señalo á sus ídolos respectivos y... nada más.

Es la ley natural; como los públicos hacen á los tenores, y los públicos de hoy han proclamado á Gayarre y Masini

eminencias inviolables, invulnerables é indiscutibles, seguirán los dos cantando como hasta ahora, sin importárseles un ardite de perfeccionar sus buenas cualidades y corregir sus deplorables defectos. Seguirán los gayarristas gritando: ¡El arte es Dios, y Julián es su profeta! Seguirán exclamando los masinistas: ¡No hay más Dios que Masini, *gloria in excelsis* Masini! Y seguirán los dos omnipotentes cobrando prosaicamente sumas fabulosas é imponiendo la ley á las empresas y al público.

Vive Dios, que harán perfectamente.

Entre los aplausos delirantes del público y las impertinentes observaciones de los que vuelven de vez en cuando por los fueros del arte y de la estética, la elección no es dudosa.

Los primeros se cuentan á millares. El número de los segundos se reduce á cuatro majaderos, entre los cuales tiene el insigne honor de contarse el humilde autor de las presentes líneas.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid, 6 diciembre 1882.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

BEANUDARON las Cortes sus tareas; conjuró por el pronto toda modificación ministerial el Sr. Sagasta, no sin reiterar halagüeñas ofertas á los que se juzgan candidatos á cartera, y empezó el debate político en el Senado, pasando luego al Congreso, donde, en los momentos en que escribimos, tiene la izquierda autorizado intérprete por órgano del Sr. Becerra.

Espectador de los sucesos el partido conservador, creemos que hoy por hoy nos toca limitarnos á reproducir el programa exhibido en la alta Cámara por el Sr. Duque de la Torre. Es este documento la manifestación más auténtica y genuina de los propósitos de ese importante núcleo de elementos avanzados que se agrupan en derredor del trono de D. Alfonso XII, proclamando la necesidad ineludible de aliar la idea democrática con la institución monárquica, como última palabra entre nosotros de las aspiraciones de los hombres de orden, amantes entusiastas de la libertad y de la Patria.

Todo cuanto han expuesto desde los distintos bandos los oradores que han intervenido en la discusión del Senado, ha tenido por punto de apoyo el programa del ilustre Gene-

ral Serrano. El Gobierno, representado por su presidente, no ha hecho otra cosa que ampararse de los principios más descaradamente conservadores para oponer el *statu quo* al anhelo de reformas que inspira á los sectarios de la izquierda dinástica. Claro es que, al efecto, ha tenido que prescindir el Sr. Sagasta de sus compromisos políticos, de sus declaraciones solemnes, de su misma significación en el poder, en el que trata de perpetuarse á costa y con mengua de la historia harto sabida de sus actos como jefe de pelea del antiguo partido constitucional... ¿Qué importa? Los textos que se le han recordado en abierta contradicción con su actitud actual no han conseguido siquiera ruborizar al político inconsecuente, que pretende fundar el porvenir sobre los escombros de su pasado, del que reniega. La opinión imparcial no puede menos de juzgar con enérgica severidad tal proceder.

Conozcamos el credo del nuevo partido, tal como lo expuso el Sr. Duque de la Torre:

ANTECEDENTES.

La iniciativa del Monarca, llamando á sus consejos al partido liberal y confiando el poder al Sr. Sagasta, imprimió á la política española un nuevo y hasta ahora desconocido derrotero. El País entero la recibió con aplauso, y ante ella, la posición de los partidos cambió radicalmente.

Callaron las alarmas; disipáronse los recelos; los que antes eran hostiles se tornaron benévolos, los indiferentes se sintieron atraídos, y en el movimiento general de concentración que se empezó á desarrollar, se comprendió la posibilidad de reunir todos los partidos en las dos agrupaciones que en el lenguaje político se llaman la izquierda y la derecha. Yo, por mi parte, después de haber hecho, mientras el partido constitucional estaba en la oposición, cuanto me fué posible para ayudarle á llegar al poder, me apresuré desde mi modesta esfera á impulsar la corriente de la opinión y á definir su carácter, aprovechando para ello la ocasión que mis amigos de Linares me ofrecieron en el mes de septiembre de 1881.

En estas condiciones abriéronse las Cortes, y en ellas desde el primer momento se hizo patente el estado de la opinión

pública con la proclamación de la democracia monárquica y con la benevolencia de la democracia radical.

Sin duda esto era un gran progreso; pero los movimientos políticos, si no se desarrollan rápidamente, languidecen y mueren; de manera que si el que se verificaba á la sazón no había de esterilizarse, tocaba en primer término al Gobierno de S. M. alentarlos y desarrollarlos en bien de la Patria y de la monarquía. Y sin que yo juzgue ahora su conducta, el hecho es que el Gabinete permaneció indiferente espectador de los sucesos, sin preocuparse, al parecer, de ellos, y sin darles la importancia que tenían. Todos, sin embargo, pudieron ver á fines de la última legislatura que el movimiento de atracción hácia el Trono era tan poderoso, y la suma de voluntades que se agrupaban tan potente, que para evitar su desbordamiento se hacía, cuando menos, necesario ensanchar los moldes de la política representada por el actual Gabinete. Por eso yo, sin negar á sus individuos la sinceridad de sus propósitos liberales, hube de prevenirles que la opinión empezaba á ver en la marcha de su política algo más que era deficiente para las ideas liberales, y que al propio tiempo estorbaba y se oponía á la formación de las dos agrupaciones que reclama el bien del País.

Sin duda lo comprendió así el Sr. Sagasta, cuando á las exigencias de la opinión contestó, y contesta todavía, con promesas de reformas liberales, promesas de cuya sinceridad yo no he dudado, pero acerca de cuya eficacia debo expresar mi desconfianza, porque la experiencia de todos los países, y en especial del nuestro, enseña de una manera evidente que no se puede en política gobernar con las ideas y prescindir de las personas que las representan, y que no se ha dado nunca el caso de que la presentación de proyectos de ley ó la promesa de reformas baste para consolidar una situación política de la cual queden excluidos los legítimos representantes de las ideas que se proclaman, sin embargo, necesarias.

Y si á esta consideración se une la gravedad de los momentos presentes, en los cuales, partidos que se habían separado de la monarquía á impulsos de circunstancias más poderosas que la voluntad de los hombres, mostraban su disposición de volver á ella, circunstancias en las cuales se acrecienta el valor de las personas, se comprenderá, señores senadores, que fuese, no ya necesaria, sino imprescindible una modificación en el Gabinete y en la marcha de la política; que nunca habría estado más justificada una crisis que cuando para reclamarla se aunan las conveniencias de la

política, las aspiraciones de los hombres liberales y los intereses del Trono.

Sin embargo, nada se hizo; nuestras sesiones se suspendieron, y el Gabinete, lejos de ofrecer siquiera una remota esperanza á tan legítimos deseos, dejó separarse á los representantes del País con palabras ambiguas y con espíritu de indiferencia, vecino á la hostilidad, ante el cual la misma energía de las fuerzas puestas ya en movimiento hizo temer que las esperanzas despertadas por la conducta del Monarca se tornaran en decepciones.

Entonces fué, señores, cuando, preocupado de estos grandes sentimientos, sintiendo en derredor mío la agitación que el Gabinete desconocía, y creyendo que mi posición política me impone deberes á los cuales no me negaré jamás, me decidí á impedir que ese movimiento se desnaturalizara y á darle la forma que entendía más adecuada á su origen y tendencias, y bajo mi propia responsabilidad y por mi sola iniciativa, sin consejo ni opinión extraña, permití la publicación de la carta de Biárritz, que cito de esta manera por ser de todos vosotros conocida.

No era, pues, aquella carta un acto de hostilidad al Gabinete, ni mal podía serlo cuando en ella se proclamaban las mismas ideas del partido constitucional, elocuentemente defendidas un tiempo por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros; era, y tal fué mi intención, un llamamiento á todos los hombres liberales para llegar á una inteligencia suprema bajo el trono del Rey, que se había adelantado á los deseos y á las esperanzas del partido liberal; y hasta qué punto los sucesos han respondido á mis propósitos, podréis apreciarlo, señores senadores, y podrá juzgarlo el País, viendo reunidos en una sola agrupación, no sólo á los antiguos jefes del partido radical, á los demócratas-monárquicos y á los disidentes de la mayoría, sino también á un sinnúmero de hombres que vivían alejados de las instituciones, y que aceptan esta ocasión para conciliar su patriotismo y su amor á la libertad con la consecuencia de su pasado y la dignidad de su conducta.

Y por eso, cualquiera que sea el juicio que de la mía se forme, ninguno de mis adversarios podrá desconocer que he tratado de prestar un servicio á las instituciones, procurado, si no realizado, una era de paz y de tranquilidad para mi Patria, y sobre todo, secundado, como me correspondía y como podía hacerlo, la noble iniciativa del poder real, que ha abierto para este País un nuevo y magnífico horizonte.

LA FÓRMULA.

Lo dicho, señores senadores, me permite ya anunciaros la fórmula por mí proclamada en Biárritz, y por la izquierda adoptada, fórmula que fué la del partido constitucional en la oposición, de la cual tomó su nombre y á la cual por consecuencia ninguna objeción podrá hacerse por los que forman la mayoría de la situación actual. Esa fórmula es la Constitución de 1869 con la monarquía de D. Alfonso XII, unión en la cual se reúnen todas las conquistas liberales, por las que tantos esfuerzos hemos hecho, y las garantías de la forma monárquica proclamada por la Nación en 1869 y representada hoy para bien de todos en la persona de D. Alfonso XII, en la cual concurren los prestigios de la historia y las esperanzas de las ideas modernas, prendas que permitirán, así lo creemos todos, que al final de tantas luchas no haya en este desgraciado País ni vencedores ni vencidos, sino españoles ansiosos de conservar la paz y de engrandecer á su Patria.

SIGNIFICACIÓN DEL NUEVO PARTIDO.

Juzgan, pues, equivocadamente el movimiento político que en este momento se realiza los que ven en él una amenaza de nuevas agitaciones y los peligros de un período constituyente. Semejantes temores son absolutamente imaginarios. Un período constituyente supone la suspensión de todos los poderes y una especie de paréntesis en la marcha tranquila de la Nación; y nada absolutamente, nada de esto puede ocurrir cuando nos limitamos á pedir un cambio de Constitución por medio de una ley ordinaria, lo cual equivale á decir que lo pedimos con el asentimiento de todos los partidos y por medio de los organismos creados por la Constitución actual, por lo que sería, en mi sentir, tan absurdo decir que esto paraliza las instituciones, como afirmar que el propósito de reformar la ley provincial ó municipal destruye el régimen legal por el cual se gobiernan las corporaciones populares.

Pero sería aún más absurdo desconocer el gran progreso y la garantía para el porvenir que entraña esta conducta; porque cuando un partido se presenta en estas condiciones y formula un programa, para cuya realización se necesita el concurso de todos los elementos políticos de la Nación, nadie de cuantos creen en la eficacia del sistema constitucional y fían á las controversias legales y pacíficas la resolución de

los problemas políticos, nadie tiene derecho á hablar de trastornos ó de peligros, que no podrían nacer más que del desconocimiento de los resortes parlamentarios y del propósito sistemático de cerrar los caminos legales á las formas constitucionales.

Y á este propósito, cúpleme decir que no cabría guardar silencio sobre este punto, porque proclamar los principios liberales en su más amplia extensión y no pedir al mismo tiempo la reforma de la Constitución, sería faltar á la honradez, porque equivale á declarar que para realizar nuestro programa habíamos de violar la Constitución actual, dentro de la cual no cabe el completo y legítimo desarrollo de aquellos principios.

Ni se diga tampoco que un cambio constitucional es de por sí una grave dificultad práctica, porque esto no es verdad en ningún país del mundo, y menos en éste, en que, por desgracia, no existe una Constitución única, á la cual el tiempo haya dado la sanción de la antigüedad y la indiferencia del olvido.

Y buena prueba de ello la ofrece el partido constitucional, el cual hubo de aceptar la Constitución de 1876, llevado por el fin patriótico de sumar voluntades y de allegar fuerzas al partido liberal, pues todos saben que sin esa condición no se hubieran sumado jamás los centralistas á los constitucionales; y si éstos, en bien de la libertad, hicieron aquella concesión, no pueden extrañarse de que con igual objeto, pero con más vehemente necesidad, queramos nosotros, por medio de otra modificación constitucional, dar honroso acceso á la legalidad á fuerzas cuyo valor no es posible desconocer.

Así, pues, señores senadores, nosotros no venimos á provocar un cambio y una transformación; venimos á ofrecer la manera de terminar el período constituyente abierto en 1808 y no cerrado aún en España; venimos á proponer á los hombres de buena voluntad que dirigen los partidos el modo de hacer una transacción honrosa que permita agruparse dentro de la legalidad común á fuerzas dispersas por los acontecimientos, pero unidas por el amor á su Patria y por su culto á la libertad; legalidad común que será obra de todos, por todos preparada, sin exclusión de nadie, y dentro de la cual cabrán las aspiraciones todas de la sociedad española.

CONCURSO DEL PARTIDO CONSERVADOR.

Pero deseo aquí decir, como justicia que debo publicar, que este programa que ante vosotros presento y esta noble

aspiración que espero ver realizada no hubieran sido posibles sin el patriótico concurso del partido conservador.

Sin éste hubiera yo vacilado en tomar estas resoluciones, porque aun siendo tan grande y tan patriótica la obra que tratamos de llevar á cabo, por su misma grandeza no puede hacerla un solo partido, y fuera inútil empresa el tratar de consumarla si uno de los grandes elementos de la política española, si el partido conservador se hubiera negado á cooperar al establecimiento de una legalidad común. Pero al declarar en la última legislatura que después de discutir cuanto el partido liberal presente, y de examinar las condiciones que crea necesarias para gobernar, no se negará á aceptar y á practicar nada de lo que el voto parlamentario y la experiencia consagre, los conservadores han dado á este movimiento la ancha base que el País podía desear; porque esta mutua cooperación é inteligencia de los partidos no ha de mirarse sólo como una facilidad para conseguir los fines de cada uno, sino también, y ante todo, como garantía de que jamás en el desenvolvimiento de su política se han de suscitar aquellos obstáculos y aquellas incompatibilidades que tan funestos han sido á España, y que son la única verdadera causa de la alarma que puede señalarse en las transformaciones constitucionales de los pueblos. Porque á esa inteligencia y á esa cooperación han llegado es por lo que han conseguido otros países conjurar los más graves conflictos interiores, asegurar sólidamente sus instituciones y afianzar la libertad, que nunca está mejor garantida que cuando á afirmarla concurren todos los elementos políticos del País.

CONSECUENCIAS DE LA FORMACIÓN DE LA IZQUIERDA.

Puedo, pues, señores senadores, asegurar, con la confianza de obtener vuestro asentimiento, que la formación de la izquierda liberal viene y se anuncia como término de nuestras revoluciones políticas, y no como principio de una era de trastornos, y añadir que ella será la consagración de los esfuerzos de tantas generaciones y el olvido de los desastres que han entristecido á la Patria.

Pero no será ésta su única consecuencia: otra no menos fecunda y deseada habrá de nacer de ella, porque, una vez realizada, obtendrán los Gobiernos la estabilidad de que hasta hoy han carecido, y por falta de la cual se han hecho imposibles las reformas sociales y administrativas de que España está tan necesitada. Inútil será culpar á los Gobier-

nos de descuido ó abandono, cuando apremiados los Ministros por candentes cuestiones de momento, y consagrada su atención á conjurar los peligros que les rodean, se hallan moralmente imposibilitados de atender á otra cosa que á la lucha y á la defensa de lo que á ellos se ha confiado.

Y yo lo sé como pocos; y mi conocimiento ya hoy harto extenso de los males que afligen al País, me ha enseñado á desear con ferviente anhelo y como bendición la más grande que los Gobiernos, libres de las graves preocupaciones políticas que han ocupado nuestra vida entera, puedan dedicar las fuerzas parlamentarias al exclusivo desarrollo del bienestar social.

Y como la mejor prueba que de mi deseo pudiera dar es predicar con el ejemplo, yo me apresuro, señores, á deciros que los hombres que en la izquierda se congregan, se proponen terminar cuanto antes la agitación política que hoy no pueden dejar de provocar para llegar á la resolución de las cuestiones que, á pesar de haber preocupado siempre al País, no han podido hacerse lugar entre las inquietudes del espíritu público.

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Entre ellas y en primer término os hablaré de la instrucción pública, verdadera necesidad de un País donde sólo saben leer y escribir tres millones de habitantes, y donde la instrucción profesional, con empeño y con ardor solicitada por todo el mundo, apenas encuentra cómo obtenerse, obligadas las familias que quieren dar á sus hijos carrera á dedicarlos, como hace un siglo, á la milicia, al foro y la medicina. La educación industrial y técnica que ha fundado la prosperidad de la Nación vecina á España, donde se da el constante y triste ejemplo de tener que acudir al extranjero si se ha de allegar el personal necesario para el planteamiento de cualquiera industria y el establecimiento de cualquier progreso.

Por eso la primera reforma que un partido liberal debe inscribir en su programa, es la de la instrucción del pueblo; no una instrucción cualquiera, vaga y sin objeto, sino una instrucción práctica, bien entendida, económica (puesto que la Nación no es rica), y que en ningún sentido luche con las creencias religiosas ó provoque con ellas conflictos que en parte alguna han sido fecundos más que para el mal y la perturbación de las conciencias.

Confiada al Estado esta instrucción y seguida de esa otra

educación técnica de que os he hablado, se variará entre las dos la dirección de la educación profesional, apartándola de la tendencia actual, que contribuye en gran manera al estado de perturbación de nuestra sociedad, en la cual la preparación intelectual y científica está en desproporción manifiesta con la instrucción del pueblo, con la educación de la generalidad y con los medios prácticos de ganarse la vida y preparar el porvenir de las familias.

EL EJÉRCITO Y LA ARMADA.

Un pueblo que se educa es un pueblo que transforma también su ejército, y procura con esa transformación alejarlo completamente de las luchas civiles, preparando sus fuerzas y sus energías para la defensa del territorio ó para la lucha más allá de las fronteras. El ejército es entonces verdadera institución nacional, y no se repetirá en el porvenir la intervención de la fuerza armada en las contiendas políticas, última desgracia de los pueblos entregados á las discordias civiles. La formación de los cuadros activos y de reserva; la esmerada educación de la oficialidad; la fijeza en el empleo; la seguridad del ascenso; la consideración en la jerarquía, mantenida por la disciplina, todos esos progresos que ya principian á sentirse en España, gracias á una alta é inteligente iniciativa, unidos al desenvolvimiento y extensión del servicio obligatorio proclamado ya en la ley, son las aspiraciones de los hombres que figuran en la izquierda, y más especialmente de los que por consecuencia de una larga carrera militar hemos de dar siempre y en toda ocasión testimonio del amor que el ejército nos inspira y de las virtudes que caracterizan al soldado español.

Tanto como á él, se vuelve la atención en nuestros días al estado de la marina, acerca de la cual la opinión pública se pregunta: ¿por qué carece de la eficiencia que exige nuestra situación geográfica y la de nuestras posesiones ultramarinas? ¿Por qué no responde su estado actual á su preclara historia, y por qué, á pesar de un presupuesto anual que iguala al de otros países, su material no puede compararse con el que éstos presentan? Ciertamente que España no puede aspirar en el estado actual á tener una numerosa escuadra; pero puede dentro de las cifras del presupuesto, y aprovechando los adelantos modernos, concentrar en pocos pero poderosos buques una fuerza suficiente para defender nuestro pabellón, y organizar una serie de pequeños barcos para el servicio de las costas peninsulares y ultramarinas.

Así nuestras fuerzas serán eficientes sin gravar más al Tesoro, y así nuestras tripulaciones darán al País todo lo que éste espera de sus extraordinarias condiciones, probadas en tantos combates y esclarecidas en tantos hechos de guerra. Y hoy que la marina mercante, transformada por el empleo del vapor, se desarrolla y prepara á un porvenir brillante, iniciado por felices ensayos en la navegación de altura, es más interesante aun atender cuidadosamente á la marina de guerra y á sus relaciones con la mercante.

LA HACIENDA.

No sería posible, sin embargo, realizar las tres grandes aspiraciones que acabo de enumerar, si la Hacienda no llegase á aquel grado de estabilidad y á aquel desahogo de recursos que principia ya á entreverse, y para cuya conservación el Gobierno de S. M. ha hecho esfuerzos señalados y plausibles que nadie puede desconocer, por más que la ejecución unas veces y las consecuencias otras no hayan respondido á la bondad de los proyectos. Los resultados conseguidos hacen ver además cuán largo es el camino que aun falta que recorrer para que el producto de los impuestos nutra abundantemente el Tesoro, y para que su administración responda, por su energía y moralidad, á lo que el País espera de ella.

Pero cúmpleme decir, y es preciso que todo el mundo se convenza de que sólo con la estabilidad se llega á moralizar la administración, y sólo, por tanto, la obtendremos cuando la haya alcanzado también la política. Entonces la vigilancia constante de todos los partidos podrá aplicarse á remediar los males que nos devoran, contra los cuales en vano luchan. Desgracia que á todos alcanza, y males para cuyo remedio debemos asociarnos todos los hombres políticos, sin distinción de matices ni opiniones; porque si así no lo hacemos, si no respondemos á las quejas de la opinión y al general disgusto que en las provincias domina, ningún Gobierno alcanzará prestigio para sostenerse al frente de los negocios públicos.

En cambio, cuando entre todos alcancemos á desterrar esa inmoralidad y elevemos la Hacienda al grado de prosperidad á que aspiramos, habremos dado un gran impulso á la vida económica del País; que ya es verdad por todos sabida que el desahogo del Tesoro y el equilibrio del presupuesto son las condiciones esenciales para que el capital abunde,

baje el precio del dinero y se fecundicen la agricultura y la industria. Y hora es ya de que las instituciones de crédito, limitándose á ayudar al Gobierno en cuanto al servicio del Tesoro se refiere, reserven para la industria y el comercio los poderosos medios de que disponen, y que la Nación les ha dado para emplearlos en bien y provecho de todos.

España, preciso es decirlo, carece aún de lo que es abundante en otras partes, del préstamo y del descuento mercantil, sin los cuales la actividad y el ingenio individual, el ahorro y la aplicación carecen de estímulo y de incentivo, y no se logrará el desarrollo gradual, pero seguro, de la riqueza pública, que se traduce y corona en todos los países con ese último resultado, que á un tiempo lisonjea el orgullo nacional y da indudable testimonio de la prosperidad de los países, cual es la alta estimación de los valores públicos, á cuyo pie se lee siempre la firma de la Nación.

LA AGRICULTURA.

Sin que esto se logre, todas las necesidades de la agricultura, de la cual vive la casi totalidad de los españoles, y de donde nacen las fuentes de la industria y el comercio, no podrán recibir ayuda. Y nadie la necesita más que el agricultor español: luchando con un suelo en su mayor parte empobrecido, con un territorio insalubre y accidentado, con una atmósfera inclemente y desequilibrada, sin suficiente seguridad muchas veces, y con la usura por única esperanza, es imposible que el labrador mejore sus cultivos, ni traiga el agua á sus campos, ni repueble el territorio, ni haga, en fin, nada de lo que en otros países nos admira y nos atrae. Hora es, pues, de pensar en el propietario y en el labrador para algo más que para pedirles contribuciones, y hora sobre todo para el partido liberal, que así lo ofreció solemnemente desde sus primeros momentos, como recompensa á los pueblos de los sacrificios que por el régimen constitucional hicieron y compensación de los esfuerzos que su mantenimiento les cuesta.

LA ADMINISTRACIÓN.

Tal vez estos propósitos no podrían conseguirse por la sola acción del Estado, si no fueren auxiliados por una transformación del régimen municipal, tan vigoroso en la historia,

tan decaído en el día, y sin el cual la Nación vivirá endeble y sin savia. Y esa transformación no ha de consistir sólo en la descentralización de sus funciones, sino en que se les dé vida propia, independiente de la Administración pública, y se les sujete por eso mismo á estrecha é inmediata responsabilidad que permita á los hombres honrados é inteligentes acudir á la administración municipal, seguros de que la inmoralidad y el fraude tienen su pronto é inevitable castigo.

RESUMEN.

Los puntos que quedan enumerados son de tal gravedad y de tan urgente estudio, que nada extraordinario afirmo si digo que con ellos tendría sobrado un Gobierno liberal que de grande estabilidad y larga vida gozase para ocupar todos sus momentos y responder á la expectación del País; pero si ellos han de obtener la preferencia, no por eso han de olvidarse otros de gran interés y de inmediata aplicación que forman también parte importantísima del programa de todo el partido liberal, pero que son más fáciles de llevar á cabo por los precedentes que ya tienen y por el impulso que todos los días reciben.

Tales son las reformas que tienen por objeto desarrollar y completar el régimen de la libertad civil en España, que no puede haber libertad política, ó al menos no puede consolidarse, mientras aquélla no impere en las leyes y en las costumbres. La familia y el matrimonio reclaman la aplicación completa de la legislación civil, convencida como lo está la opinión de que las creencias y la religión de nuestro pueblo nada tienen que sufrir por que se divida y comparta en el seno del hogar, como en la vida pública, lo que corresponda á cada una de las dos potestades.

Importa también desarrollar la justicia íntegra, honrada y barata, por cuyo establecimiento se hacen por el actual Gobierno tentativas que encierran verdaderos progresos y esperan sólo los necesarios complementos, entre los cuales ha de figurar el Jurado y la ansiada unidad de la legislación civil.

En este orden de ideas, nadie puede alejar su pensamiento de las provincias ultramarinas, acerca de las cuales tenemos todos dos compromisos solemnes: el de asegurar á sus hijos los derechos y las libertades que á los españoles reconoce la Constitución, y el de arraigar en ellos la creencia de que el régimen de las provincias de Ultramar se ha de fundar siem-

pre sobre la base de su unión con la Patria, porque no hay esfuerzo de que España no se sienta capaz para dejar intacto á las generaciones venideras el territorio nacional que de nuestros mayores recibimos.

Dos notas discordantes han resonado en el alto Cuerpo Colegislador, durante el debate á que han dado ocasión las manifestaciones anteriores. Los Sres. Duque de Veragua y Romero Girón, afines á las fuerzas de la izquierda, han declarado que están dispuestos á transigir con el Gobierno, si éste emprende reformas liberales... que no tendrían inconveniente ni escrúpulo ni reparo en aceptar un puesto en el Gabinete presidido por el Sr. Sagasta. Y si el Sr. Duque de Veragua no alentaba esta pretensión por cuenta propia, entiéndase que hablaba en nombre del Sr. Marqués de Sardoal, cuya disidencia del resto del nuevo partido, en el que figuró desde un principio, háse hecho constar oficialmente por medio de una carta dirigida á los periódicos diarios, en la que dice ser más dinástico que monárquico, más monárquico que demócrata. Por aquí se va á un Ministerio con la actual situación.

El partido conservador ha visto discretamente traducido su modo de pensar en cuanto al desenvolvimiento de la evolución política realizada por los amigos del Duque de la Torre, mediante la intervención en el debate de los Marqueses de Orovio y de Molíns. Sobre todo, el discurso de este último es un documento que merece leerse y estudiarse.

¿Cuál es á la fecha la posición del Sr. Sagasta? La más desairada y comprometida ante el concepto público, ante la representación del País y ante la Corona. El jefe nato del partido constitucional, cuyo partido, por voluntad del Rey, reemplazó al conservador en la dirección de los negocios del Estado, desautoriza al Gobierno y afirma solemnemente que éste ha dejado de representar en el poder los ideales de aquel partido. ¿Qué representa, pues, el Gobierno? Una disidencia, una pandilla, un espediente para seguir mandando. El Gobierno está, por consecuencia, muerto en la opinión.

Podrá el Sr. Sagasta defenderse por más ó menos tiempo,

halagando á determinados elementos con promesas más ó menos eficaces para los sectarios del éxito; podrá conseguir el apoyo material de una mayoría supeditada á la ambición personal de unos cuantos caciques que la dirigen, amoldándola á sus planes... Pero ¡ay del Sr. Sagasta el día en que no tenga promesas de que disponer! Comprendiéndolo así quizá plagia desde lo íntimo de sus intenciones á aquel generoso personaje que, según sus palabras, pródigamente repetidas, siempre tenía mil duros á disposición de sus amigos. Pero llegó cierto día en que uno de éstos se decidió á pedirselos, aprovechando sus constantes ofrecimientos...

Y entonces el dadivoso le arguyó: ¿Cómo he de tenerlos á disposición de mis amigos si te los doy á tí?...

R.





REVISTA EXTRANJERA

BIEN puede decirse todavía, como en otro tiempo, que París se divierte, pues la gran capital no puede prescindir de su carácter ligero, *insouciant*, como por allá dicen, alegre y cosmopolita, que á muchos extranjeros seduce. París se divierte siempre, lo mismo con sus inundaciones y demás catástrofes que con los preparativos en los escaparates del comercio de lujosos aguinaldos, *paradis des enfants*, delicia de los niños y otros y otras que no lo son y ven con placer la proximidad del primer día del año nuevo. Pero Francia sigue, como por acá decimos, de mal en peor. Esto es lo triste.

La Francia de hoy pudiera muy bien creerse personificada en Luisa Michel, presunta evangelizadora del mundo, apóstol femenino de las ideas de libertad, varona de las cruzadas contra los antiguos sistemas, y propagandista de un ateo anarquismo que la aniquila y la mata.

Pocas palabras bastan para juzgar la situación de Francia.

El día 14 debe verificarse ante el Jurado la vista de la causa de Montceau-les-Mines, y ya se están adoptando en Rión toda clase de precauciones para asegurar la libertad del tribunal. Los que han de formarle han sido sacados á suerte, y tienen gran recelo de ser atropellados ó algo más

por los energúmenos amigos de las personas á quienes han de sentenciar. Por supuesto que para el día de la vista se reunirán en Rión fuerzas militares de importancia. Los vecinos pacíficos temen que ese día los colectivistas prendan fuego á la ciudad.

Ante estos hechos que se escriben y se creen, ¿qué significan las cuestiones suscitadas en las esferas gubernamentales, como el juramento político, de que hoy tanto se preocupan, ó los proyectos de un Gabinete inestable?

La muerte del diputado Luis Blanc, acaecida en Cannes, después de una penosa enfermedad, ha distraído unos días la atención de los mil asuntos exteriores é interiores que allí se acumulan. Son menester, á pesar de todo, novedades cada día, y aun la muerte es asunto que también distrae y da variedad á las conversaciones del *restaurant* y de la *soirée*.

Luis Blanc, el ardiente socialista, tendría ahora setenta años. Nació en 1811, en Madrid, donde se encontraba á la sazón su padre desempeñando el cargo de inspector de Hacienda, bajo el reinado de José Bonaparte.

Hizo sus estudios modestamente, costeándolos con el producto de sus artículos y publicaciones, y debió al Sr. Flaugerque su iniciación en la vida política.

Dos aspectos igualmente importantes presenta Luis Blanc en su vida pública: el de publicista y el de historiador.

Como publicista, nos ha legado su famosa teoría de *L'organisation du travail*; como historiador, su *Histoire de dix années* y su *Histoire de la révolution française*, bastantes, sin necesidad de otras publicaciones, para justificar la popularidad que ha disfrutado.

El triunfo de la revolución socialista de 1848 le llevó á formar parte del Gobierno provisional.

Diputado en diferentes Asambleas, ha combatido siempre las diversas tentativas de restauración monárquica, colocándose hace tiempo en la extrema izquierda del Parlamento.

Protestó del nombramiento de Mr. Thiers para Presidente del Poder Ejecutivo, y rechazó en la misma legislatura una proposición en la que se trataba de dar á la república un carácter provisional.

Estos eran méritos bastantes para que el Estado francés le costease pomposos funerales.

Hay, sin embargo, quien piensa en el día de mañana. Si la idea de la divinidad puede proscribirse fácilmente por ministerio de la ley de ciertos actos públicos, no es tan fácil apagar en los corazones franceses todo aliento de patriotismo.

Muchos se han alarmado al saber que la autoridad académica, cediendo á exigencias sensibles ó á exigencias exageradas, acaba de acordar que de aquí en adelante dejen de figurar en los mapas de las escuelas la Alsacia y la Lorena con el color oscuro especial que servía para distinguir estas provincias de los países limítrofes, y que se representen con el color de Alemania, que hoy las domina. Desagradable ha sido el efecto producido por tal medida que viene á prohibir la manifestación del luto nacional dictado por el patriotismo.

Es tanto más de extrañar, cuanto es notorio que si las naciones tienen en ciertos casos que ceder á la fuerza, la propia conveniencia no les prescribe nunca ciertas abdicaciones morales. En el mapa de España figurará siempre y debe figurar el triste peñón en el que ondea la bandera británica.

La *Geografía* de Balbi, texto oficial en Italia, dice: «No podemos honradamente describir la ciudad de Niza, que bajo todos conceptos es italiana, aunque la diplomacia la haya cedido á Francia. En cuanto á Córcega, no ha dejado de ser nuestra, aunque hoy forme un departamento francés.»

Otro pequeño libro clásico, de mucha circulación, titulado *Leitfaden für den Unterricht in der Geographie*, engloba bajo el epígrafe de *Alemania* á Holanda, á Bélgica, al Luxemburgo, á Suiza y al gran Ducado de Lichtenstein, diciéndonos que estos Estados deben considerarse como apéndices de Alemania, porque están situados en gran parte dentro de los límites naturales del Imperio, á él pertenecieron en parte antiguamente, y hasta 1866 á la Confederación germánica. Y añade que Francia es un pequeño Estado, nacido de la desmembración del Imperio de Carlomagno, limitado por el Ródano y el Saona, habiendo sido ciudades alemanas, no sólo Metz y Estrasburgo, sino también Lyon y Marsella.

Los patriotas franceses lo saben, y si no ven en ello el terrible *Delenda Carthago*, motivos tienen para vituperar los escrúpulos de los geógrafos oficiales que también les arrebatan moralmente, cómplices de los hulanos, la Alsacia y la Lorena.

Confesemos que, si ha de llegar fatalmente algún día la hora de la *revancha*, no puede Francia hacerlo mejor para alejarla.

*
**

El Parlamento inglés ha prorrogado sus sesiones hasta el 15 de febrero por un mensaje de la Reina Victoria.

El discurso de la Corona comienza afirmando que las relaciones de la Gran Bretaña con las demás potencias son amistosas, mencionando especialmente á Francia, cuya amistad sigue siendo firme é inalterable, á pesar de que las negociaciones para terminar un tratado de comercio no hayan dado el resultado apetecido. El discurso no dice nada acerca de las diferencias que han surgido entre ambos Países por las cuestiones de Madagascar, Tonkin, etc., considerándolas, sin duda, harto insignificantes para alterar las buenas relaciones de las dos potencias.

Después de alabar el valor y disciplina de las tropas que tomaron parte en la expedición á Egipto, la Reina reconoce que han aumentado sus deberes con el País; promete que respetará los compromisos internacionales y los derechos adquiridos, y añade que espera que los esfuerzos de su Gobierno obtendrán la aprobación de las potencias *aliadas* de la Gran Bretaña. El resto del discurso trata de cuestiones interiores; menciona los crímenes políticos y agrarios que se han cometido en Irlanda y las medidas extraordinarias que ha sido necesario tomar en aquel País; lamenta el estado de miseria en que el pueblo irlandés se encontrará durante el invierno próximo, terminando el discurso con una referencia á las disposiciones legislativas de que se ocupó el Parlamento al principiar sus sesiones, y que fueron aplazadas para discutir la reforma del reglamento.

La noticia de que Inglaterra ha ofrecido á Francia, como compensación por la cointervención de esta última potencia en la Hacienda egipcia, la presidencia permanente de una comisión de la Deuda pública, es ya admitida como cosa cierta en la prensa. El *Times* comenta el hecho, y observa que es preciso fijar con gran cuidado los límites de esta inteligencia, á fin de impedir que se establezca un nuevo *condominium*.

«Toda intervención en Egipto—añade el *Times*—deberá ejercerla Inglaterra exclusivamente en lo sucesivo. No quiere decir esto que deban menoscabarse los intereses de las otras potencias, pues todos deben estar en el mismo pie.

Los partidos ingleses saludarían con júbilo la conclusión de un convenio equitativo que calmase las susceptibilidades de Francia; pero será á condición de que no se atente en lo más mínimo á la influencia preponderante que Inglaterra ha adquirido.»

En una palabra: Inglaterra quiere ser dueña y señora de Egipto, y no hay ya duda alguna que lo será, pudiéndose desde ahora contar el codiciado canal por suyo, á pesar de todas las protestas francesas, que no son hoy las que pueden influir eficazmente en los consejos de Europa. No cabe duda que es un golpe muy hábil preparado ó cuando menos consentido por el omnipotente oráculo de Berlín.

Conoce la Gran Bretaña á fondo la situación lamentable de Francia, y se aprovecha de ella para sus planes encubiertos con estudiadas frases diplomáticas.

Está de Dios que la república había de acabar con el antiguo prestigio de la Nación vecina. Ya no es sólo en Egipto donde muere; es también en Madagascar, en la China y en todas partes á donde la llevan una ambición extemporánea y planes coloniales que hoy no pueden tener realización oportuna.

Lo ocurrido en la cuestión de Madagascar lo prueba.

El Gobierno británico, no sólo ha recibido con los brazos abiertos á los Embajadores de aquella isla cuando llegaron á Londres, poco menos que expulsados de París, sino que tanto la Reina al recibir sus credenciales, como Lord Gran-

ville, Ministro de Negocios Extranjeros, en las visitas que les ha hecho, se han mostrado afabilísimos y más expresivos quizás de lo que conviniera, tratándose de un asunto en que interviene una Nación amiga.

La opinión pública en la Gran Bretaña se muestra cada vez más hostil á Francia en ese asunto; se organizan *meetings*, se dirigen exposiciones al Gobierno, se pronuncian discursos y se publican artículos en los periódicos, cada uno de los cuales es una protesta enérgica contra la conducta de Francia en Madagascar, y una excitación franca al Gobierno para que interponga su influencia ó algo más quizás en favor del Gobierno malgacho.

El Ministerio francés, que en vista de la actitud de los Embajadores había ordenado la salida de un buque de guerra que se hallaba en Zanzíbar para las aguas de Madagascar, ha sabido con disgusto que el Gabinete de Londres ha mandado que inmediatamente se dirija al mismo punto una fragata acorazada inglesa.

Claro está que el pretexto del envío de este buque es la defensa de los súbditos británicos residentes en Madagascar; pero en realidad todo el mundo ha visto en ese acto el deseo de Inglaterra de contrarrestar la fuerza de Francia, si llega se el caso de adoptar una actitud violenta.

La Francia de hoy dista mucho de ser la Francia del Imperio en sus días de esplendor.

*
* *

Terminaron en el Cairo los debates del proceso de Arabi y de sus cómplices. La intervención del representante de Inglaterra en este asunto los redujo á una mera fórmula. Lord Dufferin pidió imperiosamente á los Ministros egipcios que se abandonasen los cargos de incendio, saqueo y asesinato que pesaban sobre Arabi, y que éste sólo fuese perseguido por delito de rebelión, quedando á salvo su vida en todo caso.

Arabi compareció ante el consejo de guerra, acusado de rebelión; se le condenó á muerte, y esta pena fué conmutada

en el acto por la de destierro perpetuo. Borelli-Bey, presidente del tribunal, hizo dimisión de su cargo.

No es extraño que la prensa de París haya acogido con una carcajada el desenlace de este proceso. Después de tantas negociaciones, de darse al asunto tanta importancia, de motivar tantas interpelaciones en el Parlamento inglés, ese simulacro de juicio en que se presentó Arabi, sabiendo todo el mundo que la sentencia estaba ya firmada, como lo estaba también la conmutación, da á todo lo pasado tal aspecto de comedia, que no es extraño que la prensa de París y la de todas partes se ría de lo ocurrido.

El juicio se verificó hasta sin asistir defensor. Á éste escribió la víspera el presidente del tribunal, anunciándole que el exdictador sería juzgado sólo por el delito de rebelión.

No ha causado, sin embargo, extrañeza el desenlace de la causa contra Arabi. Era un resultado previsto, que disgusta profundamente al pueblo egipcio, no por lo que á Arabi-Bey se refiere, sino porque demuestra dónde llega la influencia de Inglaterra en la administración del País.

Es curiosa por más de un concepto la carta de Arabi.

«He seguido, dice, el consejo de mis abogados, los señores Broadley y Napier, cuyo celo y afecto no pagaré nunca lo bastante, y me he confesado culpable ante los jueces de la acusación de jefe de la rebelión contra el Khedive.

Los Ministros ingleses me han llamado rebelde en distintas ocasiones, y no debía yo esperar que repentinamente cambiasen de opinión, además de que no podrían hacerlo. Iré voluntariamente á donde plazca á Inglaterra que fije mi residencia, y permaneceré allí hasta el día en que modifique su opinión respecto de mi persona.

No me quejo ni de mi destino ni de la sentencia que se ha pronunciado contra mí, la cual, en todo caso, declara mi inculpabilidad con respecto á las matanzas é incendios que se me han atribuído; crímenes en que no he tomado parte, y que además están en oposición absoluta con mis principios políticos y religiosos.

Sé que mi situación depende desde hoy de Inglaterra y de la generosidad del pueblo británico. Salgo de Egipto abri-

gando la mayor esperanza en no aplazar por más tiempo las reformas en cuya defensa hemos luchado.»

Hasta aquí la actitud del exdictador es humilde, poco conforme con su altivez y antigua arrogancia, pero en todo caso irrepreensible.

Cambia, sin embargo, de asunto á renglón seguido, y manifestándose minuciosamente enterado de cuanto ha de suceder en Egipto y de todo lo que los ingleses proyectan, añade:

«La intervención anglo-francesa será suprimida muy pronto. El Egipto dejará de estar en manos de la multitud de empleados extranjeros que hasta ahora han ocupado los mejores puestos, con exclusión de los egipcios. Los tribunales indígenas serán reprimidos en sus abusos; se promulgarán nuevos códigos, y lo que importa más, serán aplicados; se creará una Cámara de Notables con derecho á intervenir en los asuntos del pueblo egipcio; la nube de usureros que hay en los pueblos será expulsada.

Cuando el pueblo inglés vea todas estas cosas que en Egipto pasan, comprenderá que mi rebelión estaba completamente justificada.»

Luego viene una especie de proclama de Arabi á sus paisanos, aconsejándoles la sumisión y prometiéndoles toda suerte de bienandanzas bajo la dominación inglesa. Prosigue así:

«Hijo de *fellah*, he hecho lo que me ha sido posible para asegurar todos estos bienes al País á que pertenezco, y al que amo. Mi mala fortuna no me ha permitido realizar estos proyectos. Espero que el pueblo inglés completará la obra por mí empezada. Si Inglaterra realiza esta tarea, entregando así el Egipto á los egipcios, mostrará claramente al mundo cuál era el verdadero objeto á que se dirigía Arabi el rebelde.

Todo el pueblo egipcio estaba conmigo, como yo estaba con Egipto, País que amaré siempre. Espero que Egipto no me olvidará nunca, aunque Inglaterra finalice lo que yo he intentado. Repito que no me quejo de mi suerte: al contrario, me considero feliz, porque sé que mis infortunios han sido el medio de asegurar á Egipto la libertad y la prosperidad que merece.

Cuando Inglaterra haya realizado su meritoria obra, querrá, seguro estoy de ello, inspirada por su humanidad y amor á la justicia, darme el permiso de volver á mi amada Patria, para que vea con mis propios ojos, antes de morir, el resultado de su acción humanitaria y civilizadora.»

Mucho se promete Arabi. Pero veamos cómo termina su carta.

«Estoy muy reconocido, dice, á Mr. Gladstone y Lord Granville por cuanto han hecho en mi favor y por haberme salvado de una situación peligrosa.

Pronto sabrán que yo no fuí rebelde cuando me puse á la cabeza de un pueblo que únicamente reclamaba justicia. Doy gracias también á Lord Dufferin y á Sir E. Malet por la cortesía y la generosidad que han tenido conmigo.

También estoy muy reconocido, de manera que nunca podré recompensarlo, á mi querido amigo Mr. Blunt, que no ha escatimado trabajo ni dinero para asistirme en la hora de la desgracia y de la necesidad, cuando mis amigos egipcios de los días felices me habían abandonado todos.

Jamás podré elogiar bastante los nobles esfuerzos, el celo, la lealtad y abnegación de Mr. Broadley, de Mr. Napier en beneficio mío y de mis compañeros de cautiverio. Doy gracias al pueblo inglés, como á vos también, señor editor, y á toda la prensa inglesa, por la unanimidad con que ha reclamado un proceso imparcial. Doy gracias á Sir Charles Wilson por las simpatías que me ha manifestado durante el tiempo de mi prisión.

Salgo de Egipto con la firme convicción de que nuestra causa aparecerá de día en día más clara, y que Inglaterra no se arrepentirá jamás de la generosidad y humanidad de que ha dado pruebas respecto del hombre que ha combatido contra ella.—*Ahmed Arabi*, el egipcio.»

Si esta carta no es de *confección* inglesa, como dirían nuestros vecinos, terribles son los indicios que presenta de serlo. Su estilo, más bien que impregnado de aquel sabor oriental que nos place ver en documentos de este género, huele indudablemente á humo de fábrica, y tiene algo y aun mucho de aquella precisión matemática que parece nebulosa á los pro-

fanos y á que tan aficionados son siempre los que desde la cuna respiran la caliginosa atmósfera que produce genios, sí, pero genios del cálculo, al estilo de Newton.

*
* *

El discurso del Rey de Italia en la solemne apertura del Parlamento vino á ser, después del programa político de Depretis, un himno á la paz. Pero se ha querido hallar también en él una respuesta á la campaña sostenida por la prensa religiosa á propósito de la jurisdicción del Vaticano.

El Gabinete italiano no concede al Papa más que la soberanía espiritual y los honores é inmunidades *personales* de los Soberanos, pero no el poder civil, mientras que la Santa Sede se opone resueltamente á toda ingerencia de las autoridades civiles de Italia en los asuntos interiores del Vaticano. Con este motivo, ha dirigido el Cardenal Sr. Jacobini una enérgica protesta á los Nuncios pontificios, y preocupa en Roma la buena acogida que ha obtenido en algunos diarios alemanes y también, según parece, ante el Gobierno del Rey Guillermo. Todos los periódicos más caracterizados de Prusia reconocen la necesidad del sostenimiento de las relaciones diplomáticas del Imperio con la Santa Sede, y el Landtag ha aprobado por unanimidad el crédito necesario.

*
* *

¿Qué más diremos, en breve resumen, de Europa?

No es nuevo que las universidades rusas son focos de nihilismo. El Gobierno de San Petersburgo se preocupa con razón del estado de los ánimos de los estudiantes.

En la misma capital ha habido un encuentro entre los estudiantes y la policía.

El pueblo apoyó á los estudiantes.

Un estudiante polaco, llamado Casimiro Pleskofsky, de veintisiete años, se precipitó sobre un inspector y le dió una puñalada, causándole una herida leve en un brazo. Detenido el asesino, exclamó:

«Soy polaco, y os mataremos como perros.»

En Kharkoff ha aparecido asesinado en la plaza de la Universidad un hombre, con este cartel sobre el pecho:

«Así morirán todos los espías y los canallas.»

*
* *

En el Congreso de los Estados Unidos de América se ha leído también el Mensaje presidencial, expresando que las relaciones de la Confederación con las demás potencias son amistosas.

En él hallamos un párrafo relativo á España. Expresa el Presidente su esperanza de que el disentimiento que con nosotros existe sobre cuestiones de naturalización, se allanará sin tardanza á tenor de una base justa y razonable; y añade también que los esfuerzos intentados hasta ahora para hacer desaparecer las restricciones injustas ejercidas contra los buques de los Estados Unidos en los puertos españoles han fracasado, y las reclamaciones del Gobierno de América no han sido acogidas como era de esperar.

No conocemos á fondo este asunto, y bien merecía, cuando tanta importancia se le da, que nuestro reservadísimo Ministro de Estado hiciese muy público lo que en la República norteamericana es objeto de agrias censuras en un Mensaje de la Presidencia.

Recomienda éste finalmente una reducción de tarifas en los derechos de importación, sin aconsejar, sin embargo, el abandono de la política proteccionista, y menciona los resultados favorables de la legislación recientemente inaugurada para la supresión de la poligamia.

¿Será posible que aun de aquella libérrima República trasatlántica tengamos que recibir lecciones sobre la manera de fomentar el trabajo nacional y la moralidad pública?

S.